
LAWRENCE BLOCK

TIEMPO PARA CREAR, TIEMPO PARA MATAR



Un mundo de novela ...
www.miscolecciones.org



Giros Jablon, un delincuente de poca monta, acude a donde un antiguo policía al que respetaba, Matt Sudder, para entregarle un sobre que debe abrir tan sólo si muere violentamente. Cuando es asesinado Scudder lo abre y averigua que estaba chantajeando a tres personas importantes una de las cuales, con casi total seguridad, es el responsable de su asesinato.

Lawrence Block

Tiempo para crear, tiempo para matar

Matt Scudder - 2

Título original: *Time to murder and create*

Lawrence Block, 1976

Traducción: Jane Mary Hayes

Editor digital: Titivillus



De este modo, al principio fue creado únicamente un solo hombre, para enseñaros que a aquel que destruya aunque fuera una sola alma de los hijos del hombre, la Escritura le acusa como si hubiera destruido el mundo entero.

EL TALMUD

CAPÍTULO UNO

Durante siete viernes seguidos recibí sus llamadas telefónicas. No siempre estaba para recibirlas. Eso no importaba porque no teníamos nada que decirnos. Si no estaba cuando llamaba, al regresar al hotel habría un mensaje en mi buzón. Le echaba un vistazo, lo tiraba a la basura y me olvidaba de él.

El segundo viernes de abril, no llamó. Pasé la tarde en Armstrong's, a la vuelta de la esquina, bebiendo *bourbon* y café y observando a dos estudiantes de Medicina que intentaban impresionar, sin éxito, a dos enfermeras. El sitio se vació temprano por ser viernes, y sobre las dos Trina se fue a casa y Billie cerró la puerta para mantener a raya a la Novena Avenida. Tomamos un par de copas más y hablamos de los Knicks y de cómo todo dependía de Willies Reed. A las tres menos cuarto, cogí mi abrigo de la percha y me fui para casa.

No había mensajes.

Eso no tenía por qué significar nada. Nuestro acuerdo era que llamaría por teléfono todos los viernes para decirme que seguía vivo. Si estaba yo para recibir la llamada, nos saludaríamos. De otro modo, dejaría un mensaje: «Su lavandería está preparada». Pero podía ser que se le hubiera olvidado, o que estuviera borracho o cualquier otra cosa.

Me quité la ropa, me metí en la cama y me eché de lado, mirando afuera por la ventana. Hay un edificio de oficinas a diez o doce manzanas de aquí donde dejan encendidas las luces toda la noche. Se puede calcular el nivel de contaminación con bastante exactitud por el parpadeo de las luces. Aquella noche no sólo parpadeaban, sino que tenían un matiz amarillento.

Me di la vuelta, cerré los ojos y pensé en la llamada que no había recibido. Decidí que no se le había olvidado y que no estaba borracho.

El Giros estaba muerto.

Le llamaban el Giros por un hábito que tenía. Llevaba un dólar antiguo de plata como amuleto de buena suerte. Lo sacaba del bolsillo del pantalón en todo momento, lo apoyaba en la superficie de la mesa con el dedo índice de la mano izquierda, movía el dedo corazón y le daba vueltas. Si te hablaba, sus ojos se quedaban fijos en la moneda girando y parecía que dirigía las palabras tanto al dólar como a ti.

La última vez que yo había presenciado esa actuación, fue un día de semana por la tarde a principios de febrero. Me encontró en la mesa de la esquina donde solía sentarme en Armstrong's. Estaba vestido muy elegante, al estilo Broadway: un traje de color gris perla muy llamativo, una camisa gris oscuro con monograma, un alfiler de corbata de perla, y llevaba un par de esos zapatos de plataforma que te dan cuatro centímetros extras de altura, más o menos. A él le subían a uno sesenta y siete o uno sesenta y ocho. El abrigo que llevaba colgado del brazo era de color azul marino y parecía ser de cachemir.

—Matthew Scudder —dijo—. Estás igual, ¿y hace cuánto que no nos vemos?

—Un par de años.

—Demasiado tiempo, maldita sea.

Puso el abrigo en una silla vacía, acomodó su maletín encima y colocó un sombrero gris de ala estrecha sobre él. Se sentó al otro lado de la mesa y sacó su amuleto del bolsillo. Le miré ponerlo en marcha.

—Demasiado tiempo, joder, Matt —le dijo a la moneda.

—Tienes buen aspecto, Giros.

—He tenido una racha de buena suerte.

—Eso siempre viene bien.

—Mientras continúe.

Se acercó Trina y pedí otro café y una copa de *bourbon*. Giros la miró y frunció la pequeña y delgada cara en una expresión interrogante.

—Jo, no sé —dijo—. ¿Me puede traer un vaso de leche?

Ella respondió afirmativamente y se fue a por él.

—Ya no puedo beber —dijo—. Es esta jodida úlcera.

—Dicen que va con el éxito.

—Va con el agobio, ¿sabes? El médico me dio una lista de lo que no puedo comer. Incluye todo lo que me gusta. El colmo: voy a los mejores restaurantes y sólo puedo pedir un plato de jodido queso fresco.

Cogió el dólar y lo volvió a hacer girar.

Le conocí durante los años que estaba yo en la policía. Le habían llevado a comisaría quizás una docena de veces, siempre por cosas menores, pero nunca había pasado tiempo en la cárcel. Siempre encontraba forma de pagar su libertad, o con dinero o con información. Me dio información sobre uno que recibía artículos robados y en otra ocasión nos dio información sobre un caso de homicidio. Entre tanto, hacía de confidente intercambiando algo que había oído por billetes de diez o veinte dólares. Era pequeño y poco impresionante y sabía lo que había que hacer, y mucha gente era lo suficientemente estúpida para hablar en su presencia.

—Matt —dijo—, no entré aquí por casualidad.

—Tenía esa sensación.

—Ya.

La moneda empezó a tambalearse y la atrapó. Tenía las manos rapidísimas. Siempre imaginábamos que había sido carterista, pero no creo que le cogieran por eso nunca.

—Lo que pasa es que tengo problemas.

—Van con las úlceras también.

—Joder, que sí. —Otra vuelta a la moneda—. Lo que sucede es que tengo algo para que me guardes.

—¿Sí?

Sorbió un poco de leche. Puso el vaso en la mesa y empezó a tamborilear con los dedos en el maletín.

—Tengo aquí un sobre. Lo que quiero es que me lo guardes. Ponerlo en algún lugar seguro donde nadie lo vaya a encontrar, ¿sabes?

—¿Qué hay en el sobre?

Movió la cabeza impacientemente.

—Una parte del trato es que no tienes por qué saber lo que hay dentro del sobre.

—¿Durante cuánto tiempo lo tengo que guardar?

—Pues esa es la cuestión. —Otra vuelta a la moneda—. Verás, le pueden

pasar muchas cosas a una persona. Podría salir de aquí, bajar la acera y que me pillara un autobús en la Novena Avenida. Todas las cosas que le pueden ocurrir a una persona, quiero decir, nunca sabes.

—¿Hay alguien detrás de ti, Giros?

Sus ojos subieron a los míos y bajaron rápidamente.

—Puede ser —dijo.

—¿Sabes quién?

—Ni siquiera sé si lo intentan, cuanto menos quién. —Tambaleó, captura.

Otra vuelta a la moneda.

—El sobre es tu seguro.

—Algo así.

Sorbí el café. Dije:

—No sé si soy la persona adecuada para esto, Giros. Lo más normal es que lleves tu sobre a un abogado y elabores una serie de instrucciones. Él lo mete en una caja fuerte y eso es todo.

—Pensé en eso.

—¿Y?

—No tiene sentido. El tipo de abogado que conozco, al momento de salir de la oficina yo, abre el jodido sobre. Un abogado honesto me va a mirar y salir a lavarse las manos.

—No necesariamente.

—Hay algo más. Supongamos que me pilla un autobús, entonces el abogado sólo tiene que mandarte el sobre a ti. De esta manera quitamos el intermediario, ¿ves?

—¿Por qué tengo que acabar con el sobre yo?

—Verás cuando lo abras. Si es que lo tienes que abrir.

—Todo es muy retorcido, ¿no?

—Todo es muy complicado últimamente, Matt. Úlceras y agobio.

—Y la mejor ropa que te he visto llevar en la vida.

—Sí, y me pueden enterrar llevando la puta ropa. —Otra vuelta a la moneda—. Mira, únicamente tienes que coger el sobre, meterlo en una caja fuerte, algo, en algún lugar, es cosa tuya.

—¡Supongamos que me pilla un autobús *a mí!*

Lo pensó y lo planeamos. El sobre se metería debajo de la alfombra de mi

habitación en el hotel. Si falleciera de repente, Giros iría y recogería su propiedad. No necesitaría una llave. Nunca la había necesitado en el pasado.

Arreglamos los detalles, la llamada telefónica semanal, el mensaje sencillo si no estuviera. Pedí otra copa. A Giros todavía le quedaba mucha gente.

Le pregunté por qué me había elegido a mí.

—Porque siempre has sido honesto conmigo, Matt. ¿Cuánto tiempo llevas fuera de la policía? ¿Un par de años?

—Algo así.

—Sí, lo abandonaste. No soy muy bueno para los detalles. Mataste a un crío o algo, ¿verdad?

—Sí. Gajes del oficio. Una bala loca.

—¿Mucha lata de arriba?

Miré el café y pensé en ello. Una noche de verano, el calor casi visible en el aire, el aire acondicionado haciendo horas extras en el Spectacle, un bar donde un poli siempre está invitado a sus copas. Yo estaba fuera de servicio, aunque nunca lo estás, y dos críos eligieron esa noche para atracar el sitio. Al salir dispararon y mataron al camarero. Yo los seguí a la calle, maté a uno e hice astillas el hueso del muslo del otro.

Pero apunté mal y una bala rebotó al ojo de una niña de siete años llamada Estrellita Rivera. Justo en el ojo, atravesando tejido blando y al cerebro.

—Metí la pata —dijo Giros—. No debí hablar de eso.

—No, está bien. No me metieron en ningún lío. De hecho me encomiaron. Hubo una vista y me exculparon totalmente.

—Entonces dejaste la policía.

—Bueno, perdí el gusto por el trabajo. Y para otras cosas. Una casa en The Island. Una esposa. Mis hijos.

—Supongo que eso ocurre —dijo.

—Supongo que sí.

—Así que, ¿qué haces? ¿Eres una especie de detective privado, eh?

—No tengo licencia —dije, encogiéndome de hombros—. A veces hago favores a gente y me lo pagan.

—Pues volviendo al asunto nuestro... —Otra vuelta a la moneda—. Me

estarías haciendo un favor.

—Si tú lo crees.

Cogió el dólar mientras giraba, lo miró, lo puso encima del mantel de cuadros azules y blancos.

—No quieres que te maten, Giros —dije.

—No, joder.

—¿No puedes escapar?

—Quizá. Quizá no. No hablemos de ese capítulo, ¿quieres?

—Lo que tú digas.

—Porque si alguien te quiere matar, ¿qué cojones puedes hacer? Nada.

—A lo mejor tienes razón.

—¿Te ocupas de esto, Matt?

—Yo te cuidaré el sobre. No digo lo que haré si tengo que abrirlo, porque no sé lo que hay dentro.

—Si eso ocurre, entonces lo sabrás.

—Sin garantías de que lo haré, lo que sea.

Me echó una mirada muy larga, leyendo algo en mi cara que yo no sabía que estaba.

—Lo harás —dijo.

—Quizá.

—Lo harás. Y si no, no lo sabré, así que qué cojones. Escucha, ¿qué quieres de anticipo?

—No sé lo que se supone que tengo que hacer.

—Quiero decir por guardar el sobre. ¿Cuánto quieres?

Nunca sé cuánto cobrar. Pensé durante un momento.

—Me gusta el traje que llevas —dije.

—¡Ah! Gracias.

—¿Dónde lo compraste?

—En Phil Kronfeld's. Allá en Broadway.

—Sé dónde queda.

—¿De verdad que te gusta?

—Te sienta bien. ¿Cuánto te costó?

—Tres veinte.

—Entonces eso es lo que cobro.

—¿Quieres el puto traje?

—Quiero trescientos veinte dólares.

—¡Ah! —Eché la cabeza para atrás, divertido—. Me tuviste perplejo un minuto. No entendía qué cojones querías con el traje.

—No creo que me sirva.

—Supongo que no. ¿Tres veinte? Sí, supongo que es una cifra tan buena como cualquier otra.

Sacó una cartera de piel de caimán y contó seis billetes de cincuenta y uno de veinte.

—Tres, dos..., ¡ah! —dijo—, si esto sigue mucho tiempo y quieres más, dame el toque. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Supongamos que tengo que ponerme en contacto contigo, Giros.

—¡Nanai!

—¡Vale!

—Quiero decir que no lo tendrás que hacer, y aunque quisiera darte una dirección no podría de todos modos.

—Vale.

Abrió su maletín y me pasó un sobre marrón de treinta por veintidós sellado en ambos lados con cinta adhesiva. Se lo cogí y lo puse en el banco al lado mío. Le dio una vuelta al dólar de plata, lo cogió, lo metió en su bolsillo y gesticuló a Trina para que le trajera la cuenta. Dejé que la cogiera él. La pagó y dejó una propina de dos dólares.

—¿Qué es tan gracioso, Matt?

—Sólo que nunca te vi coger la cuenta antes. Y te he visto coger las propinas de otra gente.

—Pues, las cosas cambian.

—Supongo que sí.

—No lo hacía a menudo, coger las propinas de otra gente. Haces muchas cosas cuando tienes hambre.

—Claro.

Se puso de pie, vaciló, ofreció la mano. La cogí. Se dio la vuelta para marcharse y dije:

—¿Giros?

—¿Qué?

—Dijiste que el tipo de abogado que conoces abriría el sobre nada más marcharte tú de la oficina.

—Joder, que sí.

—¿Cómo es que no crees que lo haré yo?

Me miró como si la pregunta fuera estúpida.

—Eres honesto —dijo.

—¡Cojones! Tú sabes que me dejaba sobornar. Te dejé pagar para escapar de un par de líos, joder.

—Sí, pero conmigo siempre eras honesto. No vas a abrir ese sobre hasta que lo tengas que hacer.

Sabía que tenía razón. Sólo que no sabía cómo lo sabía él.

—Cuídate —dije.

—Sí, tú también.

—Ten cuidado al cruzar la calle.

—¿Qué?

—Controla los autobuses.

Se rio un poco, pero no creo que lo encontrara gracioso.

Más tarde, aquel día, paré en una iglesia y metí treinta y dos dólares en la caja de limosnas. Me senté en un banco en la parte de atrás y pensé en el Giro. Me había dado dinero fácil. Todo lo que tenía que hacer para ganarlo era no hacer nada en absoluto.

En mi habitación enrollé la alfombra y puse el sobre de Giro debajo, colocándolo bajo la cama. La asistenta pasa la aspiradora de vez en cuando, pero nunca mueve los muebles. Volví a colocar la alfombra en su sitio y rápidamente me olvidé del sobre, y todos los viernes una llamada telefónica o un mensaje me aseguraba que Giro seguía vivo y que el sobre podía quedarse donde estaba.

CAPÍTULO DOS

Durante los tres próximos días, leí los periódicos dos veces al día y esperaba una llamada. El lunes por la noche cogí la primera edición del *Times* al ir a mi habitación. Bajo el título de «Resúmenes del Metropolitano» siempre hay un grupo de artículos sobre crímenes titulado «De la libreta policíaca» y el último era el que buscaba yo. Un varón sin identificar, blanco, altura aproximadamente uno sesenta y ocho, edad sobre los cuarenta y cinco, peso aproximado ochenta y nueve kilos, había sido sacado del río East con el cráneo aplastado.

Me parecía que era él. Le habría echado unos años más y menos quilos, pero aparte de eso, parecía ser él. No podía saber si era Giros. No podía saber ni siquiera si el hombre, quien fuera, había sido asesinado. Se podían haber causado los daños craneales después de entrar en el agua. Y no había nada en el artículo que indicara el tiempo que había estado sumergido. Si había sido más de diez días, no era Giros; había estado en contacto con él el viernes anterior.

Miré el reloj. No era tarde para llamar a alguien, pero sí que era muy tarde para llamarle y parecer despreocupado. Y era demasiado temprano para abrir su sobre. No lo quería hacer hasta que estuviera segurísimo de que estaba muerto.

Tomé unas copas más de lo normal, porque tardaba mucho en dormirme. Por la mañana me desperté con dolor de cabeza y mal sabor en la boca. Tomé una aspirina, me enjuagué la boca y bajé a desayunar en el Red Flame. Compré una edición vespertina del *Times*, pero no traía más acerca del cadáver. Ponía lo mismo que en la edición anterior.

Eddie Koehler es teniente ahora, y forma parte del sexto distrito en West

Village. Llamé desde mi habitación y logré hablar con él.

—¿Qué hay, Matt? —dijo—. Ha pasado un ratito.

No había sido tan largo. Pregunté por su familia y él por la mía.

—Están bien —dije.

—Siempre podrías volver —dijo.

No podía, por más motivos de los que quería discutir. No podía volver a llevar la placa tampoco, pero eso no le impidió hacer su siguiente pregunta.

—¿Supongo que estás preparado para alistarte de nuevo en la raza humana, eh?

—Eso no va a pasar, Eddie.

—En vez de eso, prefieres vivir en una pocilga e ir de gorra. Mira, si quieres matarte bebiendo, es cosa tuya.

—Eso es.

—¿Pero qué sentido tiene pagar tus copas cuando puedes beber gratis? Tú naciste para ser poli, Matt.

—Llamé para...

—Sí, tiene que haber un motivo, ¿verdad?

Esperé un momento. Entonces dije:

—Algo en el periódico me llamó la atención y pensé que me podrías ahorrar un viaje al depósito de cadáveres. Sacaron un cadáver del río East ayer. Un tío pequeño, de mediana edad.

—¿Y qué?

—¿Podrías enterarte de si lo han identificado ya?

—A lo mejor. ¿Qué interés tienes?

—Estoy buscando a un marido desaparecido. Cabe la descripción. Podría bajar y echarle un vistazo, pero sólo le conozco de verle en fotos y después de un tiempo en el agua...

—Sí, bien. ¿Cómo se llama el tío? A ver si te lo miro.

—Vamos a hacerlo al revés —dije—. Se supone que es confidencial, no quiero divulgar su nombre si no es necesario.

—Supongo que podría hacer un par de llamadas.

—Si es el tipo que busco, tendrás lo tuyo.

—Me lo figuraba. ¿Y si no?

—Tendrás mi gratitud sincera.

—Jódete tú también —dijo—. Espero que sea el que buscas. Una pasta me viene bien. Oye, qué gracia, ahora que lo pienso.

—¿Por qué?

—Tú buscas a un tío y yo espero que esté muerto. Si te lo piensas es gracioso.

Sonó el teléfono cuarenta minutos más tarde. Dijo:

—Qué pena, me hubiera venido bien esa pasta.

—¿No lo identificaron?

—¡Oh!, sí que lo identificaron por las huellas dactilares, pero no es un tío que te encargarían buscar. Es un personaje, tenemos su historial y mide una legua. Debiste haberle conocido en alguna ocasión.

—¿Cómo se llama?

—Jacob Jablon. Hacía de soplón, de cebo, todo tipo de mierda.

—Me suena el nombre.

—Le llamaban el Giros.

—Pues sí que le conocía —dijo—. Hace años que no le veo. Siempre daba vueltas a un dólar de plata.

—Ya, pues ahora sólo va a dar la vuelta en la tumba.

Inspiré. Dije:

—No es el tío que busco.

—No me lo parecía. No creo que estuviera casado, y si lo hubiera estado, no lo habría querido buscar su mujer.

—No es la mujer la que quiere encontrar al tío este.

—¿No?

—Es su novia.

—¡Que me jodan!

—Y tampoco creo que esté en la ciudad, pero merece la pena contarle cualquier cosa mientras pague. Si un tío quiere desaparecer, coge y lo hace.

—Así funciona la cosa normalmente, pero si ella quiere pasarte el dinero...

—Tengo esa sensación —dijo—. ¿Cuánto tiempo llevaba el Giros en el agua? ¿Lo saben ya?

—Creo que dijeron cuatro, cinco días. ¿Por qué te interesa?

—Identificándole por las huellas, me figuraba que tenía que ser bastante

reciente.

—¡Oh!, las huellas duran una semana fácilmente. A veces, más, depende de los peces. Imagínate sacándole las huellas a un ahogado, joder, si yo hiciera eso, pasaría mucho tiempo antes de querer comer. Imagínate la autopsia.

—Pues eso no sería difícil. Alguien tenía que haberle dado en la cabeza.

—Teniendo en cuenta quién era, diría yo que no cabe duda. No era el tipo que va a nadar y que se golpea la cabeza con el muelle por accidente. ¿Qué apuestas a que descubren que era homicidio?

—¿Por qué?

—Porque esto no lo quieren en archivo abierto durante los próximos cincuenta años, y ¿quién quiere comerse el coco investigando lo que le pasó a un gilipollas como el Giros? Así que está muerto y nadie le va a llorar.

—Yo siempre me llevé bien con él.

—Era un macarra de poca monta. Quien lo mató hizo un favor al mundo.

—Supongo que tienes razón.

Saqué el sobre de debajo de la alfombra. La cinta adhesiva no quiso despegarse, así que cogí mi navaja del cajón y abrí el sobre por el pliegue. Entonces me senté al borde de la cama con el sobre en la mano durante unos minutos.

Realmente no quería saber lo que había dentro.

Al cabo de un rato, lo abrí y pasé las siguientes tres horas en mi habitación revisando el contenido. Esas tres horas contestaron mis preguntas, pero no tantas como las que hacía. Finalmente, volví a meter todo en el sobre y lo devolví a su sitio debajo de la alfombra.

La poli podía barrer a Giros Jablon para debajo de la alfombra y eso era lo que yo quería hacer con su sobre. Había muchas cosas que yo podía hacer, pero lo que más quería era no hacer nada en absoluto; así, hasta que mis opiniones tuvieran tiempo para organizarse en mi cabeza, el sobre podría quedarse en su escondite.

Me estiré en la cama con un libro, pero después de pasar unas cuantas páginas, me di cuenta de que estaba leyendo sin prestar atención. Y mi

pequeña habitación empezaba a parecer más pequeña que nunca. Salí y paseé durante un rato y luego entré en unos cuantos sitios y tomé unas copas. Empecé en La Jaula de Polly, al otro lado de la calle del hotel, luego Kilcullen's, luego en el Spiro y el Antares. En algún momento de la noche paré en un bar a comprar un par de sándwiches. Acabé en Armstrong's, y todavía estaba allí cuando Trina acabó su turno. Le dije que se sentara, que la invitaba a una copa.

—Bueno, pero sólo una, Matt. Tengo cosas que hacer y gente que ver.

—Yo también, pero no quiero ni hacer las cosas ni ver a la gente.

—Puede que estés un poquito borracho.

—No es imposible.

Fui a la barra a coger nuestras copas. *Bourbon* solo para mí, vodka y tónica para ella. Volví a la mesa y ella levantó su copa.

Dijo:

—¿Por el crimen?

—¿De verdad que sólo tienes tiempo para una?

—Ni siquiera tengo tiempo para una, pero una es el límite.

—Entonces no brindemos por el crimen. Brindemos por los amigos ausentes.

CAPÍTULO TRES

Supongo que tenía una idea correcta de lo que contenía el sobre antes de abrirlo. Cuando un hombre que se tira la vida a trancas y barrancas manteniendo los oídos abiertos, de repente, aparece llevando un traje de trescientos dólares, no es difícil imaginar cómo lo consiguió. Después de una vida vendiendo información, el Giros había descubierto algo demasiado bueno para vender. En vez de traficar información, ahora traficaba silencio. Los chantajistas son más ricos que los soplones porque su mercancía no se paga de una vez; la pueden alquilar a la misma persona repetidamente durante toda una vida.

El único problema es que su propia vida tiende a menguar. El Giros empezó a ser un mal riesgo para las compañías de seguros el día que alcanzó el éxito. Primero agobio y úlceras, luego un cráneo abollado y un baño de mucho tiempo.

Un chantajista necesita un seguro. Necesita alguna ventaja que convenza a su víctima de que no puede terminar con el chantaje terminando con el chantajista. Alguien, un abogado, una novia, cualquier persona espera al fondo con las pruebas que le hacen sufrir en primer lugar. Si se muere el chantajista, las pruebas van a la poli y todo se va la mierda. Todo chantajista asegura a su víctima que tiene este elemento adicional. A veces, no hay ningún cómplice, ningún sobre que mandar, porque pruebas sueltas son un peligro para todo implicado, así que el chantajista *dice* que las hay y espera que la víctima no le coja en un renuncio. A veces la víctima le cree y a veces no.

A lo mejor Giros Jablon le había contado a la víctima lo del sobre desde el principio. Pero en febrero, empezó a sudar. Había decidido que le estaban

intentando matar, o que era posible que lo pretendieran, entonces reunió el sobre. Un sobre real no le iba a mantener vivo si la idea del sobre fallara. Estaría igual de muerto y lo sabía.

Pero, al fin y al cabo, había sido un profesional. Durante casi toda su vida, nadie hubiese apostado un duro por él pero, de todos modos, era un profesional. Y un profesional no se mosquea. Ajusta cuentas.

Sin embargo, había tenido un problema, que llegó a ser problema mío cuando abrí el sobre y miré el contenido. Porque Giros sabía que iba a tener que ajustar cuentas con alguien.

Sólo que no sabía con quién.

Lo primero que miré fue la carta. Estaba escrita a máquina, lo cual sugería que había robado una máquina más de las que podía vender y la había guardado. No la había usado mucho. Su carta estaba llena de palabras y frases tachadas, espacios entre las letras y suficientes términos mal deletreados como para hacerla interesante. Pero más o menos, era así:

Matt:

Si estás leyendo esto, soy un hombre muerto. Espero que esto termine, pero no estoy seguro. Creo que alguien me intentó matar ayer. Hubo un coche que casi sube la acera viniendo hacia mí.

Lo que llevo es chantaje. Me enteré de una información que vale una pasta gansa. Años de ir de gorra y finalmente me salió.

Son tres. Verás cómo está la cosa cuando abras los otros sobres. Ese es el problema, que haya tres, porque si estoy muerto, uno de ellos lo hizo y no sé cuál. Los manejo a todos como marionetas y no sé quién de ellos se está ahogando con las cuerdas.

Este Prager, hace dos años en diciembre su hija pilló a un niño que iba en triciclo y siguió de largo porque le habían quitado el permiso de conducir y estaba colocada de anfetas y hierba y no sé qué más. Prager tiene más dinero que el diablo. Lo repartió entre todo el mundo y no cogieron a su hija. Toda la información está en el sobre. Él fue el primero. Oí una mierda en un

bar por casualidad, invité a uno de los tíos a copas y se me abrió. No le pido más de lo que puede pagar y me paga como pagas la renta, a primeros de mes, pero quién sabe cuándo se va a volver loco un tío y quizás eso es lo que ha pasado. Me quiere muerto, joder, podría contratarlo fácilmente.

La tía Ethridge fue pura suerte. Vi su foto en los periódicos por casualidad, una tía de alta sociedad y la reconocí por una película porno que vi hace unos años. Hablando de recordar caras, ¿quién mira las caras?, pero quizá se la estaba chupando a algún tipo y se me grabó en la memoria. Leí sobre todos esos colegios a donde había ido y no encajaba, así que investigué un poco y había un par de años que se perdió de vista y se metió en historias un poco duras y tengo algunas fotos y otra mierda de veras. He tratado con ella y no sé si su marido sabe lo que está pasando o algo. Ella es muy dura y podría matar a una persona sin pestañear. La miras a los ojos y sabes exactamente lo que quiero decir.

Huysendahl era el tercero que manejaba y ya estoy atento a ver si oigo más, porque todo va bien. Lo que oigo es que su mujer es una tortillera. Bueno, esto no es nada espectacular, Matt, como sabes. Pero él tiene más perras que estiércol y está pensando en presentarse para gobernador, así que, ¿por qué no cavar un poquito? Lo de tortillera no es nada, demasiada gente ya lo sabe y si se corre la palabra sólo consigues votos de tortilleras, lo cual puede hacer que hasta consiga el puesto, así que eso no me importa, pero lo que pregunto yo es, ¿por qué sigue casado con la tortillera?, como ¿hay algo de perverso en él? Así que me mato investigándolo y resulta que hay algo, pero sacar información es otra cosa. No es un marica normal, sino que lo suyo son los chicos jóvenes, cuanto más jóvenes mejor. Es una enfermedad y te puede revolver el estómago. Tengo cosas pequeñas, como este crío que hospitalizaron por lesiones internas, por el cual Huysendahl pagó las facturas del hospital. Quería poder agarrarle bien, así que las fotos eran una trampa. No importa cómo las monté, pero hubo otra gente implicada. Debí haberse cagado cuando vio las fotos. La historia me costó un huevo, pero nunca se hizo una inversión mejor.

Matt, la cuestión es que si alguien me ha matado, fue uno de ellos, o contrataron a alguien para hacerlo, lo cual es lo mismo y lo que quiero es que los jodas bien. Al que lo hiciera, no a los otros dos que jugaron limpio

conmigo, motivo por el cual no puedo dejar esto en las manos de un abogado y mandarlo todo a la policía, porque los que jugaron limpio conmigo merecen salvarse. Y claro, si cae en las manos de un mal poli, él sólo les sacaría dinero bajo amenazas, viviría como un rey y mi asesino libre, excepto que sigue pagando.

El cuarto sobre tiene tu nombre escrito porque es para ti. Hay tres mil dentro y son para ti. No sé si debería ser más o lo que debería ser, pero siempre existe la posibilidad de que lo metas en el bolsillo y mandes el asunto a tomar por el saco, en cuyo caso estaré muerto y no lo sabré. Creo que lo investigarás por algo que noté en ti hace mucho tiempo, y es que tú opinas que hay una diferencia entre el asesinato y otros crímenes. Yo opino lo mismo. He hecho cosas malas toda mi vida, pero nunca maté a nadie y nunca lo haría. He conocido a gente que ha matado, lo cual sé que es cierto o lo he oído, y no me acercaría a ellos jamás. Soy así y creo que tú también eres así y por eso puede que hagas algo, y vuelvo a decir que si no, no lo sabré.

Tu amigo:

Jake Giros Jablon

El miércoles por la mañana saqué el sobre de debajo de la alfombra y miré las pruebas durante mucho tiempo. Saqué mi libreta y anoté unos cuantos detalles. No iba a poder mantenerlo cerca, porque si hiciera cualquier cosa, me estaría exponiendo, y mi habitación ya no sería un escondite inteligente.

El Giros los tenía bastante apretados. Había pocas pruebas seguras que manifestaran que la hija de Henry Prager, Stacy, había dejado el escenario del accidente en el que se pilló y se mató a Michael Litvak, de tres años, pero en estas circunstancias no hacían falta pruebas contundentes. Giros tenía el nombre del taller donde se reparó el coche de Prager, los nombres de la gente del Departamento de Policía y de la oficina del Fiscal a quien se había sobornado, y otras cositas que servirían. Si dieras toda la información a un reportero investigador, no podría dejarlo.

El material sobre Beverly Ethridge era más gráfico. Podría ser que las

fotos solas no fueran bastante. Había un par de fotos en color de diez por trece y una media docena de cortes de película de unas cuantas secuencias cada una. Estaba ella completamente identificable durante todo el tiempo y no cabía duda de lo que estaba haciendo. Podría ser que esto en sí no fuera a perjudicar tanto. Muchas cosas que hace la gente en su juventud para divertirse se disculpan al pasar unos cuantos años, sobre todo en esos círculos sociales donde cada uno tiene sus secretos.

Pero el Giros había investigado, como había dicho. Había seguido la pista de la señora Ethridge, entonces Beverly Guildhurst, desde el momento en que dejó Vassar en su bachillerato. Descubrió una detención en Santa Bárbara por prostitución, sentencia suspendida. Hubo una detención en Las Vegas por drogas, rechazada por falta de pruebas, con una fuerte implicación de que algún dinero de la familia le había salvado el pellejo. En San Diego montó un negocio de timos con un socio que era un chulo conocido. Se malogró una vez, ella le dio la vuelta a la acusación del fiscal y le dieron otra suspensión y a su socio le cayeron de uno a cinco años en Folsom. La única vez que pasó ella tiempo en la cárcel, que supiera Giros, fueron quince días por estar borracha y alteración del orden público.

Luego volvió y se casó con Kermit Ethridge, y si no hubiera salido su foto en el periódico en un mal momento, se habría librado completamente.

El material Huysendahl era difícil de tragar. La evidencia documental no era nada especial: los nombres de unos chicos prepubescentes y las fechas en las cuales, según se afirmaba, Huysendahl había tenido relaciones sexuales con ellos; una colección de historiales de un hospital, indicando que Huysendahl había pagado el tratamiento por lesiones internas y laceraciones a un tal Jeffrey Kramer de once años. Pero las fotos no te dejaban con la sensación de estar mirando al candidato para el próximo gobernador del estado de Nueva York.

Había exactamente una docena de ellas y mostraban un repertorio bastante completo. La peor mostraba al compañero de Huysendahl, un joven y delgado negro, con la cara retorcida de dolor mientras Huysendahl le penetraba por el ano. En esa foto, el crío estaba mirando justo a la cámara, como en varias otras, y era posible que la expresión facial de agonía no fuera más que teatro, pero esa posibilidad no iba a prevenir que nueve entre diez

ciudadanos normales colocaran un dogal en el cuello de Huysendahl y le colgaran de la farola más próxima.

CAPÍTULO CUATRO

A las cuatro y media de esa tarde estaba en la recepción de la planta veintidós de un edificio de oficinas hecho de cristal y acero en Park Avenue, a la altura del número 40. La recepcionista y yo estábamos solos. Ella estaba detrás de una mesa de ébano en forma de «U». Tenía la piel un poquito más clara que la mesa, y llevaba el pelo al estilo afro, muy corto. Yo estaba sentado en un sofá de vinilo del mismo color que la mesa. La pequeña mesa Parson a mi lado estaba cubierta de revistas: *Foro de Arquitectura*, *Investigación y Ciencia*, un par de revistas de golf, la edición de la semana pasada de *Deportes Ilustrados*. No pensaba que me fueran a decir nada que quisiera saber, así que las dejé allí y miré un pequeño óleo en la pared del fondo. Era un paisaje de mar, poco profesional, con muchos barquitos pequeños haciendo cabriolas en un mar turbulento. En primer plano unos hombres se asomaban por los lados de un barco. Parecían estar vomitando, pero era difícil creer que el artista lo hubiera querido así.

—Lo pintó la señora Prager —dijo la chica—. Su mujer.

—Es interesante.

—Pintó todos los de su oficina también. Debe ser maravilloso tener un talento así.

—Debe serlo.

—No le dieron clases nunca.

A la recepcionista esto le parecía más extraordinario que a mí. Me pregunté cuándo había empezado a pintar la señora Prager. Supuse que después de crecer sus niños. Los niños de Prager eran tres: un chico que estudiaba Medicina en la Universidad de Búfalo, una hija casada en California, y la más joven, Stacy. Ya habían dejado todos el nido y la señora

Prager vivía en una casa solitaria en Rye y pintaba paisajes de mares tormentosos.

—Terminó con el teléfono —dijo la chica—. Perdón, no le cogí el nombre.

—Matthew Scudder —dije.

Le llamó para anunciarle mi visita. No esperaba que le significase nada mi nombre y evidentemente no lo había hecho porque la chica me preguntó el motivo de mi visita.

—Represento el proyecto Michael Litvak.

Si Prager se dio cuenta de lo que era eso no lo dejó ver. Ella transmitió su continua confusión.

—La Cooperativa Golpea y Corre —dije—. El proyecto Michael Litvak. Es un asunto confidencial, estoy seguro de que me querrá ver.

En realidad, estaba seguro de que no me iba a querer ver en absoluto, pero ella le repitió mis palabras, y él no pudo realmente evitarlo.

—Le verá ahora —dijo ella, y señaló con su cabecita rizada una puerta con el cartel de privado.

Su oficina era amplia. La pared del fondo era toda de cristal con una vista bastante impresionante de una ciudad que tiene mejor aspecto cuanto más alto estás. La decoración era tradicional, en fuerte contraste con el severo mobiliario de la recepción. Las paredes eran paneles de madera oscura, tablas individuales, no de ese aglomerado. La moqueta era de color oporto aleonado. Había muchos cuadros en las paredes, todos paisajes marinos, todos, indudablemente, obras de la señora de Henry Prager.

Había visto su foto en los periódicos que miré en la sala de microfilmes en la biblioteca. Sólo eran de hombros para arriba, pero me habían hecho esperar encontrarme con un hombre más grande que el que ahora se ponía de pie detrás de la mesa de cuero. Y la cara de la foto *Bacharach* radiaba calma y serenidad. Ahora se encontraba marcada por el recelo, contenida por la cautela. Me acerqué a la mesa y nos quedamos mirándonos. Parecía dudar si ofrecerme la mano o no. Decidió no hacerlo. Dijo:

—¿Se llama Scudder?

—Exacto.

—No estoy seguro de lo que quiere.

Yo tampoco lo estaba. Había una silla de cuero rojo con brazos de madera cerca de la mesa. La arrimé y me senté mientras él seguía de pie. Vaciló un momento y se sentó también. Esperé unos segundos por si acaso él dijera algo, sin embargo, era bastante bueno en cuestiones de espera.

—Mencioné un nombre anteriormente. Michael Litvak —dije.

—No conozco el nombre.

—Entonces nombraré otro. Jacob Jablon.

—No conozco ese tampoco.

—¿No? El señor Jablon era socio mío. Hemos hecho algún negocio juntos.

—¿Qué tipo de negocios?

—¡Bah! Un poco de esto, un poco de lo otro. Nada tan próspero como el suyo, me temo. ¿Es un asesor de Arquitectura?

—Exacto.

—Proyectos de gran escala. Urbanizaciones, edificios de oficinas, ese tipo de cosas.

—No es exactamente información secreta, señor Scudder.

—Debe pagar bien.

Me miró:

—En realidad, la frase que acaba de usar, «información secreta»..., era de eso de lo que realmente quería hablar.

—¿Sí?

—Mi colega, el Sr. Jablon, tuvo que dejar la ciudad repentinamente.

—No veo cómo...

—Se retiró —dije—. Es un hombre que trabajó duro durante toda su vida, Sr. Prager, y alcanzó una cierta cantidad de dinero y se retiró.

—Quizá podría usted ir al grano.

Saqué un dólar de plata del bolsillo y le di la vuelta, pero no como Giros, mantuve los ojos en la cara de Prager en vez de en la moneda. Podría haber llevado esa cara a cualquier partida de póquer en la ciudad y habría estado bien. Suponiendo que jugara bien.

—No se ven muchos de estos —dije—. Hace una hora entré en un banco a comprar uno. Se quedaron mirándome y me mandaron ver a alguien especializado. Yo pensaba que un dólar era un dólar, ¿sabe? Así era antes.

Parece que sólo el contenido de plata de estos chismes vale dos o tres pavos y el valor para el coleccionista es más alto todavía. Tuve que pagar siete dólares por este, tanto si lo cree como si no lo cree.

—¿Por qué lo quería?

—Sólo para tener suerte. El Sr. Jablon tenía un dólar como este. O por lo menos a mí me lo pareció. No soy numismático. Eso es un experto en monedas.

—Sé lo que es un numismático.

—Pues yo sólo me enteré hoy, mientras descubría que un dólar ya no vale un dólar. El Sr. Jablon me podría haber ahorrado siete pavos si me hubiera dejado su dólar cuando se marchó de la ciudad. Pero me dejó otra cosa que a lo mejor vale un poco más de siete dólares. Verá, me dio un sobre lleno de papeles y cosas. Algunos tienen su nombre escrito. Y el nombre de su hija y algunos otros nombres que mencioné. Michael Litvak, por ejemplo, pero no es un nombre que reconoce, ¿verdad?

El dólar había dejado de dar vueltas. Giros siempre lo atrapaba cuando empezaba a tambalearse, pero yo simplemente lo dejé caer. Cayó de cara.

—Pensé que como esos papeles tenían su nombre, con esos otros nombres, pensé que le gustaría tenerlos.

No dijo nada, y no pude pensar en nada más que decir. Cogí el dólar y le di otra vuelta. Esta vez lo miramos los dos. Se quedó dando vueltas encima del cuero durante un buen rato. Luego se dio contra una foto en un marco de plata, se tambaleó inciertamente y cayó de cara de nuevo.

Prager cogió el teléfono y pulsó un botón. Dijo:

—Esto es todo por hoy, Shari. Ponga la máquina y váyase a casa. — Luego, después de una pausa—. No, pueden esperar, los firmaré mañana. Puede irse a casa ahora. Bien.

Ninguno de los dos hablamos hasta que la puerta de la oficina de fuera se abrió y cerró. Entonces Prager se reclinó en su silla y juntó las manos sobre la pechera de la camisa. Era un hombre un poquito gordo, pero en las manos no le sobraba carne. Eran delgadas con los dedos largos.

—Tengo entendido que usted quiere seguir donde..., ¿cómo se llamaba?
—dijo.

—Jablon.

—Donde Jablon lo dejó.

—Algo así.

—No soy un hombre rico, Sr. Scudder.

—No se muere de hambre.

—No —asintió—. No me muero de hambre. —Miró detrás de mí un momento, a lo mejor a un paisaje marino—. Mi hija Stacy pasó por una etapa difícil de su vida. Durante la misma tuvo un accidente desafortunado.

—Se murió un niño pequeño.

—Se murió un niño pequeño. No quiero parecer insensible, pero ese tipo de cosas pasa continuamente. Seres humanos, niños, adultos, qué más da, la gente se muere accidentalmente todos los días.

Pensé en Estrellita Rivera con una bala en el ojo. No sé si se notó algo en mi cara.

—La situación de Stacy, su culpabilidad si así lo quiere llamar, vino no del accidente, sino de su respuesta después del hecho. No paró. Que hubiera parado, no le habría ayudado al niño en absoluto. Se murió instantáneamente.

—¿Eso lo sabía ella?

Cerró los ojos durante un momento.

—No sé —dijo—. ¿Es pertinente?

—Probablemente, no.

—El accidente..., si hubiera parado como debería haber hecho, estoy seguro de que la habrían exculpado. El niño bajó de la acera justo delante de ella.

—Tengo entendido que había tomado unas drogas.

—Si quiere llamar a la marihuana una droga.

—No importa cómo la llamemos, ¿no cree? Quizá podría haber evitado el accidente si no hubiera estado colocada. O quizás habría tenido el juicio de parar una vez atropellado el niño. Ya no importa. Estaba colocada, y sí que dio contra el niño y no paró su coche, y usted logró comprarle la libertad.

—¿Me equivoqué al hacerlo, Scudder?

—Qué sé yo.

—¿Tiene usted hijos?

Vacilé; luego, asentí con la cabeza.

—¿Qué habría hecho usted?

Pensé en mis hijos. Eran demasiado jóvenes todavía para tener carnet de conducir. ¿Eran bastante mayores como para fumar marihuana? Era posible. ¿Y qué haría yo en el lugar de Henry Prager?

—Lo que fuera —dije—. Para salvarles.

—Por supuesto. Lo haría cualquier padre.

—Debió haberle costado mucho dinero.

—Más de lo que pude pagar. Pero no pude *no* pagarlo, si me entiende.

Cogí el dólar de plata y lo miré. La fecha era 1878. Era bastante más viejo que yo y tenía mejor aspecto.

—Pensé que había acabado —dijo—. Era una pesadilla, pero logré poner todo en su sitio. La gente con quien traté se dio cuenta de que Stacy no era una criminal. Era una buena chica, de buena familia que pasó por una etapa difícil de su vida. Es bastante corriente, ¿sabe? Se dieron cuenta de que no tenía sentido destrozar una vida sólo porque un accidente horrible había acabado con otra. Y la experiencia, es terrible decir eso, le ayudó a Stacy. Como resultado se hizo mayor. Maduró. Dejó de tomar drogas, por supuesto. Y su vida tomó un rumbo nuevo.

—¿Qué hace ahora?

—Está en la Universidad de Columbia. Psicología. Su idea es trabajar con niños retrasados mentales.

—¿Y tiene, cuántos años, veintiuno?

—Cumplió veintidós el mes pasado. Tenía diecinueve años cuando ocurrió el accidente.

—¿Supongo que tiene un apartamento aquí en la ciudad?

—Exacto, ¿por qué?

—Nada. Así que se convirtió en una chica buena.

—Todos mis niños son buenos, Scudder. Stacy tuvo un par de años difíciles, nada más. —Sus ojos se aguzaron de repente—. ¿Y durante cuánto tiempo tengo que pagar por ese error? Eso es lo que me gustaría saber.

—Seguro que sí.

—¿Entonces?

—¿Hasta qué punto le tenía agarrado Jablon?

—No entiendo.

—¿Cuánto le pagaba?

—Pensaba que era su socio.

—Manteníamos una relación superficial. ¿Cuánto?

Vaciló y entonces se encogió de hombros.

—La primera vez que vino le di cinco mil dólares. Dio la impresión de que un pago sería el final.

—Nunca lo es.

—Así tengo entendido. Volvió más tarde. Me dijo que necesitaba más dinero. Finalmente lo hicimos a nivel de negocio, con una base mensual.

—¿Cuánto?

—Dos mil al mes.

—Eso lo podía pagar.

—No tan fácilmente. —Logró una pequeña sonrisa—. Esperaba encontrar una manera de descontarlo, ¿sabe? Atribuirlo al negocio de alguna manera.

—¿Encontró una manera?

—No. ¿Por qué me hace todas estas preguntas? ¿Está intentando averiguar cuánto me puede sacar? A esta conversación le pasa algo —dijo repentinamente—. No parece usted un chantajista.

—¿Cómo que no?

—No sé. Ese hombre era un buitro, astuto, odioso. Usted es astuto, pero de otra manera.

—Hay de todo.

Se puso de pie.

—No seguiré pagando indefinidamente —dijo—. No puedo vivir bajo una guillotina. Maldita sea, no debería tener que vivir así.

—Pensaremos en algo.

—No quiero que se destroce la vida de mi hija. Pero no me van a sangrar hasta morirme.

Cogí el dólar de plata y lo metí en el bolsillo. No podía creer que él hubiera matado a Giros, pero a la vez no le podía descartar y estaba hartándome del papel que jugaba yo. Empujé la silla para atrás y me puse de pie.

—¿Entonces?

—Estaré en contacto —dije.

—¿Cuánto me va a costar?

—No sé.

—Le pagaré a usted lo que le pagaba a él. No pagaré más.

—¿Y hasta cuándo me pagará a mí? ¿Hasta siempre?

—No entiendo.

—Quizás yo pueda pensar en algo que nos guste a los dos —dije—. Le avisaré cuando lo sepa.

—Si quiere decir un pago solo, ¿cómo sé que puedo fiarme de usted?

—Esa es una de las cosas que hay que pensar —dije—. Estaré en contacto.

CAPÍTULO CINCO

Había quedado con Beverly Ethridge en el bar del Hotel Pierre a las siete. Desde la oficina de Prager fui caminando a otro bar, en la avenida Madison. Resultó ser un sitio para gente del mundo de la publicidad y el nivel de ruido y tensión eran molestos. Tomé un poco de *bourbon* y me marché.

Mientras iba subiendo la Quinta Avenida, paré en la iglesia de Santo Tomás y me senté en un banco. Descubrí las iglesias poco después de abandonar la policía y de alejarme de Anita y los niños. No sé lo que tienen realmente. Son uno de los poquísimos sitios en Nueva York donde una persona tiene sitio para pensar, pero no sé si ese es el único atractivo para mí. Parece lógico suponer que hay una especie de búsqueda personal implicada, aunque realmente no tengo ni idea de lo que puede ser. No rezo. No me parece que crea en nada.

Pero son lugares perfectos para sentarse y pensar. Me quedé sentado en Santo Tomás y pensé en Henry Prager un rato. Los pensamientos no me llevaron a ningún sitio en particular. Si hubiera tenido una cara más expresiva y menos cautelosa, yo podría haber aprendido algo de una manera u otra. No había hecho nada por lo que fuera descubierto, pero sí había sido lo bastante listo para acabar con el Giros cuando el Giros ya estaba en guardia, sería lo suficientemente listo como para no descubrirse ante mí.

Me era difícil verlo como asesino. Al mismo tiempo, me era difícil verle como víctima de chantaje. Él no sabía y realmente no era el momento de decírselo, pero debió haber mandado a Giros que cogiera su basura y se marchara. Se gasta tanto dinero en barrerlo todo para debajo de tantas alfombras que, al final, realmente nadie tenía ninguna prueba contra él. Su hija había cometido un crimen hacía un par de años. Un acusador muy tenaz

podría inculparle de homicidio con vehículo, pero era más probable que se le acusara de homicidio sin premeditación e involuntario y se habría suspendido la sentencia. Dados los hechos, realmente no había mucho que les pudiera pasar ni a ella ni a él después de tanto tiempo. Podría haber un poquito de escándalo, pero no lo suficiente para arruinar ni su negocio ni la vida de su hija.

Así que en apariencia tenía pocos motivos para pagarle a Giros, y menos todavía para matarle. A no ser que hubiera más de lo que yo sabía.

Tres: Prager, Ethridge y Huysendahl y todos le habían estado pagando dinero por el silencio, hasta que uno decidió hacer el silencio permanente. Todo lo que tenía que hacer yo era descubrir cuál era.

Y realmente no tenía ganas.

Por un par de motivos. Uno de los mejores era que yo no tenía ni la mitad de los recursos que tenía la policía. Todo lo que tenía que hacer era tirar el sobre de Giros sobre la mesa de un buen poli de Homicidios y dejar que lo resolviera él. La determinación de la hora de la muerte por el Departamento sería mucho más exacta que la vaga estimación que me había dado Koehler. Podrían comprobar coartadas. Podrían someter a los tres posibles asesinos a un interrogatorio intensivo, que por sí solo, casi seguramente sería bastante para aclararlo todo.

Sólo había un fallo en todo eso: el asesino acabaría en la cárcel, pero los otros dos saldrían con las manos sucias. Estuve muy cerca de pasarlo todo a la policía de todos modos, pensando que, para empezar, ninguno de los tres tenía las manos limpias. Un asesino que se da a la fuga, una puta y artífice del timo, y un perverso especialmente desagradable. Giros, con su código personal de la ética, sentía que debía a los que eran inocentes de su muerte el silencio que habían comprado. Pero de mí no habían comprado nada y yo no les debía nada.

La policía siempre era una opción. Si no pudiera resolverlo, quedaría como último recurso. Pero mientras tanto, iba a intentarlo, así que quedé con Beverly Ethridge. Había visitado a Henry Prager y vería a Huysendahl en algún momento del día siguiente. De un modo u otro, se enterarían de que yo era el heredero de Giros y que tenían las cuerdas tan apretadas como siempre.

Pasó un grupo de turistas por el pasillo, señalándose cosas unos a otros

sobre los elaborados bajorrelieves encima del altar mayor. Esperé hasta que pasó, me quedé sentado durante otro minuto o dos, entonces me puse de pie. Al salir examiné los cepillos para las limosnas en las puertas. Podías elegir entre el fomento de obras de la iglesia, misiones de ultramar o niños sin hogar. Metí tres de los treinta billetes de cien dólares de Giros en la hucha para niños sin hogar.

Hay ciertas cosas que hago sin saber por qué. Donar diezmos es una de ellas. Una décima parte de lo que gano va a la iglesia que visite después de recibirlo. Los católicos reciben la mayor parte. No porque sea aficionado a ellos, sino porque sus iglesias tienden a estar abiertas a horas extrañas.

La de Santo Tomás es episcopalista. Una placa delante dice que la mantienen abierta toda la semana para que la gente tenga un refugio frente al tumulto del Manhattan céntrico. Supongo que las donaciones de los turistas cubren gastos. Pues ahora tenían unos trescientos fáciles para pagar la luz, cortesía de un chantajista muerto.

Salí y me dirigí hacia el extrarradio de la ciudad. Era hora de avisar a una señora de quién había reemplazado a Giros Jablon. Una vez que lo supieran todos, podría tomármelo con calma. Podría sentarme y relajarme esperando a que el asesino de Giros intentara matarme a mí.

CAPÍTULO SEIS

El salón de cócteles del Pierre está iluminado por velitas colocadas dentro de pequeños cuencos azules, uno en cada mesa. Las mesas son pequeñas y bien separadas unas de otras, redondas y blancas con dos o tres sillas de terciopelo azul cada una. Me quedé parpadeando en la oscuridad, buscando una mujer que llevara un pantalón de traje blanco. Había cuatro o cinco mujeres solas en la sala, ninguna de ellas con traje de pantalón. Así que busqué a Beverly Ethridge y la encontré sentada en la mesa del fondo al lado de la pared. Llevaba un vestido ceñido azul marino y un collar de perlas.

Le di mi abrigo al mozo del guardarropa y fui directamente a su mesa. Si miró cómo me acercaba, lo hizo de reojo. En ningún momento giró la cabeza en mi dirección. Me senté en una silla al otro lado de ella y sólo entonces me miró a los ojos.

—Estoy esperando a alguien —dijo, y miró para otro lado, despidiéndose.

—Soy Matthew Scudder —dije.

—¿Se supone que eso tiene que decirme algo?

—Es usted bastante buena —dije—. Me gusta su traje de pantalón blanco, le sienta bien. Quería usted comprobar si podía reconocerla para saber si tenía las fotos o no. Supongo que eso es inteligente, pero ¿por qué no pedirme que trajera una?

Volvió los ojos y tomamos unos minutos para mirarnos mutuamente. Era la misma cara que había visto en las fotos, pero era difícil creer que fuera mucho más madura. Más que eso, había un aire de aplomo y sofisticación que resultaba bastante incompatible con la chica de aquellas fotos y sus historiales de arrestos. La cara era aristocrática y la voz mostraba buenos colegios y buena educación.

Entonces, dijo:

—Un jodido poli. —Y su cara y su voz la traicionaron y toda aquella educación se desvaneció—. ¿Cómo lo descubrió usted?

Me encogí de hombros. Empecé a decir algo, pero se acercaba el camarero. Pedí *bourbon* y café. Ella le señaló con la cabeza que le trajera otra de lo que estaba tomando. No sé lo que era. Contenía mucha fruta.

Cuando se fue, dije:

—El Giros tuvo que dejar la ciudad durante una temporada. Quiso que le cuidara el negocio en su ausencia.

—Ya.

—A veces, las cosas ocurren así.

—Ya. Usted le echó el guante y le dio mi historia como pasaporte. Tenía que ser un poli corrompido el que le pescara.

—¿Estaría usted mejor con uno honesto?

Se puso la mano en el pelo. Era liso y rubio con un corte que creo que se llama *Sassoon*. Había sido considerablemente más largo en las fotos, pero del mismo color. Quizás el color era natural.

—¿Uno honesto? ¿Dónde lo encontraría?

—Dicen que hay dos o tres sueltos por ahí.

—Ya. Como guardias de tráfico.

—De todos modos, no soy policía. Solamente corrompido. —Sus ojos se levantaron—. Dejé la policía unos años atrás.

—Entonces no entiendo. ¿Cómo se hizo usted con el material?

O verdaderamente estaba perpleja o sabía que Giros estaba muerto y era realmente muy buena actriz. Ese era todo el problema. Estaba jugando al póquer con tres extraños y no podía sentarlos a todos en la misma mesa.

Vino el camarero con las copas. Sorbí un poco de *bourbon*, bebí un centímetro de café y vertí el resto del *bourbon* a la taza. Es una manera estupenda de emborracharse sin cansarse.

—Vale —dijo.

La miré.

—Mejor que me lo diga, Sr. Scudder. —Ahora la voz cultivada y la cara volviéndose a su estado anterior—. Según lo que me dice, me va a costar.

—Un hombre tiene que comer, señora Ethridge.

De repente, sonrió; no sé si espontáneamente o no. Se le iluminó toda la cara con la sonrisa.

—Creo que deberías llamarme Beverly —dijo—. Me resulta extraño que me llame formalmente un hombre que me ha visto con una polla en la boca. ¿Y cómo te llaman a ti? ¿Matt?

—Generalmente.

—Ponle un precio, Matt. ¿Cuánto va a costar?

—No soy goloso.

—Seguro que eso se lo dices a todas las chicas. ¿Hasta qué punto *no* eres goloso?

—Me gusta el arreglo que tenía con Giros. Lo que le sirve a él me sirve a mí.

Movió la cabeza pensativamente, una sombra de sonrisa en los labios. Metió la punta de un delicado dedo en la boca y lo mordisqueó.

—Interesante.

—¿Sí?

—El Giros no te dijo mucho. No teníamos ningún arreglo.

—¿No?

—Estábamos intentando pensar en uno. No quise que me matara poco a poco cada semana chupándome el dinero. Supongo que sumó un total de cinco mil dólares durante los últimos seis meses.

—No mucho.

—También me acostaba con él. Yo habría preferido darle más dinero y menos sexo, pero no tengo mucho dinero propio. Mi marido es un hombre rico, pero no es lo mismo, ¿sabes?, y yo no tengo mucho dinero.

—Pero tiene mucho sexo.

Pasó la lengua sobre los labios de una manera muy obvia. Eso no le hizo el gesto menos provocativo.

—No pensaba que te hubieras fijado —dijo.

—Me fijé.

—Me alegro.

Tomé un poco de café. Eché un vistazo al salón. Todo el mundo tenía un aire elegante y estaba bien vestido y me sentía fuera de sitio. Llevaba mi mejor traje y parecía un poli usando lo mejor de su ropa. La mujer al otro

lado de la mesa había hecho películas pornográficas, se había prostituido, se había prestado a jugar con la inocencia de la gente para timarla. Y ella estaba perfectamente cómoda aquí mientras yo sabía que me encontraba fuera de sitio.

—Creo que preferiría dinero, señora Ethridge.

—Beverly.

—Beverly —repetí.

—O Bev, si prefieres. Soy muy buena, ¿sabes?

—Seguro que sí.

—Me dicen que convino el arte de una profesional con el ardor de una *amateur*.

—Y estoy seguro de que es así.

—Al fin y al cabo, has visto las pruebas fotográficas.

—Es verdad. Pero me temo que tengo más necesidad de dinero que de sexo.

Asintió con la cabeza, lentamente.

—Con Giros —dijo— estaba intentando llegar a un acuerdo. Ahora no tengo mucho dinero disponible en metálico. Vendí algunas joyas, cosas así, pero sólo para ganar tiempo. A lo mejor podría reunir algo de dinero si tuviera tiempo. Una cantidad sustanciosa, quiero decir.

—¿Cómo de sustanciosa?

Ignoró la pregunta.

—Aquí está el problema. Mira, yo estaba en el juego, ya lo sabes. Era temporal. Era lo que mi psiquiatra llama una manera radical de sacar a la luz mis ansiedades y hostilidades. No sé de qué cojones habla y creo que él tampoco. Ahora estoy limpia, soy una mujer respetable, en cierta manera un miembro de la *jet set*, pero sé las reglas del juego. Una vez que pagas, acabas pagando durante el resto de tu vida.

—Suele ser así, es verdad.

—No quiero que sea así. Quiero pagar una cantidad grande y que me des todo. Pero es difícil encontrar la manera de hacerlo.

—Porque yo siempre podría guardar copias de las fotos.

—Podrías tener copias. También podrías guardar información en la cabeza, porque la información sola es bastante para arruinarme.

—Así que necesitaría una garantía de que un pago fuera todo lo que tendría que pagar.

—Así es. Necesitaría cogerte a ti de tal manera que ni pensaras en guardar las fotos, ni volver a pedirme más.

—Es un problema —dije—. ¿Estaba intentando hacerlo así con Giros?

—Sí. Ninguno de los dos podíamos pensar en algo que gustara a los dos y mientras tanto lo mantenía a raya con sexo y cantidades pequeñas de dinero. —Lamió sus labios—. El sexo era bastante interesante. Su percepción de mí y todo. No creo que un hombre así tuviera mucha experiencia con mujeres jóvenes y atractivas. Y, por supuesto, la cuestión social, la diosa de la avenida Park, y a la vez tenía esas fotos de mí y sabía cosas de mí, de modo que llegué a ser una persona bastante especial para él. No le encontraba atractivo. Y no me gustaba, no me gustaban sus maneras y odiaba cómo me tenía agarrada. De todos modos, hicimos unas cosas interesantes juntos. Era sorprendentemente inventivo. No me gustaba el *tener* que hacer cosas con él, pero me gustaba *hacerlas*, si me entiendes.

No dije nada.

—Te podría contar alguna de las cosas que hicimos.

—No se moleste.

—Puede que te excites escuchando.

—No creo.

—No te gusto mucho, ¿verdad?

—No mucho, no. Realmente no puedo permitirme que me guste, ¿no cree?

Bebió un poco de su copa y pasó la lengua por los labios de nuevo.

—No serías el primer poli que llevo a la cama —dijo—. Cuando haces las calles, eso es una parte. Creo que nunca conocí a un poli que no estuviera preocupado por su polla. Que si era demasiado pequeña, que si no la usaba bien. Supongo que viene de llevar una pistola y porra y todo lo demás, ¿no crees?

—Puede ser.

—Personalmente, siempre encontraba que los polis la tenían igual que cualquiera.

—Creo que estamos cambiando de conversación, señora Ethridge.

—Bev.

—Creo que deberíamos hablar del dinero. Una buena suma de dinero, por ejemplo, y entonces puede quedar libre del anzuelo y yo puedo dejar la caña.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Cincuenta mil dólares.

No sé qué cantidad estaba esperando. No sé si ella y Giros habían hablado de dinero mientras daban vueltas en sábanas caras. Frunció los labios y silbó silenciosamente indicando que la cantidad que había mencionado era en efecto muy grande.

Dijo:

—Tienes ideas caras.

—Lo paga una vez y se acabó.

—Volvemos al principio, ¿cómo lo sé?

—Porque cuando me dé el dinero, yo le doy información sobre mí. Hice algo hace años. Me podrían mandar a la cárcel durante mucho tiempo por ello. Puedo escribir una confesión dando todos los detalles. Se lo daré cuando me dé los cincuenta mil junto con todo lo que tiene Giros sobre usted. Eso me para a mí, previene que haga algo.

—¿No fue solamente corrupción policíaca?

—No, no lo fue.

—Mataste a alguien.

No dije nada.

Tomó tiempo para pensarlo. Sacó un cigarro y le dio golpecitos sobre una uña bien arreglada. Me imagino que estaba esperando que yo se lo encendiera. Me mantuve en mi sitio y dejé que lo prendiera ella misma.

Finalmente dijo:

—Puede que funcione.

—Estaría poniéndome la cabeza en un dogal. No tendría que preocuparse por mí, por si me echara atrás y tirara de la cuerda.

Asintió con la cabeza.

—Sólo hay un problema.

—¿El dinero?

—Ese es el problema. ¿No podríamos bajar el precio un poco?

—No creo.

—Es que no tengo esa cantidad de dinero.

—Su marido sí que lo tiene.

—Eso no lo pone en mi bolso, Matt.

—Siempre podría eliminar al intermediario —dije—. Venderle la mercancía directamente a él. Él sí que pagaría.

—Cabrón.

—¿Qué? Él pagaría, ¿no?

—Conseguiré el dinero de algún sitio. Cabrón. Para tu información, a lo mejor él no pagaría y entonces no tendrías dónde agarrarte, ¿verdad? No me tendrías agarrada, se fastidiaría mi vida y los dos acabaríamos sin nada. ¿Estás seguro de que quieres arriesgarte?

—No, si no es necesario.

—Quieres decir si consigo el dinero. Tienes que darme tiempo.

—Dos semanas.

Negó con la cabeza.

—Un mes por lo menos.

—Eso es más tiempo de lo que pensaba estar en la ciudad.

—Si lo puedo conseguir antes, lo conseguiré. Créeme. Cuanto antes te quite de encima, mejor. Pero me puede llevar un mes.

Le dije que un mes estaría bien, pero que esperaba que no tardara tanto. Me llamó cabrón e hijo de puta y repentinamente se volvió seductora y me preguntó si quería llevarla a la cama, de todos modos, para divertirnos. Me gustaba más cuando me insultaba.

Dijo:

—No quiero que me llames. ¿Cómo puedo ponerme en contacto contigo?

Le di el nombre del hotel. Intentó no mostrarlo, pero era obvio que la había sorprendido mi franqueza. Evidentemente el Giro no había querido que supiera dónde encontrarlo.

No lo culpaba.

CAPÍTULO SIETE

En el día que cumplió veintidós años Theodore Huysendahl había heredado dos millones y medio de dólares. Un año más tarde añadió otro millón y monedas sueltas al casarse con Helen Godwynn, y durante los cinco años siguientes había aumentado su fortuna total a cerca de quince millones de dólares. A los treinta y dos años vendió los beneficios de sus negocios, se mudó de una finca residencial justo al lado del mar en Sands Point a un apartamento cooperativo en la Quinta Avenida, en los años setenta, y dedicó su vida al servicio público. El presidente le concedió un nombramiento. El alcalde le colocó como jefe del Departamento de Parques y Recreo. Daba buenas entrevistas, era noticia interesante y la prensa le adoraba, y como resultado salía mucho en los periódicos. Durante los últimos años había estado dando discursos por todo el estado, apareciendo en cada cena del Partido Demócrata para recoger fondos, dando ruedas de prensa por todas partes, ocasionalmente asistiendo como invitado a programas de debate en la televisión. Siempre decía que no se estaba presentando para gobernador y creo que ni siquiera su propio perro era tan estúpido como para creerlo. Se presentaba y se presentaba con mucho ardor y tenía mucho dinero para invertir y muchos favores políticos de los que echar mano. Era alto, guapo y radiantemente encantador, y si tuviera postura política, lo cual era dudoso, no estaba ni demasiado a la derecha ni demasiado a la izquierda para perder los votos del gran centro.

El dinero bien empleado le daba una posibilidad entre tres de ser nominado y, si llegaba hasta ahí, tendría altas probabilidades de ser elegido. Y sólo tenía cuarenta y un años. A lo mejor ya miraba más allá del Albany hacia Washington.

Un puñado de fotografías obscenas podrían acabar con todo eso en un segundo.

Tenía un despacho en el ayuntamiento. Cogí el metro hasta la calle Chambers e iba hacia allí, pero primero me desvié, subí la calle Center y me quedé delante del cuartel de policía durante unos pocos minutos. Había un bar al otro lado de la calle a donde solíamos ir antes o después de aparecer por el edificio de juzgados. Sin embargo, me parecía un poco temprano para tomar algo y no tenía ganas de encontrarme con nadie, así que crucé la calle en dirección al ayuntamiento y logré encontrar la oficina de Huysendahl.

Su secretaria era una mujer mayor con el pelo canoso y áspero y ojos azules y penetrantes. Le dije que quería verle y me preguntó el nombre.

Saqué el dólar de plata.

—Mire bien —dije, y lo puse en marcha en la esquina de su mesa—. Ahora dígame al Sr. Huysendahl exactamente lo que he hecho y que me gustaría verle en privado. Ahora.

Escudriñó mi cara un momento, a lo mejor intentando juzgar mi cordura. Entonces cogió el teléfono, pero puse mi mano suavemente encima de la suya.

—Dígaselo en persona —dije.

Otra mirada penetrante con la cabeza inclinada levemente a un lado. Entonces, casi sin hacer ningún gesto, se levantó y entró en su oficina, cerrando la puerta tras de sí.

No tardó mucho. Salió con expresión perpleja en la cara y me dijo que el señor Huysendahl me atendería. Ya había colgado mi abrigo en un perchero de metal. Abrí la puerta de Huysendahl, entré y la cerré detrás de mí.

Empezó a hablar antes de levantar la vista del periódico que estaba leyendo. Dijo:

—Pensaba que habíamos quedado en que no vendría aquí. Pensé que habíamos establecido... —Entonces levantó la vista, me vio y algo pasó por su cara. Dijo—: No es usted...

Tiré el dólar al aire y lo cogí.

—No soy George Raft tampoco —dije—. ¿A quién esperaba?

Me miraba y yo trataba de sacar algo de su cara. Tenía mejor aspecto que en las fotos de los periódicos y mucho mejor que en las fotos secretas que

tenía de él. Estaba sentado detrás de una mesa de acero gris en una oficina decorada con muebles corrientes del Ayuntamiento. Podría haber gastado dinero en redecorarlo él mismo, mucha gente en su posición lo hacía. No sé lo que expresaba de él, ni lo que se suponía que expresaba.

Dije:

—¿Es ese el *Times* de hoy? Si estaba esperando a un hombre con un dólar de plata, no debe de haber leído muy bien el periódico. Tercera página de la segunda sección, hacia abajo.

—No sé de qué se trata todo esto.

Señalé el periódico con el dedo.

—Venga. Tercera página, segunda sección.

Me quedé de pie mientras él buscaba y leía el artículo. Lo había visto yo mismo mientras desayunaba y puede que se me hubiera escapado si no hubiera estado buscándolo, no sabía si saldría en los periódicos o no, pero había tres párrafos identificando el cadáver del río East como Jacob *Giros Jablon* y refiriendo unas cuantas acciones importantes de su carrera.

Miraba cuidadosamente mientras Huysendahl leía el artículo. No pudo ser más que legítima su reacción. Se puso pálido instantáneamente y golpeaba el pulso en su sien. Sus manos se cerraron tan violentamente que se rompió el periódico. Parecía significar sin lugar a dudas que no sabía que *Giros* estaba muerto, pero también podría querer decir que no esperaba que apareciera el cadáver y de repente se daba cuenta del lío en el que se encontraba.

—Dios —dijo—. De eso tenía miedo. Por eso quería... ¡Oh, Dios mío!

No me miraba y no me hablaba. Tenía la sensación de que no se acordaba de que yo estaba en el despacho con él. Estaba mirando al futuro y viéndolo marcharse por el sumidero.

—Justo lo que temía —volvió a decir—. Se lo decía constantemente. Él decía que si le pasaba algo, un amigo suyo sabría qué hacer con esas..., esas fotografías. Pero no tenía nada que temer de mí, le dije que no tenía nada que temer de mí. Habría pagado cualquier cosa y él lo sabía. Pero ¿qué haría yo si se muriera? «Espera que viva para siempre», fue lo que me contestó. —Levantó la vista hacia mí—. Y ahora está muerto —dijo—. ¿*Quién* es usted?

—Matthew Scudder.

—¿Es de la policía?

—No, dejé el Departamento hace unos años.

Pestañeó.

—No sé..., no sé por qué está aquí —dijo. Parecía perdido e indefenso y no me habría sorprendido si se hubiera echado a llorar.

—Soy un tipo de profesional independiente —expliqué—. Le hago favores a la gente, saco un dólar aquí y allí.

—¿Es detective privado?

—Nada tan formal. Mantengo los ojos y los oídos abiertos, esa clase de cosas.

—Entiendo.

—Leí este artículo sobre mi viejo amigo Giros Jablon y pensé que me podía poner en posición de hacerle un favor a alguien. De hecho, un favor a usted.

—¿Cómo?

—Me imaginaba que quizá Giros tuviera algo que a usted le gustaría tener en sus manos. Bueno, ya sabe, manteniendo los ojos y los oídos abiertos y todo eso nunca sabes lo que vas a descubrir. Lo que imaginaba era que podría haber algún tipo de recompensa.

—Ya veo —dijo. Empezó a decir algo más, pero sonó el teléfono. Lo cogió y empezó a decirle a la secretaria que no recibía llamadas, pero esta era de Su Ilustrísima y decidió no dejarla pasar. Cogí una silla y me senté a esperar mientras Theodore Huysendahl hablaba con el alcalde de Nueva York. No presté mucha atención a la conversación. Cuando terminó, usó el interfono para recalcar que por el momento no estaba para recibir llamadas. Entonces me miró y suspiró pesadamente.

—Pensaba que podría haber una recompensa.

Asentí con la cabeza.

—Para justificar mi tiempo y los gastos.

—¿Es usted el... amigo de quien me habló Jablon?

—Era amigo suyo —admití.

—¿Tiene las fotografías?

—Digamos que puede que sepa dónde están.

Apoyó su frente en la palma de la mano y se rascó el pelo. Lo tenía medio castaño, ni demasiado largo ni demasiado corto; como su postura política,

estaba diseñado para evitar irritar a nadie. Me miró por encima de las gafas y suspiró de nuevo.

Calmadamente dijo:

—Pagaría una cantidad importante por tener esas fotografías.

—Puedo comprenderlo.

—La recompensa sería... generosa.

—Me imaginaba que lo sería.

—Puedo permitirme el pagar una recompensa generosa, señor... No creo que le cogiera el nombre.

—Matthew Scudder.

—Claro. Normalmente me acuerdo bien de los nombres. —Cerró los ojos un poco—. Como dije, Sr. Scudder, puedo permitirme pagar una recompensa generosa. Lo que no puedo permitir es que continúe existiendo ese material. —Inspiró y se enderezó en la silla—. Voy a ser el próximo gobernador del estado de Nueva York.

—Según dice mucha gente.

—Lo dirá más gente. Tengo posibilidades, tengo imaginación, tengo visión. No soy un peón en la partida endeudado con los jefes. Soy independientemente rico, no busco enriquecerme a costa de la gente. Podría ser un gobernador excelente. El estado necesita un líder. Podría...

—Quizá vote por usted.

Sonrió tristemente.

—Supongo que no es hora de pronunciar un discurso, ¿verdad? Sobre todo en un momento en el que me tomo tanto cuidado en negar que soy un candidato. Pero debe usted ver la importancia de esto para mí, señor Scudder.

No dije nada.

—¿Tenía pensado alguna recompensa especial?

—Usted tendría que fijar el precio. Por supuesto que cuanto más alto más incentivo será.

Juntó los dedos y lo pensó.

—Cien mil dólares.

—Eso es bastante generoso.

—Eso es lo que pagaría como recompensa. Por la devolución de absolutamente todo.

—¿Como sabría que lo tiene todo?

—He pensado en eso. Tenía ese problema con Jablon. Nuestras negociaciones se complicaron por la dificultad que tenía yo por estar con él en la misma habitación. Sabía instintivamente que estaría a su merced para siempre. Si le diera unos sustanciosos fondos, al cabo de un tiempo los hubiera gastado y volvería por más. Los chantajistas siempre son así, por lo que tengo entendido.

—Normalmente.

—Así que le pagaba tanto a la semana. Un sobre semanal de billetes viejos no correlativos como si pagara un rescate. Y de alguna manera lo estaba pagando. Estaba rescatando todo mi futuro.

Se apoyó en su silla giratoria de madera y cerró los ojos. Tenía una buena cabeza y una cara fuerte. Supongo que debía haber habido alguna debilidad en ella porque había mostrado flaqueza en su comportamiento, y tarde o temprano tu carácter se muestra en tu cara. Tarda en unas caras más que en otras; si ahí había debilidad, yo no la veía.

—Todo mi futuro —dijo—. Podía permitirme ese pago semanal. Lo podía ver —esa sonrisa rápida, triste—, como un gasto de campaña. Un gasto continuo. Lo que me preocupaba era la vulnerabilidad, no el señor Jablon, sino lo que podía pasar si él se muriese. ¡Dios mío, la gente se muere cada día! ¿Sabe usted a cuántos neoyorquinos asesinan en un día normal?

—Antes eran tres —dije—. Un homicidio cada ocho horas era el promedio. Supongo que ahora es más alto.

—Yo oí una cifra de cinco.

—Es más alta en el verano. Una semana de julio pasado hubo más de cincuenta. Catorce de ellos en un día.

—Sí, me acuerdo de esa semana. —Miró para otro lado, evidentemente perdido en sus pensamientos. No sabía si estaba haciendo planes para reducir la proporción de homicidios cuando llegara a ser gobernador o para añadir mi nombre a la lista de víctimas. Dijo—: ¿Puedo dar por sentado que Jablon fue asesinado?

—No veo cómo puede dar por sentado otra cosa.

—Me imaginaba que iba a pasar esto. O sea, que me preocupaba. Este tipo de hombres corre un riesgo más alto de lo normal de ser asesinado. Estoy

seguro de que yo no era su única víctima. —Aumentó su voz al final de la frase y esperaba que yo le confirmara o negara lo que suponía. Esperó más y siguió—. Pero aunque no fuera asesinado, señor Scudder, los hombres se mueren. No viven siempre. No me gustaba pagarle a ese señor odioso cada semana, pero la perspectiva de suspender los pagos era peor. Podía morir de una infinidad de maneras, cualquier cosa. Una sobredosis, por ejemplo.

—No creo que usara nada.

—Bueno, entiende lo que quiero decir.

—Le podía haber pillado un autobús —dije.

—Exactamente. —Otro suspiro largo—. No puedo pasar por esto de nuevo. Cien mil dólares, pagados de la manera que especifique usted. Ingresados a una cuenta bancaria privada en Suiza si prefiere o en metálico. A cambio esperaré la entrega de absolutamente todo y su continuo silencio.

—Eso es razonable.

—Ya lo creo.

—Pero ¿qué garantía tendría usted de que posee todo lo que paga?

Sus ojos me estudiaron intensamente antes de que hablara.

—Creo que sé juzgar a los hombres bastante bien.

—¿Y ha decidido que yo soy honesto?

—Eso difícilmente. No le quiero insultar, señor Scudder, pero si sacara tal conclusión sería ingenuo por mi parte, ¿no?

—Probablemente.

—Lo que he decidido —dijo— es que usted es inteligente. Así que permítame que se lo explique de un modo sencillo. Le pagaré la cantidad que he mencionado. Y si en cualquier momento del futuro intenta sacar más dinero por mí, bajo cualquier pretexto, me pondría en contacto con... cierta gente. Y lo tendría muerto.

—Lo que le podría meter en un lío.

—Puede que sí —asintió—. Pero en tal caso tendría que arriesgarme. Y ya he dicho que creo que usted es inteligente. Lo que quise decir fue que creo que usted sería lo suficientemente inteligente para evitar no comprobar si le estoy engañando. Cien mil dólares debería ser una recompensa suficiente. No creo que sea tan imprudente como para comprobar su suerte.

Lo pensé, asentí lentamente con la cabeza.

—Una pregunta.

—Pregunte.

—¿Por qué no pensó en hacerle esta oferta a Giros?

—Sí que lo pensé.

—Pero no lo hizo.

—No, Sr. Scudder, no lo hice.

—¿Por qué?

—Porque no me parecía que él fuera suficientemente inteligente.

—Supongo que en eso tiene razón.

—¿Por qué dice eso?

—Acabó en el río —dije—. Eso no fue muy brillante por su parte.

CAPÍTULO OCHO

Eso fue el viernes. Dejé la oficina de Huysendahl un poco antes del mediodía e intenté determinar lo siguiente que iba a hacer. Ya había visto a los tres. Estaban todos avisados, todos sabían quién era yo y dónde podían encontrarme. Yo en cambio, había sacado un puñado de detalles sobre la operación de Giros y poco más. Prager y Ethridge no habían mostrado que supieran que el Giros estaba muerto. Huysendahl se había mostrado verdaderamente conmovido y consternado cuando se lo descubrí. Que supiera yo, no había logrado más que ponerme en el blanco y ni siquiera estaba seguro de que eso lo hubiera hecho bien. Era concebible que me había hecho parecer un chantajista demasiado razonable. Uno de ellos había intentado el asesinato una vez y no le había funcionado muy bien, así que podía ser que no estuviera dispuesto a intentarlo de nuevo. Podría sacar cincuenta mil de Beverly Ethridge y dos veces eso de Theodore Huysendahl y una cantidad todavía sin fijar de Henry Prager, lo que sería perfecto, salvo por una cosa. No buscaba hacerme rico. Buscaba atrapar a un asesino.

El fin de semana pasaba tranquilo. Emplé un poco de tiempo en la sala de microfilmes de la biblioteca, examinando las ediciones pasadas del *Times* y sacando información útil de los tres posibles asesinos y sus varios amigos y parientes. En la misma página que tenía una vieja historia sobre un centro comercial en el que estaba implicado Henry Prager, vi mi nombre por casualidad. Había un reportaje sobre una detención que había hecho yo como un año antes de dejar las fuerzas. Un colega y yo habíamos cogido a un mayorista de heroína que tenía bastante caballo puro para darle una sobredosis al mundo entero. Habría disfrutado más de la historia si no supiera cómo acabó. El traficante tenía un buen abogado y se descalificó todo por un

tecnicismo. En aquel entonces se decía que había costado unos veinticinco mil poner al juez en un estado de ánimo propicio.

Aprendes a ponerte filosófico sobre cosas así. No logramos meter al gilipollas aquel en la cárcel, pero le hicimos bastante daño. Veinticinco para el juez, fácilmente diez o quince para el abogado y encima perdió el caballo, que le dejó sin lo que había pagado al importador más lo que pudo haber ganado cuando lo distribuyera. Habría sido más feliz viéndole en la cárcel, pero coges lo que puedes. Como el juez.

En algún momento del domingo, marqué un número que no tenía que buscar en la guía. Contestó Anita y le dije que le iba a llegar un giro postal.

—Me hice con un par de pavos —dije.

—Bueno, podemos encontrarles algún uso —contestó—. Gracias. ¿Quieres hablar con los chicos?

Quería y no quería. Están llegando a una edad en la que me es un poco más fácil hablarles, pero todavía me cuesta por teléfono. Hablamos de baloncesto. Justo después de colgar el auricular, se me ocurrió un pensamiento extraño. Me vino a la cabeza que podía ser la última vez que les hablara. Giros había sido un hombre cauteloso por naturaleza, un hombre que se hacía invisible por reflejo, un hombre que se había sentido más cómodo en las sombras y sin embargo no había tomado bastantes precauciones. Yo estaba acostumbrado a los espacios abiertos y de hecho tenía que quedarme lo suficientemente al descubierto como para provocar un intento de asesinato. Si el asesino de Giros decidiera dispararme, podría ser que lo descubriera.

Quise volver a llamar y hablarles de nuevo. Parecía que debía haber algo importante para mí que decirles por si acaso hubiera cargado con más peso del que podía llevar. Pero no me las arreglé para pensar lo que podía ser y, pasados unos minutos, se me fue el impulso.

Bebí mucho esa noche. Menos mal que nadie me intentó matar entonces. Habría sido una presa fácil.

El lunes por la mañana llamé a Prager. Le había dejado la cuerda muy floja y tenía que darle un tirón. Su secretaria me dijo que estaba hablando por otra línea y pidió que esperara. Esperé un par de minutos. Entonces volvió para confirmar que esperaba todavía y luego me pasó.

—He decidido cómo hacerlo para que usted esté protegido. Hay algo que

la policía me intentó achacar, pero no pudo. —No sabía que yo era policía—. Puedo redactar una confesión, incluir bastantes pruebas para sellarlo herméticamente. Le daré eso como parte de nuestro trato.

Básicamente era lo que había intentado con Beverly Ethridge y le pareció igual de sensato a él que a ella. Ninguno de los dos había visto el comodín tampoco: sólo tenía que confesar con gran detalle un crimen que jamás hubiera ocurrido, y aunque fuera interesante leerlo, nadie podría mantenerme con una pistola por ello. Pero Prager no se dio cuenta de este aspecto, así que le gustó la idea.

Lo que no le gustó fue el precio que puse.

—Eso es imposible —dijo.

—Es más fácil que pagarlo poco a poco. Le pagaba a Jablon dos mil al mes. Me pagará a mí sesenta de golpe, que es el valor de menos de tres años, y se acabará para siempre.

—No puedo conseguir esa suma de dinero.

—Usted encontrará una manera, Prager.

—No puedo.

—No sea ridículo —dije—. Es un hombre importante en su campo, tiene éxito. Si no lo tiene en efectivo, seguro que tiene bienes disponibles que pueda hipotecar.

—No lo puedo hacer. —Su voz casi se rompió—. He tenido... problemas financieros. Algunas inversiones no han llegado a ser tan lucrativas como deberían haber sido. La economía, hay menos construcción, los intereses están volviéndose locos, sólo la semana pasada subieron el tipo de interés a un diez por ciento.

—No quiero una clase de economía, señor Prager. Quiero sesenta mil dólares.

—He pedido prestado todo lo que pude. —Paró un momento—. No puedo. No tengo fuentes...

—Me hará falta el dinero dentro de poco —interrumpí—. No quiero quedarme en Nueva York por más tiempo del que tengo previsto.

—No...

—Piense creativamente —dije—. Estaré en contacto.

Colgué el teléfono y me senté en la cabina uno o dos minutos hasta que

alguien que lo quería usar tocó impacientemente. Abrí la puerta y me puse de pie. El hombre que quería usar el teléfono parecía que iba a decir algo, pero me miró y cambió de idea.

No me lo estaba pasando bien. Le estaba haciendo pasar un mal rato a Prager. Si hubiera matado a Giros, entonces quizá se lo mereciera. Pero si no, le estaba torturando sin ningún propósito y no casaba conmigo muy bien este pensamiento.

Pero había sacado una cosa de la conversación: él necesitaba dinero. Y si Giros también le había estado presionando para ese último y rápido pago, la gran mordida, para que pudiera salir de la ciudad antes de que le mataran, podría haber supuesto la última gota del vaso de Henry Prager.

Había estado a punto de descartarlo cuando lo vi en su oficina. Simplemente, no me parecía que tuviera bastantes motivos, pero ahora, después de todo, parecía tener uno bastante bueno.

Y yo había acabado de darle otro.

Llamé a Huysendahl un poco más tarde. No estaba, así que dejé mi número y llamó sobre las dos.

—Sé que quedamos en que no le iba a llamar —dije—. Pero tengo buenas noticias para usted.

—¿Sí?

—Ya estoy en situación de pedir la recompensa.

—¿Logró encontrar el material?

—Correcto.

—Muy rápido —dijo.

—¡Bah!, unos trámites efectivos de investigador y un poco de suerte.

—Entiendo. Puede que tarde un poco en, humm..., reunir la recompensa.

—No tengo mucho tiempo, Sr. Huysendahl.

—Tiene que ser razonable con esto, ¿sabe? La cantidad de qué hablamos es sustanciosa.

—Tengo entendido que tiene bienes sustanciosos.

—Sí, pero no en efectivo. No todos los políticos tienen un amigo en Florida con esa cantidad de dinero en una caja de caudales en la pared. —Soltó una risita por el teléfono y parecía desilusionado de que no lo hiciera yo—. Necesitaré algo de tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Un mes como mucho. Quizá menos de eso.

El papel era bastante fácil, ya que tenía tantas oportunidades de practicarlo. Dije:

—Es demasiado tiempo.

—¿De veras? ¿Cuánta prisa tiene exactamente?

—Mucha. Quiero marcharme de la ciudad. El clima no me sienta bien.

—En realidad ha hecho bastante bueno estos últimos días.

—Ese es el problema. Hace demasiado calor.

—¿Sí?

—Sigo pensando en lo que le pasó a nuestro mutuo amigo y no quisiera que me pasara a mí.

—Debió haber hecho infeliz a alguien.

—Ya, pues yo también he hecho a unas cuantas personas infelices, señor Huysendahl, y lo que quiero es marcharme de aquí antes de que termine esta semana.

—No veo cómo va a ser posible. —Se calló momentáneamente—. Siempre podría marcharse y volver por la recompensa cuando las cosas se hayan enfriado un poco.

—No creo que quiera hacerlo de esa manera.

—Esa es una declaración algo alarmante, ¿no cree? El tipo de aventura que hemos discutido requiere ciertas cantidades de toma y daca. Tiene que ser una aventura cooperativa.

—Un mes es, simplemente, demasiado tiempo.

—Puede que lo pueda reunir en dos semanas.

—Puede que lo tenga que hacer.

—Eso me suena inquietamente a amenaza.

—Lo que pasa es que usted no es la única persona que está ofreciendo una recompensa.

—No me sorprende.

—Ya. Y si tengo que marcharme de la ciudad antes de recoger su recompensa, pues, nunca se sabe lo que puede pasar.

—No sea estúpido, Scudder.

—No lo quiero ser. Creo que ninguno de los dos deberíamos ser

estúpidos. —Inspiré—. Mire, señor Huysendahl, estoy seguro de que no es nada que no podamos resolver.

—Desde luego, espero que tenga usted razón.

—¿Qué le parece dos semanas?

—Difícil.

—¿Puede hacerlo?

—Puedo intentarlo. *Espero* que pueda hacerlo.

—Yo también. Sabe cómo ponerse en contacto conmigo.

—Sí —dijo—. Sé cómo ponerme en contacto con usted.

Colgué el teléfono y me preparé una copa. Sólo una pequeña. Bebí la mitad y apuraba el resto cuidadosamente. Sonó el teléfono. Terminé el *bourbon* de un trago y lo cogí. Pensaba que sería Prager. Era Beverly Ethridge.

—Matt, soy Bev, espero no haberte despertado, ¿no?

—No.

—¿Estás solo?

—Sí, ¿por qué?

—Me siento muy sola.

No dije nada. Recordaba estar sentado al otro lado de la mesa haciéndole ver que no me afectaba. La actuación evidentemente le había convencido. Pero yo lo estaba más. La mujer sabía bien cómo llegar a la gente.

—Esperaba que pudiéramos reunimos, Matt. Hay cosas de las que deberíamos hablar.

—Vale.

—¿Estarás libre sobre las siete de esta tarde? Estoy ocupada hasta esa hora.

—Las siete está bien.

—¿El mismo sitio?

Recordé cómo me había sentido en el Pierre. Esta vez nos encontraríamos en terreno mío. Pero no en Armstrong's; no quería llevarla allí.

—Hay un sitio que se llama La Jaula de Polly —dijo—. Calle 57, entre la Octava Avenida y la Novena, en el centro de la ciudad.

—¿La Jaula de Polly? Suena encantador.

—Es mejor de lo que parece.

—Entonces te veré allí a las siete. 57 entre Octava y Novena, eso está muy cerca de tu hotel, ¿no?

—Está al otro lado de la calle.

—Eso es muy cómodo —dijo.

—Me queda a mano a mí.

—Puede que quede a mano para los dos, Matt.

Salí y tomé un par de copas y algo de comer. Sobre las seis estaba de vuelta en el hotel. Miré en la recepción y Benny me dijo que había recibido tres llamadas, pero que no dejaron ningún recado.

No llevaba ni diez minutos en mi habitación cuando sonó el teléfono. Lo cogí y una voz que no reconocía dijo:

—¿Scudder?

—¿Quién es?

—Debería tener mucho cuidado. Va un poco lanzado y molesta a la gente.

—No creo que le conozca.

—No le hace falta conocerme. Sólo tiene que saber que es un río grande, hay mucho espacio dentro y no querrá intentar llenarlo solo.

—¿Y quién escribió para usted ese verso?

Colgó el teléfono.

CAPÍTULO NUEVE

Llegué a la Jaula de Polly con unos cuantos minutos de antelación. Había cuatro hombre y dos mujeres bebiendo en la barra. Detrás de ella, Chuck se estaba riendo educadamente de algo que había dicho una de las mujeres. En la máquina tocadiscos Sinatra pedía que mandaran entrar a los payasos.

El local es pequeño, con una barra a la derecha según entras. Una barandilla recorre la longitud del salón y a la izquierda hay una zona, subiendo unos peldaños, que tiene una docena de mesas. Todas estaban libres ahora. Fui hasta el paso de la barandilla, subí los peldaños y elegí la mesa más alejada de la puerta.

La Jaula está más animada sobre las cinco cuando la gente sedienta deja sus oficinas. Los que tienen mucha sed se quedan más tiempo que los demás, pero el sitio no es de mucho movimiento de transeúntes y casi siempre el local cierra bastante temprano. Chuck sirve unas copas generosas y los bebedores de las cinco suelen abandonar temprano. Los viernes, el grupo GSEF^[1] muestra una buena dosis de perseverancia, pero en otras ocasiones, por lo general, cierran antes de medianoche y ni siquiera se molestan en abrir los sábados o domingos. Es un bar en el barrio sin ser un bar de barrio.

Pedí un *bourbon* doble y había bebido la mitad cuando entró ella. Vaciló en la puerta, sin verme al principio, y murieron unas conversaciones cuando giraron las cabezas para mirarla. Parecía ser inconsciente de cómo llamaba la atención, o demasiado acostumbrada para hacerle caso. Me vio, se acercó y se sentó al otro lado de la mesa. Las conversaciones del bar continuaron al quedar claro que no estaba libre.

Dejó caer el abrigo de los hombros al respaldo de la silla. Llevaba un suéter de color rosa vivo. Era un color que le iba bien y el suéter le sentaba de

maravilla. Sacó un paquete de cigarrillos y un mechero de su bolso. Esta vez no esperó a que se lo encendiera yo. Inhaló mucho humo, lo expulsó en una delgada columna y la miró con evidente interés mientras ascendía al techo.

Cuando vino la camarera, pidió un *gin-tonic*.

—Estoy adelantando la estación —dijo—. Realmente hace demasiado frío fuera para bebidas de verano. Pero soy una persona tan cálida emocionalmente que lo puedo llevar a cabo, ¿no crees?

—Lo que usted diga, señora Ethridge.

—¿Por qué siempre se te olvida mi nombre de pila? Los chantajistas no deberíais ser tan formales con vuestras víctimas. A mí me es fácil llamarte Matt. ¿Por qué no me puedes llamar Beverly?

Me encogí de hombros. En realidad yo mismo no sabía la respuesta. Era difícil estar seguro de cuál era mi propia reacción ante ella y cuál formaba parte de un papel que representaba. En gran manera no la llamaba Beverly porque ella lo quería, pero eso era simplemente una respuesta que traía otra pregunta.

Llegó su copa. Apagó su cigarrillo, sorbió su *gin-tonic*. Respiró profundamente y subieron y bajaron sus senos bajo el suéter rosa.

—¿Matt?

—¿Qué?

—He estado intentando pensar en la manera de reunir el dinero.

—Bien.

—Me va a llevar tiempo.

Los manejé a todos de la misma manera y todos daban la misma respuesta. Todos eran ricos y nadie podía reunir unos pocos dólares. Quizás el país estaba en apuros, quizá la economía estaba tan mal como todo el mundo decía.

—¿Matt?

—Necesito dinero ahora mismo.

—Hijo de puta. ¿No crees que a mí me gustaría terminar esto cuanto antes? La única manera de conseguir el dinero es de Kermit y no le puedo decir para qué lo necesito. —Bajó la mirada—. De todos modos, no lo tiene.

—Creía que tenía más dinero que estiércol.

Negó con la cabeza.

—Todavía no. Tiene unos ingresos y son sustanciosos, pero no saca lo principal hasta que tenga treinta y cinco años.

—¿Cuándo es eso?

—En octubre. Es cuando cumple. El dinero de los Ethridge está todo invertido en un *trust* que termina cuando el hijo más joven cumpla treinta y cinco.

—¿Él es el más joven?

—Sí. Cobra el dinero en octubre. Dentro de seis meses. He decidido, hasta se lo he mencionado, que me gustaría tener mi propio dinero. Para no estar tan dependiente de él de la manera que lo estoy ahora. Esa es la única petición que entiende y, más o menos, está de acuerdo con ella. Así que en octubre me dará dinero. No sé cuánto, pero desde luego será más de cincuenta mil dólares y entonces podré arreglar cuentas contigo.

—En octubre.

—Sí.

—Sin embargo, no tendrás dinero en mano entonces. Supone un montón de papeleo. Quedan seis meses antes de que llegue octubre, y pasarán fácilmente otros seis meses antes de que tengas el dinero en efectivo.

—¿Realmente tarda tanto?

—Puede. Así que no estamos hablando de seis meses, sino que estamos hablando de un año, y eso es demasiado tiempo.

—Incluso seis meses es demasiado tiempo. Joder, *un* mes es demasiado tiempo, señora Ethridge. Quiero salir de esta ciudad.

—¿Por qué?

—No me gusta el clima.

—Pero ya está aquí la primavera. Estos son los mejores meses de Nueva York, Matt.

—Sin embargo, no me gusta.

Cerró los ojos y examiné su cara en reposo. La luz del salón le quedaba perfecta, velas eléctricas a pares, brillando contra el papel rojo estampado de las paredes. En la barra uno de los hombres se puso de pie, cogió parte del cambio que tenía delante y se dirigió hacia la puerta. Al salir dijo algo y una de las mujeres se rio fuertemente. Otro hombre entró en el bar. Alguien metió dinero en la máquina de discos y Leslie Gore decía que era su fiesta y lloraría

si quisiera.

—Tienes que darme tiempo —dijo ella.

—No tengo para dar.

—¿Por qué tienes que marcharte de Nueva York? De todas formas, ¿a qué tienes miedo?

—A lo mismo que tenía miedo el Giros.

Movió la cabeza pensativamente.

—Estaba muy nervioso hacia el final —dijo—. Eso hacía que la parte de la cama fuera muy interesante.

—Seguro que fue así.

—Yo no era la única que estaba bajo sus cuerdas. Lo dejó bastante claro. ¿Tú estás manejando a todos los suyos, Matt? ¿O sólo a mí?

—Es una buena pregunta, señora Ethridge.

—Sí, a mí me gusta. ¿Quién le mató, Matt? ¿Uno de sus otros clientes?

—¿Quiere decir que está muerto?

—Leo los periódicos.

—Seguro. A veces sale su foto en ellos.

—Sí. Y qué día de suerte para mí fue aquel. ¿Tú le mataste, Matt?

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Para que le pudieras quitar su pequeño negocillo. Yo pensaba que tú le sacabas dinero. Entonces leí cómo le pescaron del río. ¿Le mataste?

—No. ¿Y usted?

—Seguro, con mi arquito y mi flecha. Escucha, espera un año por tu dinero y te lo doblaré. Cien mil dólares. Es un interés fino.

—Preferiría coger el dinero en metálico e invertirlo yo mismo.

—Te dije que no lo puedo conseguir.

—¿Y qué tal su familia?

—¿Qué hay con ellos? No tienen dinero.

—Pensaba que tenía un papi rico.

Se estremeció y lo ocultó encendiendo otro cigarrillo. Ambas copas estaban vacías. Hice señas a la camarera y trajo otras. Pregunté si había café hecho. Dijo que no sabía, pero que lo haría si me apetecía. Parecía que realmente esperaba que no me apeteciera. Le dije que no se molestase.

Beverly Ethridge dijo:

—Tuve un bisabuelo rico.

—¿Sí?

—Mi propio padre siguió las huellas de su padre. El delicado arte de convertir un millón de dólares en un pimiento. Yo me crie pensando que siempre habría dinero. Eso fue lo que hizo que las cosas que sucedieron en California fueran tan cómodas. Tenía un papi rico y nunca tenía que preocuparme de nada realmente. Él siempre me podía echar un cable. Hasta las cosas más graves no eran graves.

—¿Entonces qué pasó?

—Se mató.

—¿Cómo?

—Se sentó en el coche en un garaje con la puerta cerrada y el motor en marcha. ¿Qué más da?

—Nada, supongo. Sólo que siempre me pregunto cómo lo hace la gente. Los médicos suelen usar pistolas, ¿sabía eso? Tienen acceso a los medios más simples, más limpios del mundo, una sobredosis de morfina, cualquier cosa así y en vez de eso, generalmente, se levantan la tapa de los sesos y causan un estropicio. ¿Por qué se mató?

—Porque se acabó el dinero. —Cogió su copa, pero hizo una pausa con ella a medio camino de la boca—. Por eso yo volví al este. De repente estaba muerto y, en vez de dinero, había deudas. Había un seguro bastante grande para vivir decentemente mi madre. Vendió la casa, se mudó a un apartamento. Con eso y la seguridad social se arregla. —Esta vez tomó un trago largo—. No quiero hablar de ello.

—Vale.

—Si llevaras esas fotos a Kermit no sacarías nada. Sólo te crearías dificultades. No las compraría porque no se preocuparía de mi buen nombre. Sólo se preocuparía por el suyo, lo que significaría deshacerse de mí y encontrar una esposa tan sosa como él.

—Quizá.

—Está jugando al golf esta semana. Un torneo de profesionales y aficionados, lo hacen el día antes de los torneos regulares. Consigue a un golfista profesional por compañero y, si ganan el dinero, el profesional saca unos cuantos dólares de ello y Kermit se lleva la gloria. Es su pasión

principal, el golf.

—Pensaba que lo era usted.

—Sí. Está fuera de la ciudad ahora, preparándose para este torneo. Así que puedo quedarme fuera de casa el tiempo que quiera. Puedo hacer lo que quiera.

—Conveniente para usted.

Suspiró.

—Supongo que no puedo usar el sexo esta vez, ¿verdad?

—Me temo que no.

—Es una pena. Estoy acostumbrada a usarlo, soy muy buena. Joder. Cien mil dólares dentro de un año es mucho dinero.

—También lo es un pájaro en mano.

—¡Ojalá tuviera algo que poder usar contigo! El sexo no funciona y no tengo dinero. Tengo un par de dólares en una libreta de ahorros, mi propio dinero.

—¿Cuánto?

—Sobre unos ocho mil. No me han añadido los intereses desde hace mucho tiempo. Se supone que tienes que llevarles la libreta una vez al año. Entre una cosa y otra nunca tengo tiempo para ello. Te podría dar lo que tengo, como desembolso inicial.

—Vale.

—¿De hoy en ocho días?

—¿Qué hay de malo en que sea mañana?

—No, no. —Movi6 la cabeza negando con énfasis—. No. Todo lo que puedo comprar con mis ocho mil es tiempo, ¿verdad? Así que voy a comprar una semana con eso ahora mismo. Dentro de una semana tendrás el dinero.

—Ni siquiera sé si lo tiene.

—No, no lo sabes.

Lo pens6.

—Vale —dijo finalmente—. Ocho mil dólares dentro de una semana. Pero no voy a esperar un año por el resto.

—Quizá me podría llevar al huerto a algunos tíos —dijo—. Unos cuatrocientos veinte cobrando cien dólares por polvo.

—O cuatro mil doscientos a diez dólares.

- ¡Cabrón!
- Ocho mil. Dentro de una semana.
- Los recibirás.

Ofrecí acompañarla a un taxi. Dijo que cogería uno ella misma y que podía pagar yo las copas esta vez. Me quedé en la mesa unos cuantos minutos después de que se marchara. Luego pagué la cuenta y salí. Crucé la calle y pregunté a Benny si había algún recado. No había recados, pero llamó un hombre que no había dejado su nombre. Me pregunté si habría sido el hombre que me amenazó con meterme en el río.

Fui a Armstrong's y me senté en mi mesa de costumbre. El sitio estaba lleno por ser lunes. La mayoría de las caras eran familiares. Tomé *bourbon* y café y a la tercera ronda vi por un instante una cara que por algo desconocido me resultaba familiar. En su siguiente vuelta por las mesas, le hice señas con el dedo a Trina. Se acercó a mí con las cejas arqueadas y la expresión acentuaba el aspecto felino de sus facciones.

—No te des la vuelta —dije—. En la barra, ahí delante, justo entre Gordie y el tío con la chaqueta vaquera.

—¿Qué pasa con él?

—A lo mejor nada. Ahora mismo no, pero dentro de un par de minutos, ¿por qué no pasas delante y le echas un vistazo?

—Y entonces ¿qué?, capitán.

—Entonces informe al Control de Misiones.

—A sus órdenes, señor.

Mantuve los ojos mirando hacia la puerta, pero me concentraba en lo que podía ver de él en la periferia de la visión, y no era mi imaginación. Sí que seguía mirando repetidamente hacia donde yo estaba. Era difícil calcular su altura porque estaba sentado, pero parecía casi lo bastante alto para jugar al baloncesto. Tenía la cara de estar al aire libre y el pelo largo, a la moda, de color arena. No podía ver bien sus facciones, estaba al otro extremo del local, pero me dio la impresión de frialdad y probada dureza.

Llegó Trina con una copa que no había pedido.

—Camuflaje —dijo, poniéndola delante de mí—. Le he echado un

vistazo. ¿Qué hizo?

—Nada que sepa yo. ¿Le has visto antes?

—No creo. De hecho, estoy segura porque me acordaría de él.

—¿Por qué?

—Tiende a destacarse. ¿Sabes a quién se parece? Al hombre Marlboro.

—¿El de los anuncios? ¿No han usado a más de un tío?

—Seguro. Se parece a todos. ¿Sabes?, botas altas de cuero duro, un sombrero de ala ancha y oliendo a estiércol de caballo y un tatuaje en la mano. No lleva botas ni sombrero y no tiene tatuaje, pero es la misma imagen. No me preguntes si huele a estiércol de caballo. No me acerqué lo suficiente para saberlo.

—No lo iba a preguntar.

—¿Cuál es la historia?

—No estoy seguro de si hay una. Creo que le vi hace poco en La Jaula de Polly.

—Puede que esté haciendo la ronda.

—¡Oh, oh!, como la mía.

—¿Y qué?

Me encogí de hombros.

—A lo mejor nada. De todos modos gracias por el trabajo de vigilancia, vete.

—¿No conseguí una placa?

—Y un anillo de descifrar códigos.

—A tope —dijo.

Le gané esperando. Estaba claro que me estaba prestando atención. No podía decir si él sabía que yo también me estaba interesando por él. No quería mirarle directamente.

Podría haberme seguido desde La Jaula. No estaba seguro de haberle visto allí, sólo sentía que me había fijado en él en algún sitio. Si me había empezado a seguir en La Jaula, entonces no era difícil relacionarle con Beverly Ethridge; ella podía haber fijado la cita previamente para ponerme la etiqueta. Pero aunque hubiera empezado en La Jaula, eso no probaba nada; podía haberme visto antes y seguido hasta allí. Tampoco ponía difícil que me encontraran. Todo el mundo sabía dónde vivía y había pasado el día entero en

el barrio.

A lo mejor eran sobre las nueve y media cuando me fijé en él, quizá más bien sobre las diez. Eran casi las once cuando recogió y se marchó. Había determinado que se iba a marchar antes que yo, y me hubiera sido necesario. No pasó mucho tiempo y tampoco pensé que lo pasaría. El hombre Marlboro no parecía el tipo al que le gustaba pasar su tiempo en una destilería de ginebra de la Novena Avenida, aunque fuera tan agradable como el Armstrong's. Era demasiado activo, del oeste y del aire libre, y antes de las once había montado su caballo y cabalgado hacia la puesta de sol.

Unos minutos después de marcharse se acercó Trina y se sentó al otro lado de la mesa. Todavía estaba trabajando, así que no la podía invitar a una copa.

—Tengo más que informar —dijo—. Billie nunca le había visto antes. Espera no volver a verle nunca más, dice, porque no le gusta servir bebidas alcohólicas a hombres con ojos así.

—¿Ojos cómo?

—No entró en detalles. A lo mejor se lo puedes preguntar. ¿Qué más? ¡Ah, sí! Pidió cerveza. Dos en tantas horas. Wurzburger negra, si te interesa.

—No mucho.

—También dijo...

—¡Mierda!

—Billie raramente dice «mierda». Dice frecuentemente «joder», pero raramente «mierda», y no lo dijo ahora. «¿Qué pasa?». —Pero ya me estaba levantando de la mesa camino de la barra. Billie se acercó lentamente dándole brillo a una copa con el trapo. Dijo:

—Te mueves rápido para ser un hombre grande, forastero.

—Mi mente se mueve despacio. Ese cliente que tenías...

—El hombre Marlboro, le llama Trina.

—Ese. Supongo que todavía no has lavado su copa, ¿verdad?

—Bueno, sí. Es esta de aquí, si bien recuerdo. —La levantó para que la inspeccionase—. ¿Ves? Limpísima.

—Mierda.

—Eso es justamente lo que dice Jimmie cuando *no* las lavo. ¿Qué pasa?

—Pues, a no ser que el cabrón llevara guantes, acabo de hacer algo muy

estúpido.

—Guantes. ¡Ah! ¿Huellas dactilares?

—Sí.

—Pensaba que eso sólo funcionaba en la tele.

—No cuando vienen como un regalo. Como en un vaso de cerveza. Mierda. Si alguna vez vuelve a entrar, lo cual sería esperar demasiado...

—Le cojo el vaso con una toalla y lo guardo en un sitio muy seguro.

—Esa es la idea.

—Si me hubieras dicho...

—Ya lo sé. Debería haberlo pensado.

—Sólo me interesaba que se marchara. No me gusta la gente como él en ningún sitio, sobre todo en los bares. Hizo durar dos cervezas una hora cada una y eso a mí me parecía bien. No lo iba a presionar para que tomara más. Cuando menos bebiera y cuanto antes se marchara, más feliz me hacía.

—¿Habló algo?

—Sólo para pedir las cervezas.

—¿Cogiste algún tipo de acento?

—No me fijé en aquel momento. Déjame pensar. —Cerró los ojos durante unos segundos—. No. Americano normal, indeterminado. Suelo fijarme en las voces y no se me ocurre nada sobre la suya. No puedo creer que sea de Nueva York, pero ¿qué prueba eso?

—No mucho. Trina dijo que no te gustaban sus ojos.

—No me gustaron nada.

—¿Por qué?

—La sensación que me daban. Es difícil describírtelo. Ni siquiera te podría decir de qué color eran, aunque creo que eran más bien claros que oscuros. Pero había algo en ellos, se quedaban en la superficie.

—No estoy seguro de entender lo que quieres decir.

—No tenían profundidad. Casi podían haber sido de cristal. ¿Viste «Watergate» por casualidad?

—Algo, no mucho.

—Uno de esos gilipollas, uno de los que tenía un nombre alemán...

—Todos tenían nombres alemanes, ¿no?

—No, eran dos. No Haldeman. El otro.

—Ehrlichman.

—Ese es el gilipollas. ¿Le viste? ¿Te fijaste en sus ojos? Sin profundidad.

—Un hombre Marlboro con ojos como los de Ehrlichman.

—Esto no está funcionando con «Watergate» ni nada, ¿verdad, Matt?

—Sólo en el espíritu.

Volví a la mesa y tomé un café. Me hubiera gustado endulzarlo con *bourbon*, pero pensé que no era sensato. El hombre Marlboro no pensaba intentar cogerme esta noche. Había demasiada gente que podría situarle en la escena. Esto había sido simplemente un reconocimiento del terreno. Si iba a intentar algo, sería en algún otro momento.

Así me parecía, pero no estaba lo bastante seguro de mis argumentos como para ir caminando a casa con demasiado *bourbon* en la sangre. Probablemente tenía razón, pero no quería arriesgarme por si estuviera muy equivocado.

Cogí lo que había visto del tío y le pegué los ojos de Ehrlichman, y la impresión general que Billie tenía de él e intenté relacionar su imagen con mis tres ángeles. No podía hacer que ninguna funcionara. Podría ser algún macarra de uno de los proyectos de Prager, podría ser un sano semental que a Beverly Ethridge le gustaba tener cerca, podría ser un talento profesional que Huysendahl había contratado para la ocasión. Las huellas dactilares me habrían ayudado a identificarlo, pero mis reflejos mentales habían sido demasiado lentos para aprovecharme de la oportunidad. Si pudiera enterarme de quién era, podría acercarme a él por detrás, pero ahora tenía que dejar que diera un paso y encontrarle cara a cara.

Supongo que eran sobre las doce y media cuando pagué la cuenta y marché. Abrí la puerta cuidadosamente, sintiéndome un poco ridículo y exploré ambos lados de la Novena Avenida en las dos direcciones. No vi a mi hombre Marlboro, ni cualquier cosa que pareciera amenazadora. Empecé a caminar hacia la esquina de la calle 57 y por primera vez desde que empezó todo, tenía la sensación de ser el blanco. Lo había hecho así deliberadamente y me pareció una buena idea en aquel momento, pero desde que apareció el hombre Marlboro, las cosas habían cambiado mucho. Ahora era real, y eso era lo que hacía la diferencia.

Había movimiento en un portal delante de mí y ya iba con cautela antes

de reconocer a la anciana. Estaba en su sitio de siempre, en el portal de la *boutique* llamada Sartor Resartus. Siempre está ahí cuando el tiempo es bueno. Siempre pide dinero. La mayoría de las veces le doy algo.

—Señor, si pudiera...

Encontré unas monedas en el bolsillo y se las di.

—Dios le bendiga —dijo.

Le dije que esperaba que tuviera razón. Seguí hasta la esquina y menos mal que no llovía esa noche, porque la oí gritar antes de oír el coche. Soltó un grito y di la vuelta a tiempo para ver un coche con sus luces de carretera encendidas saltando el bordillo hacia mí.

CAPÍTULO DIEZ

No tuve tiempo para pensarlo. Supongo que mis reflejos fueron buenos. Por lo menos fueron lo bastante buenos. Había perdido el equilibrio al dar la vuelta cuando gritó la mujer, pero no me paré a recuperarlo. Solamente me tiré a la derecha. Aterricé sobre un hombro y me hice un ovillo contra el edificio.

Apenas fue suficiente. Si un conductor tiene sangre fría puede no dejarte nada de espacio en absoluto. Sólo tiene que lanzar el coche contra el lado del edificio. Puede ser duro para el coche y duro para el edificio, pero es más duro para la persona cogida entre los dos. Pensé que iba a hacer eso, y luego, cuando tiró del volante en el último momento, pensé que podía provocarlo accidentalmente, culeando el coche y aplastándome como una mosca.

No falló por mucho. Sentí una fuerte corriente de aire al pasar como un rayo. Entonces rodé y le vi bajar de la acera a la avenida. Rompió un parquímetro en su camino. Botó cuando tocó el asfalto, luego pisó el acelerador y llegó a la esquina justamente cuando el semáforo se puso en rojo. Pasó el semáforo, pero bueno, también lo hacen la mitad de los coches de Nueva York. No me acuerdo de la última vez que vi a un guardia de tráfico multando a alguien por una infracción de circulación. Simplemente, no tienen tiempo.

—¡Esos conductores locos como cabras!

Era la vieja, ahora de pie a mi lado, chasqueando la lengua.

—Van, beben *whisky* —dijo—, se fuman unos porros y entonces salen a dar un *paseo* en coche. Le pudo haber matado.

—Sí.

—Y después de todo eso, ni siquiera paró para ver si usted estaba bien.

—No fue muy considerado.

—La gente no es considerada.

Me puse de pie y me limpié la ropa. Estaba temblando, muy asustado. Ella dijo:

—Señor, si me puede dejar... —Entonces sus ojos se nublaron un poco y frunció el entrecejo en algún tipo de confusión personal—. No —dijo—. Usted acaba de darme dinero, ¿no? Lo siento mucho. Es difícil recordar.

Saqué mi cartera.

—Mire, este es un billete de diez dólares —dije, apretándolo en su mano—. Asegúrese de recordarlo, ¿bien? Asegúrese de que le dan el cambio correcto cuando lo gaste. ¿Entiende?

—¡Dios mío! —exclamó.

—Ahora es mejor que se vaya a casa a dormir. ¿De acuerdo?

—Dios mío —reiteró—. ¡Diez dólares! ¡Un billete de diez dólares! ¡Ay, que Dios le bendiga, señor!

—Lo acaba de hacer —contesté.

Isaiah estaba detrás del mostrador cuando llegué al hotel. Es un antillano de tez clara, con ojos azules brillantes y pelo rizado de color orín. Tiene pecas grandes y oscuras en las mejillas y en la parte de arriba de las manos. Le gusta el turno de medianoche a ocho porque es tranquilo y puede sentarse detrás del mostrador haciendo pasatiempos, a veces, mientras bebe de una botella de jarabe para la tos con codeína.

Hace los rompecabezas con un rotulador. Le pregunté alguna vez si no era más difícil así.

—De otra manera no tiene mérito, señor Scudder —decía.

Lo que dijo después fue que no había recibido ninguna llamada. Subí las escaleras y avancé por el pasillo hasta mi habitación. Miré a ver si salía alguna luz por debajo de la puerta, pero no salía; determiné que eso no me probaba nada. Luego busqué algunas rayas alrededor de la cerradura, no las había, y decidí que eso tampoco probaba nada, porque podías abrir esas cerraduras del hotel con seda dental. Entonces abrí la puerta y descubrí que en la habitación no había más que muebles, lo cual era lógico; encendí la luz

y cerré la puerta con llave, alargué las manos y miré los dedos temblar.

Me puse una copa fuerte y luego me hice bebería. Durante unos momentos, el estómago acogió los temblores de las manos y no pensé que el *whisky* se fuera a quedar en él, pero se quedó. Escribí algunas letras y números en un trozo de papel y lo metí en la cartera. Me desvestí y me quedé bajo la ducha para quitar la capa de sudor. El peor tipo de sudor, compuesto a partes iguales de esfuerzo y miedo primitivo.

Estaba secándome con la toalla cuando sonó el teléfono. No quise cogerlo. Sabía lo que iba a oír.

—Eso fue solamente una advertencia, Scudder.

—Tonterías. Estaba probando, sólo que no es lo bastante bueno.

—Cuando probamos, no fallamos.

Le mandé a tomar por el culo y colgué. Lo cogí unos segundos después y le dije a Isaiah que no pasara ninguna llamada antes de las nueve, la hora en que quería que me despertaran.

Entonces me metí en la cama para ver si podía dormir.

Dormí mejor de lo que había esperado. Solamente me desperté dos veces durante la noche y en ambas ocasiones tuve el mismo sueño, hubiera aburrido como una ostra a un psiquiatra freudiano. Era un sueño muy literal, sin ningún símbolo en absoluto. Reconstrucción pura, desde el momento en que dejé Armstrong's hasta el momento en que el coche me cerró el paso, excepto que en el sueño el conductor tenía la destreza y los cojones de llegar hasta el final, y justo cuando sabía que iba a ponerme entre la espada y la pared me despertaba, con los puños apretados y el corazón martilleando.

Supongo que es un mecanismo protector, el soñar así. Tu mente inconsciente coge las cosas que no puedes manejar y juega con ellas mientras duermes hasta que desaparecen los filos. No sé cuánto me beneficiaron esos sueños, pero al despertar la tercera y última vez, una media hora antes de que me fueran a llamar para despertarme, me sentía un poco mejor ante el asunto. Me parecía que tenía muchos motivos para sentirme bien. Alguien había querido matarme, y eso fue lo que yo había estado intentando provocar todo el tiempo. Y esa persona había fallado, y de esa manera era también como yo

lo había querido.

Pensé en la llamada. No había sido el hombre Marlboro. De eso estaba bastante seguro. La voz que había oído era de alguien mayor, a lo mejor próximo a la vejez, y su tono tenía el sabor de las calles de Nueva York.

Así que parecía haber dos personas en ello. Eso no me decía mucho, pero era algo más que saber, otro hecho para archivar y olvidar. ¿Había más de una persona en el automóvil? Intentaba acordarme de lo que pude captar en el breve vistazo que eché mientras el coche se me venía encima. No había visto mucho, no con las luces dirigidas justo a los ojos. Y antes de que diera la vuelta para ver el coche marchándose, ya estaba a una buena distancia de mí, moviéndose rápido. Y estaba más absorto en coger el número de la matrícula que en contar cabezas.

Bajé a desayunar, pero no pude arreglármelas más que con un café y una tostada. Compré un paquete de cigarros de la máquina y me fumé tres con el café. Eran los primeros que había fumado en casi dos meses, y no podría haberme colocado mejor si los hubiera metido directamente por una vena. Me marearon, pero de una manera agradable. Después de terminar los tres, dejé el paquete sobre la mesa y salí fuera.

Bajé a la calle Centre y cogí el camino a la oficina del Parque de Automóviles. Un crío con mejillas sonrosadas, que tenía pinta de acabar de salir de John Jay, me preguntó si podía ayudarme. Había una media docena de polis en la habitación y no reconocí a ninguno. Pregunté si estaba Ray Landauer.

—Retirado hace unos meses —dijo. Llamó a uno de los otros—: Oye, Jerry, ¿cuándo se retiró Ray?

—Debió ser en octubre.

Se volvió hacia mí:

—Ray se retiró en octubre —dijo—. ¿Le puedo ayudar?

—Era algo personal —contesté.

—Si me da un minuto, puedo buscar su dirección.

Le dije que no era importante. Me sorprendió que Ray lo hubiera dejado. No parecía lo bastante viejo para retirarse. Pero era mayor que yo, ahora que lo pienso, y yo llevaba quince años en la policía y más de cinco fuera, así que eso me daba la edad de retirarme yo mismo.

Quizás el crío me hubiera dejado echar un vistazo a la lista de coches robados. Pero habría tenido que decirle quién era yo y un rollo que no sería necesario con alguien que conociera. Así que dejé el edificio y empecé a caminar hacia el metro. Cuando pasó un taxi vacío cambié de idea y lo cogí. Le dije al conductor que quería ir al sexto distrito.

No sabía dónde quedaba. Hace pocos años, si querías conducir un taxi, tenías que saber decir el nombre del hospital, estación de policía o parque de bomberos más cercano desde cualquier punto de la ciudad. No sé cuándo dejaron la prueba, pero ahora sólo hace falta que esté vivo.

Le dije que quedaba en la Décima Oeste, y llegó sin demasiada dificultad. Encontré a Eddie Koehler en su oficina. Estaba leyendo algo del *News* que no le gustaba.

—¡Jodido fiscal especial! —dijo—. ¿Qué logra un tipo como este más que molestar a la gente?

—Su nombre sale mucho en los periódicos.

—Ya. ¿Crees que quiere ser gobernador?

—Esa es la puta verdad, ¿por qué crees que es así?

—Estás equivocado al preguntarme a mí, Eddie. Yo no sé por qué alguien quiere ser algo.

Sus ojos fríos me valoraban.

—Joder, tú siempre querías ser un poli.

—Desde pequeño. Nunca quise ser otra cosa, desde que me acuerdo.

—A mí me pasaba lo mismo. Siempre quise llevar una placa. Me pregunto por qué. A veces creo que fue la manera en que nos criaron, un poli en cada esquina, todo el mundo respetándole. Y las películas que veíamos de críos. Los polis eran los buenos.

—No sé. Siempre mataban a Cagney en la última toma.

—Ya, pero el cabrón se lo merecía. Veías la película y te encantaba Cagney, pero querías que al final se muriera. No había manera de evitarlo. Siéntate, Matt. No te veo mucho últimamente. ¿Quieres café?

Negué con la cabeza, pero me senté. Sacó una colilla de puro de un cenicero y la encendió. Saqué dos billetes de diez y uno de cinco de mi cartera y los puse sobre su mesa.

—¿Acabo de ganarme lo mío?

—En un minuto.

—Sólo que no se entere el fiscal especial.

—No tienes por qué preocuparte, ¿verdad?

—¿Quién sabe? Tienes un loco como ese y todo el mundo tiene motivos para preocuparse. —Dobló los billetes y se los metió en el bolsillo de la camisa—. ¿Cómo te puedo ayudar?

Saqué el papel que había escrito antes de irme a la cama.

—Tengo parte de una matrícula —dije.

—¿No conoces a nadie en la calle 26?

Allí era donde tenían sus oficinas los de Vehículos. Dije:

—Sí, pero era una matrícula de Jersey. Adivino que robaron el coche y que lo puedes localizar en una lista de vehículos robados. Las tres letras son o LKJ o LJK. Sólo cogí algo de los tres números. Hay un nueve y un cuatro, posiblemente un nueve y dos cuatros, pero ni siquiera sé el orden.

—Debería ser bastante, si está en la lista. Con todo esto de la grúa a veces la gente no denuncia los robos. Dan por sentado que nos los llevamos y no bajan al depósito si no tienen los cincuenta pavos, y luego resulta que lo robaron. Para entonces el ladrón lo abandonó y sí que nos lo llevamos, y acaban pagando la multa, pero no de donde lo aparcaron. Espera un momento, voy por la lista.

Dejó su puro en el cenicero y se había vuelto a apagar antes de que volviera.

—Robos de Vehículos —dijo—. Dame esas letras otra vez.

—LKJ o LJK.

—¡Ah, ah! ¿Sabes la marca y el modelo?

—Un Kaiser-Frazer de 1949.

—¿Qué?

—Un sedán de los últimos modelos, oscuro. Eso es todo lo que tengo. Todos se parecen más o menos.

—Ya. No hay nada en la lista principal. Vamos a ver lo que llegó anoche. ¡Ah, aquí!, LJK-914.

—Parece que es ese.

—Impala del 72, dos puertas, verde oscuro.

—No conté las puertas, pero tiene que ser ese.

—Pertenece a una tal señora de William Raiken, de Upper Montclair.
¿Una amiga tuya?

—No creo. ¿Cuándo lo denunció?

—Vamos a ver. A las dos de la madrugada, pone aquí.

Me había marchado de Armstrong's sobre las doce y media, así que la señora Raiken no había notado la falta de su coche inmediatamente. Lo podrían haber devuelto a donde estaba aparcado y ella nunca hubiera sabido que faltó.

—¿De dónde vino, Eddie?

—Upper Montclair, me imagino.

—Quiero decir, ¿dónde lo tenían aparcado cuando lo robaron?

—¡Ah! —Había cerrado la lista. Ahora la abrió un momento rápido por la última página—. Broadway y la 114. ¡Oye!, eso conduce a una pregunta interesante.

Sí que conducía a una pregunta interesante, pero ¿cómo sabía eso él? Le pregunté a qué pregunta conducía.

—¿Qué hacía la señora Raiken en Upper Broadway a las dos de la madrugada? Y, ¿lo sabía el señor Raiken?

—Tienes una mente sucia.

—Yo debería haber sido un fiscal especial. ¿Qué tiene que ver la señora Raiken con tu marido desaparecido?

Puse la mirada en el vacío, luego recordé el caso que había inventado para explicar mi interés por el cadáver de Giros.

—¡Ah! —dije—. Nada. Acabé diciéndole a su mujer que lo olvidara. Saqué trabajo para un par de días de ello.

—¡Ajá! ¿Quién robó el coche y qué hicieron con él anoche?

—Destruyeron propiedad pública.

—¿Qué?

—Derribaron un parquímetro en la Novena Avenida. Luego se marcharon como el demonio.

—Y tú te encontrabas allí por casualidad, y entonces por casualidad cogiste el número de la matrícula y naturalmente imaginaste que el coche era robado, pero querías mirar porque eres un buen ciudadano.

—Estás muy cerca.

—¿Y una mierda! Siéntate, Matt. ¿En qué estás metido que debiera saber?

—En nada.

—¿Qué conexión hay entre un coche robado y Giros Jablon?

—¿Giros? ¡Ah, el tío que sacaron del río! Ninguna conexión.

—Porque hace un momento estabas buscando al marido de esa mujer.

Vi mi error entonces, pero esperaba a ver si lo había notado, y sí que lo había notado.

—Era su novia la que le estaba buscando la última vez que lo oí. Eres muy listo conmigo, Matt.

No dije nada. Sacó su puro del cenicero y lo estudió, luego se inclinó y lo dejó caer en la papelera. Se puso derecho y me miró, luego desvió la vista hacia otro sitio y entonces volvió a mirarme.

—¿Qué mantienes en secreto?

—Nada que te haga falta saber.

—¿Cómo estás relacionado con Giros Jablon?

—No tiene importancia.

—¿Y qué me dices del coche?

—Eso tampoco tiene importancia. —Me puse derecho—. Dejaron a Giros en el río East y el coche cercenó un parquímetro en la Novena Avenida, entre la 57 y la 58, y robaron el coche en el extrarradio, así que nada de eso ha pasado en el distrito 6. No hay nada que necesites saber, Eddie.

—¿Quién mató a Giros?

—No sé.

—¿De verdad?

—Claro que es verdad.

—¿Estás jugando al tócame tú con alguien?

—No exactamente.

—¡Por Dios, Matt!

Quería marcharme de allí. No ocultaba nada que él tuviera derecho a saber y realmente no podía darle ni a él ni a nadie más lo que tenía. Pero estaba jugando solo y evitando sus preguntas, y no podía esperar que le gustara.

—¿Quién es tu cliente, Matt?

Giros era mi cliente, pero no veía ningún beneficio en decírselo.

—No tengo —dije.

—Entonces, ¿cómo te lo montas?

—No estoy seguro de si me lo monto.

—He oído que el Giros estaba bien de pasta últimamente.

—Iba bien vestido la última vez que le vi.

—¿De veras?

—Su traje le había costado trescientos veinte dólares. Lo mencionó por casualidad.

Me miró hasta que aparté la mirada. En voz baja dijo:

—Matt, no busques que la gente te asalte en coche. No es sano. ¿Estás seguro de que no me lo quieres contar?

—Cuando sea el momento, Eddie.

—¿Y estás seguro de que no es el momento todavía?

Tardé en contestar. Me acordé de la sensación del coche viniendo hacia mí, me acordé de lo que realmente ocurrió y de cómo lo había soñado entonces, con el conductor llevando el coche hasta la pared misma.

—Estoy seguro —dije.

En el Lion's Head tomé una hamburguesa y *bourbon* y café. Me sorprendió un poco que hubieran robado el coche tan cerca del extrarradio. Pudieron haberlo cogido más temprano y haberlo aparcado en mi barrio, o el hombre Marlboro pudo haber hecho una llamada entre el momento en que salí de La Jaula y el momento en que él entró en el Armstrong's. Eso significaría que había por lo menos dos personas implicadas, lo cual ya había determinado basándome en la voz que oí por teléfono. O pudo haber...

No, no tenía sentido. Había demasiadas escenas posibles que podía escribir para mí mismo y ninguna de ellas me iba a llevar a ningún sitio, salvo a confundirme.

Señalé otro café y otra copa, los mezclé y pensé en ello. La parte final de mi conversación con Eddie me molestaba. Había algo que había aprendido de él, pero el problema era que yo no sabía que yo mismo lo sabía. Había dicho algo que me resultó vagamente familiar y no podía recordarlo.

Cogí un dólar cambiado y fui al teléfono. Información en Jersey me dio el

número de William Raiken en Upper Montclair. Llamé y le dije a la señora Raiken que era del Departamento de Robos de Vehículos y me dijo que estaba sorprendida de que le hubiéramos recuperado su coche tan pronto y que si por casualidad tenía algún desperfecto.

—Me temo que no hemos recuperado su coche todavía, señora Raiken — dije.

—¡Oh!

—Sólo quería comprobar unos detalles. ¿Su coche estaba aparcado en Broadway, en la calle 114?

—Sí. En la calle 114, no en Broadway.

—Entiendo. Mire, nuestros archivos señalan que usted denunció el robo aproximadamente a las dos de la madrugada. ¿Fue inmediatamente después de notar la falta del coche?

—Sí, bueno, más o menos. Fui a donde tenía el coche aparcado y, claro, no estaba allí y mi primera reacción fue pensar que se lo había llevado la grúa. Estaba aparcado legalmente, pero a veces hay señales que no ves, reglas diferentes, pero de todos modos, la grúa no trabaja tan cerca del extrarradio, ¿verdad?

—No más lejos de la calle 86.

—Eso pensé, aunque siempre logro encontrar un sitio donde esté permitido aparcar. Entonces pensé que me había equivocado y que en realidad había dejado el coche en la calle 113, así que fui a mirar, pero, claro, tampoco estaba allí, así que luego llamé a mi marido para que viniera a recogerme, y él dijo que denunciara el robo, así que fue entonces cuando les llamé a ustedes. Puede ser que pasaran quince o veinte minutos entre notar la falta del coche y cuando llamé.

—Entiendo. —Ahora me arrepentía de preguntar—. ¿Y cuándo aparcó el coche, señora Raiken?

—Vamos a ver. Tenía las dos clases, un taller de relatos cortos a las ocho y un curso de Historia del Renacimiento a las diez, pero llegué un poco temprano, así que supongo que aparqué un poco después de las siete, ¿es importante?

—No ayudaría a recuperar el vehículo, señora Raiken, de cualquier modo intentamos recoger datos para indicar con toda precisión las horas en las que

es más probable que ocurran distintos delitos.

—Es interesante —dijo—. ¿Qué beneficio tiene eso?

Siempre me había preguntado eso a mí mismo. Le dije que era parte de una imagen global del crimen, que es generalmente lo que me decían cuando yo hacía preguntas parecidas. Le di las gracias y le aseguré que probablemente se recuperaría su coche pronto, ella me dio las gracias y nos despedimos; volví al bar.

Intenté grabar lo que había sacado de ella y concluí que no había sacado nada. Mi mente divagaba, me encontré preguntándome qué era lo que había estado haciendo la señora Raiken en el distrito oeste alto a medianoche. No estaba con su marido y debió salir de la última clase sobre las once. Podía ser que hubiera tomado unas cervezas en el West End o en uno de los otros bares cerca de Columbia. Unas cuantas cervezas, quizá, lo cual explicaría por qué estuvo caminando por la manzana buscando su coche. No importaba, aunque hubiera bebido bastante cerveza como para hundir un buque de guerra, porque la señora Raiken no tenía mucho que ver con Giros Jablon ni con nadie más, y que tuviera que ver con el señor Raiken o no, era asunto de ellos, no mío y...

Columbia.

Columbia está en la calle 116 con Broadway, de modo que allí habría estado recibiendo clases. Y había otra persona estudiando en Columbia, estudiando Psicología y con la idea de trabajar con niños retrasados mentales.

Busqué en la guía telefónica. No había ninguna Prager, Stacy, porque las mujeres solteras saben algo más que poner su nombre de pila en la guía telefónica. Pero había un Prager, S., en la calle 112 oeste, entre Broadway y Riverside. Volví y terminé el café. Dejé un billete en la barra. En la puerta, cambié de parecer. Busqué Prager, S., de nuevo, y anoté la dirección y número de teléfono. Por si acaso la S. significaba Seymour o cualquier otra cosa que Stacy, metí una moneda de diez centavos y marqué el número. Lo dejé sonar diez veces, luego colgué y cogí la moneda. Había dos monedas más de diez centavos con ella.

A veces, se tiene suerte.

CAPÍTULO ONCE

Antes de bajar del metro entre Broadway y la 110 estaba mucho menos impresionado por la coincidencia que había descubierto. Si Prager hubiera decidido matarme, bien directamente o a través de gente contratada, no había mucho motivo para robar un coche a dos manzanas del apartamento de su hija. A primera vista parecía conducir a un lugar determinado, pero no estaba seguro de que lo hiciera.

Claro que si Stacy Prager tenía un novio y si resultaba que era el hombre Marlboro...

Parecía merecer la pena probar. Encontré su edificio, de piedra marrón rojizo, de cinco plantas que ahora hacían de cuatro apartamentos por planta. Toqué el timbre y no hubo respuesta. Llamé a otro par de puertas de la última planta —es sorprendente lo a menudo que la gente te llama de esa manera—, pero no había nadie y la cerradura del portal parecía ser muy fácil. Usé una horquilla y no pude haberla abierto más rápido con una llave. Subí tres tramos pendientes de escaleras y toqué en la puerta del 4º-C. Esperé y llamé de nuevo, y entonces abrí las dos cerraduras de su puerta y me sentí como en casa.

Había una habitación bastante grande con un sofá cama y unos pocos muebles del Ejército de Salvación. Miré en el armario y en la cómoda, y todo lo que supe fue que si Stacy tenía un novio, vivía en otro lado. No había señales de presencia masculina. Miré el sitio muy por encima, sólo intentando sacar alguna idea de la persona que vivía allí. Había muchos libros, la mayoría en rústica, casi todos versando sobre algún aspecto de la psicología. Había una pila de revistas: *Nueva York*, *Psicología Hoy* y *Digest Intelectual*. No había nada más fuerte que aspirina en el botiquín. Stacy mantenía su

apartamento bien ordenado y eso a su vez daba la impresión de que su vida también estaba bien ordenada. Me sentía como un violador, allí de pie, en su apartamento, mirando los títulos de los libros, revolviendo la ropa de su armario. Me sentía más y más incómodo en el papel, y la falta de encontrar algo que justificara mi presencia aumentaba la sensación. Salí de allí y cerré. Cerré una de las cerraduras, la otra tenía que ser con llave, e imaginaba que ella pensaría que se le había olvidado cerrarla al salir.

Podría haber encontrado una foto del hombre Marlboro en un bonito marco. Habría sido útil, pero simplemente no había ocurrido. Dejé el edificio y di la vuelta a la esquina, tomé un café en una cafetería. Prager, Ethridge y Huysendahl, uno de ellos había matado a Giros y había intentado matarme a mí también, y no me parecía llegar a ningún sitio.

Imaginemos que fue Prager. Las cosas parecían seguir una regla, y aunque realmente no encajaba todo muy bien, lo parecía. Estaba en el anzuelo en primer lugar por un caso de atropello y fuga, y hasta el momento se había usado coche en dos ocasiones. La carta de Giros mencionó que uno subió la acera hacia él, y por supuesto que hubo uno detrás de mí la pasada noche. Y parecía ser que sentía financieramente la mordida. Beverly Ethridge buscaba evasivas para ganar tiempo, Theodore Huysendahl estaba de acuerdo con mi precio y Prager decía que no sabía cómo reunir el dinero.

Así que imaginemos que fue él. De ser así, había acabado de intentar cometer un asesinato, pero no logró llevarlo a cabo, y a lo mejor se encontraba un poco tembloroso por ello. Si fuera él, ahora era un buen momento para agitar los barrotes de su jaula. Y si no había sido, estaría en mejor posición de confirmarlo yendo a visitarle inesperadamente.

Pagué mi café, salí y llamé un taxi.

La chica negra levantó la vista cuando entré en su oficina. Tardó un segundo o dos en reconocermé y entonces sus ojos negros tomaron una expresión cautelosa.

—Matthew Scudder —dije.

—¿Para el señor Prager?

—Sí.

—¿Le está esperando, señor Scudder?

—Creo que me querrá ver, Shari.

Parecía sorprendida de que me acordara de su nombre. Se puso de pie indecisa y salió de detrás de la mesa de ébano en forma de «U».

—Le diré que está usted aquí.

—Muy bien.

Se deslizó por la puerta de Prager, cerrándola rápidamente tras ella. Me quedé sentado en el sofá de vinilo mirando el paisaje marino de la señora Prager. Concluí que los hombres estaban vomitando por los lados del barco. No cabía duda.

Abrió la puerta y volvió a la recepción cerrando la puerta tras sí otra vez.

—Le verá dentro de cinco minutos —dijo.

—Bien.

—Supongo que usted tiene un asunto importante que consultar con él.

—Bastante importante.

—Sólo espero que las cosas vayan bien. Ese hombre no ha sido él mismo últimamente. Parece ser que cuanto más duro trabaja y más éxito tiene, más tensión tiene encima.

—Supongo que ha estado bajo mucha tensión últimamente.

—Ha estado bajo mucha tensión —dijo. Sus ojos me desafiaron, sosteniéndome como responsable de las dificultades de Prager. Era una acusación que no podía negar.

—Quizá las cosas se arreglen pronto —sugerí.

—Espero que sí, de verdad.

—Me imagino que será un buen hombre para el que trabajar.

—Un hombre muy bueno. Siempre ha sido...

Pero no llegó a terminar la frase, porque en ese momento hubo un ruido de petardeo de camión, sólo que los camiones hacen eso al nivel del suelo, no en la planta veintidós. Ella estaba al lado de su mesa, y se quedó allí congelada, con los ojos desorbitados, la parte de atrás de la mano metida en la boca. Mantuvo esa postura suficiente tiempo como para que llegara a la puerta antes que ella.

La abrí de golpe y Henry Prager estaba sentado en su mesa y por supuesto que no había sido un camión petardeando. Había sido una pistola. Una pistola

pequeña, calibre 22 ó 25 a primera vista, pero cuando metes el cañón en la boca y lo inclinas hacia el cerebro, realmente no te hace falta más que una pistola pequeña.

Me quedé de pie en la puerta, intentando bloquearla y ella estaba junto a mi hombro, con sus pequeñas manos golpeando en mi espalda. Durante un momento no cedí y luego me pareció que ella tenía tanto derecho como yo a mirarle. Di un paso en la habitación y ella me siguió y vio lo que sabía que iba a ver.

Entonces empezó a gritar.

CAPÍTULO DOCE

Si Shari no hubiera sabido mi nombre, podría haberme marchado. Quizá no; los instintos de un poli tardan bastante en desaparecer, si es que desaparecen, y me había pasado demasiados años despreciando esos testigos que se muestran poco dispuestos y salen por el foro haciendo mutis, para sentirme cómodo interpretando yo el papel. Tampoco me habría sentado bien abandonar a una chica en ese estado.

Pero desde luego el impulso estuvo presente. Miré a Henry Prager, su cuerpo desplomado sobre la mesa, sus facciones retorcidas por la muerte, y sabía que estaba mirando a un hombre que yo había matado. Su dedo había tirado del gatillo, pero yo había puesto la pistola en sus manos al llevar mi juego demasiado bien.

No pedí que su vida se entrelazara con la mía, ni tampoco busqué ser un factor de su muerte. Ahora me encaraba a su cadáver; una mano estirada en la mesa, como si señalara hacia mí.

Cometió soborno para la salida de su hija de un homicidio involuntario. El soborno le había expuesto a chantaje, lo que provocó otro homicidio, este intencionado. Y ese primer asesinato sólo había metido más el anzuelo, todavía le chantajeaban y siempre se le podía acusar del asesinato de Giros.

Y entonces intentó matar de nuevo y había fracasado. Y llegué a su oficina al día siguiente, por lo que le dijo a su secretaria que quería cinco minutos, pero sólo se tomó dos o tres.

Tenía la pistola en la mano. Quizá la había mirado antes ese día para asegurarse de que estaba cargada. Y quizá, mientras yo esperaba en la oficina de afuera, él acarició pensamientos de recibirme con una bala.

Pero una cosa es pillar a un hombre con un coche en una calle oscura de

noche, o pegarle hasta dejarle sin conocimiento y tirarle al río, y otra completamente distinta es disparar a un hombre en tu propia oficina con tu secretaria a unos metros de distancia. Quizás hubiera considerado todo eso ya. Quizás ya hubiera decidido el suicidio. No se lo podía preguntar ahora, así que ¿qué más daba? El suicidio protegía a su hija, mientras que el asesinato lo hubiera expuesto todo. El suicidio lo sacaba de la noria que giraba más deprisa de lo que podían moverse sus piernas.

Tuve algunos de estos pensamientos mientras me quedé allí mirando su cadáver, otros en las siguientes horas. No sé cuánto tiempo le estuve mirando mientras Shari lloraba en mi hombro. No mucho, supongo, entonces los reflejos volvieron a mí y llevé a la chica a la oficina de afuera y la hice sentarse en el sofá. Cogí su teléfono y marqué el 911. La dotación que lo cogió era del distrito 17 allá en la calle 51 este. Los dos detectives eran Jim Heaney y un hombre más joven llamado Finch. No cogí su nombre de pila. Conocía a Jim como para saludarle con la cabeza y eso ponía las cosas un poco más fáciles, pero aun con extraños totales, no parecía que iba a tener muchos problemas. Para empezar, todo indicaba el suicidio, y la chica y yo podíamos asegurar que Prager estaba solo cuando disparó la pistola.

De todos modos, los chicos del laboratorio obraron por pura fórmula, aunque no tenían ganas. Sacaron muchas fotos e hicieron muchas señales con tiza, envolvieron y metieron la pistola en una bolsa y finalmente metieron a Prager en el saco de cadáveres, subieron la cremallera y lo sacaron de allí. Heaney y Finch tomaron la declaración de Shari primero, para que pudiera irse a casa y derrumbarse a su aire. Realmente todo lo que querían era que ella tapara las lagunas normales para que el juez de primera instancia emitiera un fallo de suicidio, por lo que le hicieron muchas preguntas y confirmaron que su jefe estuvo muy nervioso y deprimido últimamente, que evidentemente los negocios le habían preocupado, que su humor era anormal y fuera de carácter, un poco automático, que ella le había visto unos minutos antes de que sonara el disparo, que ella y yo habíamos estado sentados en la oficina de afuera en ese momento y que, finalmente, habíamos entrado a la vez, encontrándolo muerto en su silla.

Heaney le dijo que estaba bien. Alguien iría a su casa por la mañana a tomar una declaración formal y mientras tanto el detective Finch la

acompañaría a casa. Ella dijo que no era necesario, cogería un taxi pero Finch insistió.

Heaney miró a los dos marcharse.

—Ya lo creo que Finch la llevará a casa —dijo—. Menudo culo tiene la señorita.

—No me fijé.

—Te estás haciendo viejo. Finch se fijó. Le gustan las negras, sobre todo hechas así. Personalmente, no me meto, pero tengo que admitir que me enrolla trabajar con Finch. Si se tira a la mitad de las chicas que me cuenta, se va a morir de tanto follar. Y la verdad es que tampoco creo que lo invente. A las tías les gusta. —Encendió un cigarro y me ofreció uno. Pasé. Añadió—: Ahora esa chica, Shari. Te apuesto a que se la tira.

—Hoy no. Está bastante nerviosa.

—Joder. Ese es el mejor momento. Vete a decirle a una mujer que se le murió el marido, vete a darle la noticia, ahora, ¿tú le echarías los tejos en un momento como ese? Estuviera como estuviera la tía, ¿lo harías? Yo tampoco. Tienes que oír las historias que cuenta ese hijo de puta. Hace un par de meses un soldador se cayó de una viga; Finch le tiene que dar la noticia a su mujer. Se lo dice, sufre un colapso, él la abraza para consolarla, la acaricia un poco y, acto seguido, ella le baja la cremallera y se la está chupando.

—Si es que crees la palabra de Finch.

—Bueno, si la mitad de lo que dice es verdad, y creo que no miente. Quiero decir que también me cuenta cuando no se come un rosco.

No quería mantener esta conversación, pero tampoco quería que mis sentimientos se mostraran mucho, así que me contó más historias de la vida afectiva de Finch. Luego malgastamos unos cuantos minutos repasando amigos comunes. Nos pudo haber llevado más tiempo si nos hubiéramos conocido mejor. Finalmente cogió su carpeta de pinza y se concentró en Prager. Pasamos por las preguntas rutinarias y confirmé lo que le había dicho Shari.

Entonces dijo:

—Sólo para hacerlo constar, ¿hay alguna posibilidad de que estuviera muerto antes de llegar tú? —Cuando puse la mirada en el vacío, lo explicó detalladamente—. Es una simple conjetura, pero hay que hacerlo constar.

Imaginemos que ella lo mate, no me preguntes cómo ni por qué, y entonces espera a que entres tú u otra persona y luego finge hablarle y está sentada contigo y ella tira del gatillo, no sé, con un hilo o algo, y entonces los dos descubris el cadáver juntos y así está protegida.

—Mejor que no mires tanto la tele, Jim. Está afectándote el cerebro.

—Bueno, podría pasar así.

—Seguro. Le oí hablar con ella cuando entró. Claro, podría haber puesto un magnetófono...

—Vale, joder.

—Si quieres explorar todas las posibilidades...

—Dije que sólo era una conjetura. Ves lo que hacen en Misión Imposible y te preguntas cómo es que en la vida real son tan estúpidos los criminales. Así que, ¡qué cojones!, un criminal también puede mirar la tele y quizá sacar alguna idea. Pero tú le oíste hablar, y podemos olvidarnos de magnetófonos y ya está.

En realidad, no había oído hablar a Prager, pero era mucho más sencillo decir que sí. Heaney quería explorar posibilidades; yo sólo quería marcharme de allí.

—¿Y cómo encajas en todo esto, Matt? ¿Trabajas para él?

Negué con la cabeza.

—Estoy comprobando unos informes.

—¿Investigando a Prager?

—No, a alguien que le usó en una carta de referencias, y mi cliente quería comprobar todo a fondo. Vi a Prager la semana pasada y estaba en el barrio, así que de paso entré para aclarar un par de cuestiones.

—¿Quién es el objeto de la investigación?

—¿Qué más da?, alguien que trabajó para él hace ocho o diez años. No tiene nada que ver con el matarse.

—Entonces no le conocías mucho. A Prager.

—Me encontré con él dos veces. Una, ahora que lo pienso, ya que hoy apenas llegué a verlo. Y hablé brevemente por teléfono con él.

—¿Estaba metido en algún lío?

—Ya no. No te puedo decir mucho, Jim. No conocía mucho al tío ni sabía mucho de su situación. Parecía estar deprimido y agitado. De hecho, me daba

la impresión de que pensaba que todo el mundo andaba detrás de él. Sospechaba mucho la primera vez que le vi, como si yo fuera parte de una conspiración para hacerle daño.

—Paranoia.

—Eso, sí.

—Ya, todo encaja. Problemas con los negocios y la sensación de que todo el mundo está cercándote, y quizá pensaba que tú hoy ibas con intención de pelear, o quizá llegó a un punto, ¿sabes?, estar hasta el gorro y no aguantaba ver a ninguna persona más. Así que saca la pistola del cajón y, antes de que tenga tiempo para pensárselo, tiene una bala en el cerebro. ¡Ojalá que mantuvieran esas pistolas fuera del mercado! Las traen a toneladas de las Carolinas. ¿Qué apuestas a que era una pistola sin registrar?

—Nada.

—A lo mejor estaba pensando que la compraba para protección. Una pistolita española pequeñita, podrías disparar seis veces en el pecho a un asaltante y no detenerle, y sólo sirve para levantarte la tapa de los sesos. Tuvimos a un tío hace como un año más o menos al que no le sirvió ni para eso. Decidió matarse y sólo hizo la mitad del trabajo y ahora está en estado vegetativo. *Ahora* debería matarse, con lo poco de vida que le quedó, pero ni siquiera puede mover las manos. —Encendió un cigarro—. ¿Quieres pasar mañana y dictas una declaración?

Le dije que podía hacer algo mejor que eso. Usé la máquina de escribir de Shari, y rápidamente escribí una declaración corta con todos los detalles en su sitio. La leyó y asintió con la cabeza.

—Sabes la fórmula —dijo—. Nos ahorra tiempo a todos.

Firmé lo que había escrito y lo añadió a los papeles en la carpeta de pinza. Los ojeó y dijo:

—Su mujer está... ¿dónde? Westchester. Gracias a Dios por eso. Llamaré a los polis de allí arriba y dejaré que ellos se diviertan diciéndole que su marido está muerto.

Me paré justo a tiempo antes de soltar la información de que Prager tenía una hija en Manhattan. No era algo que fuera probable que supiera yo. Nos dimos la mano y dijo que quería que volviera Finch.

—Ese cabrón ligó otra vez —dijo—. Es lo menos que se espera de él.

Sólo que no se quede a repetir plato. Y podría hacerlo. Le encantan las negras de mierda.

—Estoy seguro de que te lo contará todo.

—Siempre me lo cuenta.

CAPÍTULO TRECE

Me fui a un bar, pero sólo me quedé el tiempo suficiente para tomar dos copas dobles, una tras otra. El factor tiempo estaba en juego. Los bares quedan abiertos hasta las cuatro de la mañana, pero la mayoría de las iglesias cierran antes de las seis o las siete. Caminé hasta Lexington y encontré una iglesia en la que no recordaba haber estado anteriormente. No me fijé en su nombre. Nuestra Señora del Perpetuo Bingo, a lo mejor.

Estaban celebrando algún tipo de misa, pero no le presté atención. Encendí unas cuantas velas y metí un par de dólares en el agujero, luego tomé asiento en la parte trasera y silenciosamente repetí tres nombres constantemente. Jacob Jablon, Henry Prager, Estrellita Rivera, tres nombres, tres velas para tres cadáveres.

Durante los peores momentos después de disparar y matar a Estrellita Rivera, era incapaz de prevenir que mi mente recorriera una y otra vez lo que pasó aquella noche. Constantemente intentaba anular el tiempo y cambiar el final, como un grotesco proyccionista, volviendo a meter la bala en el cañón de la pistola. En la nueva versión que quería sobreponer a la realidad, o si lo hubo no hizo daño, o Estrellita pasó un minuto extra cogiendo pastillas de menta en la bombonería y no estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, o...

Había un poema que tuve que leer en el bachillerato y me perseguía sin saber de dónde era, hasta que un día fui a la biblioteca y lo busqué. Cuatro versos de Ornar Khayyam:

*El dedo móvil escribe, y habiendo escrito
Continúa. Ni toda su piedad ni tu ingenio*

*Pueden pedirle que regrese para suprimir ni medio verso
Ni todas sus lágrimas lavar una palabra de él.*

Había intentado culparme firmemente de lo de Estrellita Rivera, pero en cierto sentido, no encajaba. Había estado bebiendo, por supuesto, pero no mucho, y mi puntería general esa noche no tenía tacha. Y me pareció justo dispararle a los ladrones. Iban armados, y huían de un asesinato, y no había ningún civil en la línea de fuego. Una bala rebotó. Esas cosas pasan.

Parte del motivo de dejar la policía fue que esas cosas pasan y no quise estar en una posición en la que podía hacer cosas equivocadas por motivos correctos. Por haber decidido eso, mientras pueda ser verdad que el fin no justifica los medios, tampoco los medios justifican el fin. Y ahora había programado deliberadamente a Henry Prager para matarse.

No lo había visto de esa manera, por supuesto. Pero no veía que hubiese mucha diferencia. Empecé por presionarle a que intentara un segundo asesinato, algo que nunca hubiera hecho dadas otras circunstancias. Había matado a Giros, pero si yo hubiera destruido el sobre de Giros simplemente, habría dejado a Prager sin la necesidad de volver a matar más. Pero le había dado motivos para intentarlo y él lo había intentado y fracasado, y luego se encontró entre la espada y la pared y eligió impulsiva o deliberadamente matarse.

Yo pude haber destruido aquel sobre. No tenía ningún contrato con Giros. Sólo había quedado en abrir el sobre si no sabía de él. Podía haber dado todos los tres mil en lugar de una décima parte. Necesitaba el dinero, pero no tanto.

Pero Giros había apostado y resultó ser un ganador. Lo había explicado todo detalladamente: «Creo que lo investigarás por algo que noté en ti hace mucho tiempo, y es que tú opinas que hay una diferencia entre el asesinato y otros crímenes. Yo opino lo mismo. He hecho cosas malas toda mi vida, pero nunca maté a nadie y nunca lo haría. He conocido a gente que ha matado, lo cual me consta que es cierto, o lo he oído y no me acercaría a ellos jamás. Soy así y creo que tú también eres así...». Pude no haber hecho nada, y entonces Henry Prager no hubiera acabado en un saco de cadáveres. Pero *hay* una diferencia entre el asesinato y otros crímenes, y el mundo es un sitio peor por los asesinos que se dejan sueltos sin castigo, como habría sucedido con

Henry Prager si yo no hubiese intervenido.

Debió haber habido otra manera, igual que la bala no debió haber rebotado hacia el ojo de una niña. E intenta decirle todo eso al dedo móvil.

La misa seguía cuando me marché. Caminé un par de manzanas, sin prestar mucha atención al sitio donde me encontraba y entonces paré en un Blarney Stone y comulgué...

Fue una noche larga.

El *bourbon* seguía negándose a funcionar. Me movía mucho porque en cada bar que paraba había una persona cuya presencia me ponía los nervios de punta. Le veía en el espejo constantemente y le llevaba a cualquier sitio que fuera. A lo mejor la actividad y la energía nerviosa quemaban mucho alcohol antes de que pudiera subirse a la cabeza, y el tiempo que perdí dando vueltas lo podía haber empleado con más provecho sentado en un sitio bebiendo.

El tipo de bares que elegí tenía algo que ver con mantenerme relativamente sobrio. Normalmente, bebo en sitios oscuros y tranquilos, donde una copa son sesenta centímetros cúbicos, ochenta si te conocen. Esa noche fui a Blarney Stone y White Roses. Los precios eran considerablemente más bajos, pero las copas eran más pequeñas, y cuando pagabas sesenta centímetros, eso era lo que recibías y aun así tenía tendencia a ser un treinta por ciento de agua.

En un sitio de Broadway tenían puesto en la tele un partido de baloncesto. Vi la última cuarta parte en un televisor grande de color. Los Knicks perdían por un punto cuando empezó la cuarta parte y acabaron bajando a doce o trece. Ese era el cuarto partido para los Celtics.

El tío de al lado, dijo:

—Y el año que viene pierden a Lucas y Debusschere, y las rodillas de Reed seguirán hechas polvo, y Clyde no lo puede hacer todo, por lo que ¿dónde cojones estamos?

Asentí con la cabeza. Lo que dijo me parecía razonable.

—Aún al final de la tercera, muertos por tres temporadas, y tienen a Cowens y al Cómo-se-llama con cinco faltas y entonces no dan con la

canasta, quiero decir, no hacen un jodido intento, ¿sabes?

—Debe ser culpa mía —dije.

—¿Cómo?

—Empezaron a deshacerse cuando me puse a mirarlos. Debe ser culpa mía.

Me miró de arriba a abajo y dio un paso para atrás. Dijo:

—Tranquilo, hombre. No quise decir nada.

Pero me había malinterpretado. Lo había dicho completamente en serio.

Acabé en Armstrong's, donde sirven copas perfectas, pero ya había perdido el gusto por ellas. Me senté en la esquina con una taza de café. Era una noche tranquila y Trina tenía tiempo para acompañarme.

—Estuve alerta —dijo—, pero no le vi ni la camisa ni el pellejo.

—¿Cómo?

—Al vaquero. Es mi forma astuta de decir que no ha estado por aquí esta noche. ¿No tenía que vigilar, como un comando Scout?

—¡Ah!, el hombre Marlboro. Pensé que le había *visto* aquí esta noche.

—¿Aquí?

—No, antes. He visto muchas sombras esta noche.

—¿Algo va mal?

—Sí.

—Oye. —Me tapó la mano con una de las suyas—. ¿Qué pasa, rico?

—Sigo encontrando a más gente nueva por la que encender velas.

—No te entiendo. No estás borracho, ¿verdad, Matt?

—No, pero no por falta de intentarlo. He tenido días mejores. —Sorbí el café, puse la taza encima del mantel de cuadros, saqué el dólar de Giros; rectificación: *mi* dólar, yo lo había comprado y pagado, y le di una vuelta—. Anoche alguien intentó matarme.

—¡Dios! ¿Por aquí?

—A unos portales de aquí.

—No me sorprende que estés...

—No, no es eso. Esta tarde ajusté cuentas. Maté a un hombre. —Pensé que quitaría la mano de encima de la mía, pero no lo hizo—. No le maté

exactamente. Se metió la pistola en la boca y apretó el gatillo. Una pistola española pequeña, las traen a toneladas de las Carolinas.

—¿Por qué dices que le mataste?

—Porque yo le metí en una habitación con una pistola como única salida. Yo le encerré.

Miró su reloj.

—A la mierda —dijo—. Puedo marcharme temprano por una vez. Si Jimmie me quiere demandar por una media hora, entonces que se vaya al diablo. —Extendió las manos detrás del cuello para desabrochar su delantal. El movimiento remarcó la curva de sus pechos.

—¿Quieres acompañarme a casa, Matt? —dijo.

Nos habíamos utilizado mutuamente unas cuantas veces durante meses para alejar la soledad. Nos gustábamos dentro y fuera de la cama y los dos teníamos la seguridad vital de saber que nunca podría llegar a nada.

—¿Matt?

—No te podría hacer mucho esta noche, chica.

—Me podrías mantener a salvo de un asalto en el camino.

—Sabes lo que quiero decir.

—Ya, señor Detective, pero tú sabes lo que quiero decir. —Me tocó la mejilla con su dedo índice—. De todos modos no te dejaría acercarte esta noche. Te hace falta afeitarte. —Su cara se suavizó—. Ofrecía un poco de café y compañía —dijo—. Creo que te vendría bien.

—Quizá sí.

—Solamente café y compañía.

—Vale.

—No té y compasión, nada de eso.

—Sólo café y compañía.

—¡Ajá! Ahora dime que es la mejor oferta que has tenido en todo el día.

—Lo es —dijo—. Pero eso no quiere decir mucho.

Hizo buen café y logró encontrar como medio litro de Harper's para darle sabor. Antes de terminar de hablar, el medio litro había pasado de casi lleno a casi vacío.

Le conté la mayor parte del caso. Dejé cualquier cosa que pudiera identificar a Ethridge o Huysendahl y no le expliqué con mucho detalle el pequeño secreto cobista de Prager. No mencioné su nombre tampoco, aunque lo podía sacar ella misma si leía los periódicos de la mañana.

Cuando terminé, se quedó allí sentada unos minutos, la cabeza inclinada a un lado, los ojos entreabiertos, el humo subiendo del cigarro. Finalmente dijo que no sabía cómo podría haber hecho las cosas de otra manera.

—Porque imagínate que le dejaras saber que no eres un chantajista, Matt. Imagínate que reunieras unas pocas pruebas más y se las enseñaras. Le habrías descubierto, ¿no?

—De un modo u otro.

—Se mató porque tenía miedo a que le descubrieran, y eso fue mientras pensaba que eras chantajista. Si supiera que le ibas a entregar a la policía, ¿no habría hecho lo mismo?

—Puede ser que no tuviera la oportunidad.

—Pues, quizás estuviera mejor teniendo la oportunidad. Nadie le obligó a cogerla, fue su decisión.

Lo pensé.

—Todavía hay algo que no está bien.

—¿Qué?

—No lo sé exactamente. Algo no encaja como debiera.

—Tú sólo tienes que tener algo por lo que sentirte culpable.

Supongo que la frase llegó a la llaga lo bastante como para que me lo viera en la cara, porque palideció:

—Lo siento —dijo—. Matt, lo siento.

—¿El qué?

—Estaba solo..., ya sabes, haciéndome la lista.

—La verdad amarga. —Me puse de pie—. Mañana será otro día. Cosas que pasan.

—No te vayas.

—Me tomé el café y la compañía y gracias por ambos. Ahora será mejor que me vaya a casa.

Estaba negando con la cabeza.

—Pasa la noche.

—Ya te lo dije antes, Trina...

—Ya lo sé. De hecho yo tampoco tengo muchas ganas de follar. Pero de verdad que realmente no quiero dormir sola.

—No sé si puedo dormir.

—Entonces abrázame hasta que me duerma yo, por favor, amor.

Nos acostamos juntos y nos abrazamos. Quizás el *bourbon* finalmente funcionó, o quizás estaba más exhausto de lo que pensaba, pero me dormí así, abrazándola.

CAPÍTULO CATORCE

Me desperté con la cabeza estremeciéndose y un sabor a hígado en el fondo de la garganta. Una nota en su almohada me avisó de que me sirviera el desayuno. El único desayuno al que podía hacer frente estaba dentro de una botella de Harper's y me serví; y, junto con dos aspirinas de su botiquín y una taza de café malo del ultramarinos de abajo, se pulió un poco mi estado.

El tiempo estaba bueno y la contaminación del aire era más leve de lo normal. Incluso podías ver el cielo. Me dirigí al hotel, comprando un periódico por el camino. Casi era mediodía. No duermo tanto normalmente.

Tendría que llamarles, a Beverly Ethridge y Theodore Huysendahl. Tenía que avisarles de que ya no estaban en el anzuelo, y que de hecho nunca los había tenido cogidos. Me preguntaba cuáles serían sus reacciones. Probablemente una combinación de alivio y algo de indignación por haber sido engañados. Pues ese sería su problema. Tenía bastante con los míos.

Evidentemente tendría que verlos en persona. No lo podía hacer por teléfono. No me hacía ilusión hacerlo, pero sí que tenía ganas de dejarlo atrás. Dos breves llamadas y dos breves encuentros y nunca tendría que volver a ver a ninguno de los dos jamás.

Paré en la recepción. No había correo para mí, pero sí que había un mensaje telefónico. Había llamado la señorita Stacy Prager. Había un número a donde tenía que llamarla cuanto antes. Era el número que yo había marcado desde el Lion's Head.

En mi habitación hojeé el *Times*. Prager estaba en la página necrológica bajo un título a dos columnas. Sólo su obituario, con una declaración de que había muerto, al parecer, de un disparo que se había inferido a sí mismo. Sí que lo parecía. No me mencionaron en el artículo. Pensaba que quizás

hubiera sido así como su hija había conseguido mi nombre. Entonces leí el mensaje de nuevo. Había llamado sobre las nueve de la noche anterior y la primera edición del *Times* no llegaba a la calle antes de las once o doce.

Así que eso significaba que había conseguido mi nombre de la policía. O que lo había oído antes, de su padre.

Cogí el teléfono y volví a colgarlo. No tenía muchas ganas de hablar con Stacy Prager. No imaginaba que hubiera algo que quisiera oír de ella, y sabía que no había nada que le quisiera decir. El hecho de que su padre fuera un asesino no era algo que fuera a saber por mí ni por nadie más. Giros Jablon había tenido la venganza que me había comprado. Por lo que respecta a la opinión pública, su caso podía quedar en archivo abierto para siempre. A la policía no le importaba quién le había matado y no me sentía con la obligación de decírselo.

Cogí el teléfono otra vez y llamé a Beverly Ethridge. Comunicaba. Corté la llamada y probé con la oficina de Huysendahl. Había salido a comer. Esperé unos minutos y marqué el número de Ethridge de nuevo, todavía comunicaba. Me estiré en la cama y cerré los ojos y sonó el teléfono.

—¿Señor Scudder?, me llamo Stacy Prager. —Una voz joven que hablaba con la mayor seriedad—. Siento que yo no haya estado en casa. Después de llamar anoche acabé cogiendo el tren para poder estar con mi madre.

—Acabo de recibir su mensaje hace unos minutos.

—Ya. Pues, ¿sería posible hablar con usted? Estoy en el Grand Central, podría ir a su hotel o quedar con usted donde diga.

—No estoy seguro de cómo la podría ayudar.

Hubo una pausa. Entonces, dijo:

—Quizá no pueda. No sé. Pero usted fue la última persona que vio vivo a mi padre, y yo...

—Ni siquiera le vi ayer, señorita Prager. Estaba esperando para verle cuando ocurrió.

—Sí, es verdad. Pero lo que pasa es que..., escuche, realmente me gustaría verle, si le parece bien.

—Si hay algo en lo que le pueda ayudar por teléfono...

—¿No podría verle?

Le pregunté si sabía dónde quedaba mi hotel. Dijo que sí, y que estaría allí dentro de diez o veinte minutos y que me llamaría desde el vestíbulo. Colgué y me pregunté cómo supo ponerse en contacto conmigo. No estoy en la guía telefónica. Y me preguntaba si sabía de Giros Jablon y si había sabido de mí. Si el hombre Marlboro fuera su novio, y si ella estuviera implicada en la elaboración de los planes...

Si fuera así, era lógico creer que me consideraría responsable de la muerte de su padre. Ni siquiera podía discutir la cuestión: me sentía responsable yo mismo. Pero en realidad, no podía creer que llevara una pistolita en su bolso. Le había tomado el pelo a Heaney por mirar la tele. Yo no miro mucho la tele.

Tardó quince minutos, que aproveché para llamar a Beverly Ethridge y me daba comunicando. Entonces, Stacy llamó desde el vestíbulo y bajé las escaleras a verla.

Pelo negro, largo, lacio, con la raya en el medio. Una chica alta y delgada con una cara larga y estrecha y profundos ojos negros. Llevaba vaqueros azules limpios y bien hechos y una rebeca de color verde lima sobre una blusa blanca y sencilla. Su bolso había sido hecho cortando las perneras de otro pantalón vaquero. Determiné que era muy poco probable que hubiera una pistola dentro.

Confirmamos que yo era Matthew Scudder y que ella era Stacy Prager. Sugerí café, y fuimos al Red Flame y cogimos una mesa separada por biombos. Después de traernos el café, le dije que sentía mucho lo de su padre, pero que todavía no me podía imaginar por qué quería verme.

—No sé por qué se mató —dijo.

—Yo tampoco.

—¿No? —Sus ojos exploraron mi cara.

Intenté imaginarla cómo era hace unos años fumando hachís y tomando píldoras, atropellando a un niño y alucinando lo bastante como para fugarse de lo que había hecho. Esa imagen no encajaba con la chica sentada al otro lado de la mesa de formica. Ahora parecía estar alerta, enterada y responsable, herida por la muerte de su padre, pero lo bastante fuerte para sobrellevarla.

—Usted es un detective —dijo.

—Más o menos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Hago algunos trabajos privados como profesional independiente. Nada tan interesante como parece.

—¿Y estaba trabajando para mi padre?

Negué con la cabeza.

—Le había visto una vez la semana pasada —dije, y a continuación repetí la historia de tapadera que le había dado a Jim Heaney—. Así que realmente no conocía a su padre en absoluto.

—Eso es muy extraño —dijo.

Removió su café, añadió más azúcar, volvió a removerlo. Lo sorbió y puso la taza en el plato. Le pregunté por qué era extraño.

—Vi a mi padre anteayer por la noche. Estaba esperando en mi apartamento cuando llegué a casa de clase. Me llevó a cenar. Hace eso, hacía eso, una o dos veces a la semana. Pero normalmente me llamaba primero para quedar. Dijo que simplemente lo hizo sin reflexionar y se arriesgó a que yo no llegara a casa.

—Entiendo.

—Estaba muy perturbado. ¿Es la palabra correcta? Estaba muy agitado, le inquietaba algo. Siempre tenía tendencia a ser un hombre propenso a cambiar bruscamente de humor, muy eufórico cuando las cosas iban bien, muy deprimido cuando no. Cuando empecé a estudiar Psicología Patológica y trataba el síndrome maniaco depresivo me venían unos tremendos ecos de mi padre. No quiero decir que estuviera loco, en ningún sentido de la palabra, sino que tenía el mismo tipo de cambios de humor. No le estorbaban en su vida, era solamente que tenía ese tipo de personalidad.

—¿Y estaba deprimido anteayer por la noche?

—Era más que depresión. Era una combinación de depresión y el tipo de nerviosismo hiperactivo que consigues con anfet. Habría pensado que había tomado algunas anfet, salvo que sé qué opina respecto a las drogas. Yo tuve una etapa en que tomé drogas, hace unos años, y él dejó bastante claro lo que opinaba, así que realmente no pensé que hubiera tomado nada.

Bebió más café. No, no había ninguna pistola en su bolso. Esta era una chica muy abierta. Si tuviera una pistola la habría usado inmediatamente.

Continuó:

—Cenamos en un restaurante chino en el barrio. Eso queda en la zona oeste alta, donde vivo. Apenas probó su comida. Personalmente, yo tenía mucha hambre, pero recibía sus vibraciones constantemente, y acabé sin comer mucho también. Su conversación se salía de tema todo el tiempo. Estaba muy preocupado por mí. Me preguntó varias veces si estaba usando drogas. No las uso, y se lo dije. Preguntó por mis clases, si estaba contenta con el curso y si sentía que iba por buen camino respecto a cómo me iba a ganar la vida. Me preguntó si estaba comprometida con alguien de modo romántico, le dije que no lo estaba. Nada serio. Y entonces me preguntó si le conocía a usted.

—¿Sí?

—Sí. Dije que el único Scudder que conocía era el puente de Scudder Falls. Me preguntó si había estado en su hotel. Nombró el hotel y preguntó si había estado allí, y le dije que no. Dijo que allí era donde usted vivía. En realidad, no entendía lo que quería decir.

—Yo tampoco.

—Preguntó si alguna vez había visto a un hombre dar vueltas a un dólar de plata. Sacó un cuarto de dólar, le dio vueltas encima de la mesa y preguntó si había visto a algún hombre hacer eso con un dólar de plata. Dije que no y le pregunté si se encontraba bien. Contestó que estaba perfectamente y que era muy importante que no me preocupara por él. Dijo que si algo le ocurriese, que yo estuviera bien, que no me preocupara.

—Lo que le puso a usted más inquieta todavía.

—Claro. Temía..., temía toda clase de cosas, y tenía miedo de pensar en ellas. Como que pensé que podría ser que hubiese ido al doctor y se hubiese enterado de que le pasaba algo. Pero llamé al doctor al que siempre va, eso lo hice anoche, y no había estado allí desde su chequeo anual en noviembre pasado y no le pasaba nada entonces, excepto la presión arterial un poco alta. Claro, puede que fuera a algún otro médico, no se puede saber a no ser que se vea en la autopsia. Tienen que hacer autopsia en casos así, ¿señor Scudder?

La miré.

—Cuando me llamaron, cuando me enteré de que se había matado, no me sorprendió.

—¿Lo esperaba?

—Conscientemente, no. No lo esperaba realmente, pero una vez que lo vi, todo parecía encajar. De una manera u otra, supongo que sabía que me estaba intentando decir que iba a morirse, intentando atar los cabos sueltos antes de hacerlo. Pero no sé por qué lo hizo. Y entonces oí que usted estaba allí cuando lo hizo y me acordé de él preguntándome si sabía de usted, si le conocía y me preguntaba cómo encajaba usted en todo eso. Pensé que tal vez hubiera un problema en su vida y usted se lo estaba investigando, porque el policía dijo que usted era detective, y me preguntaba..., simplemente no entiendo de qué se trataba.

—No puedo imaginar por qué mencionó mi nombre.

—¿Es cierto que no trabajaba para él?

—No. Y no tuve mucho contacto con él. Fue solamente un asunto superficial para confirmar las referencias de otro hombre.

—Entonces no tiene sentido.

Medité.

—Hablamos durante un rato la semana pasada —dije—. Supongo que es posible que algo que dijera yo tuviera un impacto especial en su mente. No puedo imaginar lo que pudo haber sido, pero tuvimos una de esas conversaciones divagantes, y puede ser que cogiera algo sin que yo lo notara.

—Supongo que esa tendría que ser la explicación.

—No concibo otra cosa.

—Y entonces, lo que fuera, se quedó en su mente. Así que sacó su nombre a colación porque no podía cobrar suficiente ánimo para mencionar lo que fuera que dijo usted, o lo que relacionó. Y entonces cuando su secretaria dijo que usted estaba allí, se debió haber disparado su mente. *Disparar*. Esa ha sido una elección de palabra muy interesante, ¿verdad?

El anuncio de mi presencia por la secretaria había disparado su mente. No cabía duda.

—No entiendo lo del dólar de plata. A menos que sea la canción. «Puedes hacer girar un dólar de plata en el suelo de una pista de baile y dará vueltas porque es redondo». ¿Cuál es el verso siguiente? Algo de que una mujer nunca sabe qué hombre tan bueno pierde hasta que lo pierde, o algo así. Quizá quería decir que estaba perdiendo todo ahora, no sé. Supongo que su

mente no estaba muy lúcida al final.

—Debió haber estado bajo tensión.

—Supongo que sí. —Apartó la mirada un momento—. ¿Le dijo a usted algo de mí alguna vez?

—No.

—¿Está seguro?

Fingí concentrarme, entonces dije que estaba seguro.

—Sólo espero que se diera cuenta de que todo me marcha bien ahora. Eso es todo. Si tenía que morir, si pensaba que tenía que morir, por lo menos espero que supiera que yo estoy bien.

Estoy seguro de que lo sabía.

Había pasado por mucho desde que la llamaron y se lo dijeron. Desde antes: desde aquella cena en el chino. Y estaba pasando por mucho ahora. Pero no iba a llorar. No era una llorona. Era fuerte. Si él hubiera tenido la mitad de su fuerza, no habría tenido que matarse. En primer lugar, le habría dicho a Giros que se fuera a tomar por el culo, y no habría pagado el dinero del chantaje, no habría matado una vez, no habría tenido que intentar matar otra vez. Ella era más fuerte que lo que él había sido. No sé hasta qué punto puede uno enorgullecerse de ese tipo de fuerza. O la tienes o no.

—Así que esa fue la última vez que le vio. En el restaurante chino —dije.

—Bueno, me acompañó caminando hasta mi apartamento. Entonces se marchó a casa en coche.

—¿A qué hora fue eso? Cuando la dejó en su casa, quiero decir.

—No sé. Probablemente sobre las diez, o diez y media, quizás un poco más tarde. ¿Por qué lo pregunta?

Me encogí de hombros.

—Por nada. Llámelo una costumbre. Fui policía durante muchos años. Cuando un poli se queda sin nada más que decir, se encuentra haciendo preguntas. Apenas importa de qué sean las preguntas.

—Eso es interesante. Una especie de reflejo condicionado.

—Supongo que ese es el término.

Inspiró.

—Bueno —dijo—. Quiero darle las gracias por verme. Le he hecho perder el tiempo...

—Me sobra el tiempo. No me importa perder algo de vez en cuando.

—Sólo quise enterarme de lo que pudiera saber sobre..., sobre él. Pensaba que quizás hubiera algo, que hubiera dejado algún último mensaje para mí. Una nota, o una carta que quizás hubiese mandado. Supongo que es parte de no creer realmente que esté muerto, de que no puedo creer que nunca vaya a volver a oírle de algún que otro modo. Pensaba..., bueno, gracias, de todas formas.

No quería que me diera las gracias. No tenía ningún motivo en absoluto para dármelas.

Una hora más tarde, aproximadamente, logré hablar con Beverly Ethridge.

—Pensaba que tenía hasta el martes. ¿Te acuerdas?

—Quiero verla esta noche.

—Esta noche es imposible. Y todavía no tengo el dinero, y estuviste de acuerdo en darme una semana.

—Es otra cosa.

—¿Qué?

—No por teléfono.

—¡Por Dios! —dijo—. Esta noche es absolutamente imposible, Matt. Tengo un compromiso.

—Pensaba que Kermit estaba fuera jugando al golf.

—Eso no quiere decir que me quede sola en casa sentada.

—Lo puedo creer.

—Realmente eres un cabrón, ¿verdad? Estaba invitada a una fiesta. A una fiesta perfectamente respetable, de la clase donde mantienes puesta la ropa. Te podría ver mañana si es absolutamente necesario.

—Lo es.

—¿Dónde y cuándo?

—¿Qué tal La Jaula? Digamos sobre las ocho.

—La Jaula de Polly. Es un poco cutre, ¿no?

—Un poco —asentí.

—Y yo también, ¿eh?

—No he dicho eso.

—No, siempre eres el perfecto caballero. A las ocho en La Jaula. Estaré allí.

Le pude haber dicho que se relajara, que la partida había terminado, en lugar de dejarla pasar otro día bajo tensión. Pero me figuraba que podía aguantar la tensión. Y quería ver su cara cuando la soltara del anzuelo. No sé por qué. Quizás era ese tipo de chispa que nos producíamos mutuamente, pero quería estar allí cuando se enterara de que estaba completamente libre.

Huysendahl y yo no nos producíamos chispas. Le llamé a la oficina, pero no pude hablar con él y tuve la repentina idea de probar a ver si estaba en casa. No estaba allí, pero logré hablar con su mujer. Dejé el mensaje de que estaría en su oficina a las dos de la tarde del día siguiente y que volvería a llamar por la mañana para confirmar la cita.

—Y otra cosa —añadí—. Dígale que no tiene nada de lo que preocuparse en absoluto. Dígale que todo está bien ahora y que todo se arreglará perfectamente.

—¿Y sabrá lo que significa eso?

—Lo sabrá —dije.

Eché una cabezadita, almorcé unos bocados de última hora en el francés de la parte de abajo de la manzana, luego volví a mi habitación y leí durante un rato. Estuve a punto de acostarme temprano, pero sobre las once mi habitación empezó a parecerse, un poco más de lo normal, a una celda monástica. Había estado leyendo *Vidas de Santos*, lo que quizá tuviera que ver con ello.

Fuera, estaba intentando decidirse a llover. Todavía San Pedro no se había decidido a abrir las compuertas. Di la vuelta a la esquina hacia Armstrong's. Trina me sonrió y me trajo una copa.

Sólo estuve allí durante una hora más o menos. Pensaba bastante en Stacy Prager, y todavía más en su padre. Me gustaba a mí mismo un poco menos, ahora que ya había conocido a la chica. Por otra parte, tenía que admitir que Trina tenía razón en lo que había sugerido la noche anterior.

—En efecto, tenía el derecho de elegir esa manera de salir de sus problemas, y por lo menos ahora su hija no iba a enterarse de que su padre

había matado a un hombre. El hecho de su muerte era horrible, pero no podía construir fácilmente un escenario que funcionara mejor.

Cuando pedí la cuenta, la trajo Trina y se sentó en el borde de mi mesa mientras contaba los billetes.

—Pareces estar un poco más contento —dijo.

—¿Sí?

—Un poco.

—Pues, dormí mejor anoche que lo que he dormido en mucho tiempo.

—¿De veras? Yo también, extrañamente.

—Bien.

—¡Qué casualidad, no!

—Mucha.

—Lo que prueba que hay ayudas para dormir mejor que *Seconal*.

—Aunque las tienes que usar con moderación.

—¿O te quedas enganchado?

—Algo así.

Un tío dos mesas más allá intentaba atraer su atención. Le echó un vistazo, luego se dio la vuelta a mí.

—No creo que llegue a ser una costumbre, nunca. Eres demasiado viejo y soy demasiado joven; eres demasiado introvertido y soy demasiado inestable y los dos somos normalmente raros —dijo.

—Sin disputa.

—Pero alguna vez, de cuando en cuando, no puede hacer daño.

—No.

—Incluso es agradable.

Le cogí la mano y le di un apretón. Sonrió brevemente, recogió rápido mi dinero y se fue a ver lo que quería el pelma de las dos mesas más allá. Me quedé allí sentado mirándola un momento, entonces me puse de pie y tomé la puerta.

Ahora estaba lloviendo, una lluvia fría con un viento horrible detrás de ella. El viento soplaba hacia el centro y yo iba hacia las afueras, lo que no me hacía especialmente feliz. Vacilé pensando en si debería volver adentro por una copa y darme la oportunidad de que pasara lo peor. Determiné que no merecía la pena.

Así que empecé a caminar hacia la calle 57 y vi a la vieja mendiga en el portal de Sartor Resartus. No sabía si aplaudir su aplicación o preocuparme por ella; normalmente no salía en noches como esta. Pero había estado bueno hasta hacía poco, así que pensé que debió haber cogido su puesto y se vio sorprendida por la lluvia.

Seguí caminando, metiendo la mano en el bolsillo en busca de unas monedas. Esperaba que no se fuera a desilusionar, pero no podía esperar diez dólares de mí todas las noches. Sólo cuando me salvara la vida.

Tenía las monedas listas y salió del portal cuando llegué. Pero no era la vieja.

Era el hombre Marlboro y tenía una navaja en la mano.

CAPÍTULO QUINCE

Se precipitó sobre mí, la navaja cogida solapadamente y arqueándola para arriba; si no hubiera estado lloviendo me habría alcanzado. Pero tuve una oportunidad. Resbaló en la acera mojada y tuvo que detener la puñalada mientras recobraba el equilibrio, y eso me dio tiempo para reaccionar lo suficiente, para esquivarle y prepararme para el siguiente intento.

No tuve tiempo para esperar mucho. Estaba con los pies en guardia, brazos sueltos a los costados, una sensación de hormigueo en las manos, y el pulso trabajando en la sien. Se balanceaba de un lado a otro, sus anchos hombros engañando y haciendo fintas, y entonces vino a por mí. Había estado mirándome los pies y me encontraba preparado. Esquivé a la izquierda, giré, le di una patada en la rótula. Y fallé, pero salté para atrás y me cuadré como un boxeador antes de que pudiera prepararse para otra arremetida.

Empezó a dar vueltas por su izquierda, girando como un profesional acechando a un adversario, y cuando hubo completado otra vuelta y me tuvo de espaldas a la calle, me di cuenta por qué. Quería arrinconarme para que no pudiera escapar.

No tenía que haberse preocupado. Era joven y estaba en buena forma, atlético, un tipo sano. Yo era demasiado viejo y tenía excesivo peso, y durante más años de la cuenta, el único ejercicio que hice fue empinar el codo. Si intentara correr, todo lo que lograría hacer sería darle la espalda como blanco.

Se inclinó hacia adelante y empezó a pasar la navaja de una mano a otra. Eso está bien en el cine, pero un hombre verdaderamente bueno con la navaja, no pierde su tiempo de esa manera. Muy pocas personas son

ambidextras. Había empezado con la navaja en la mano derecha, y sabía que iba a estar en la derecha cuando me arremetiera la próxima vez, así que todo lo que conseguía con la actuación de pasarla de mano a mano era darme tiempo y dejarme juzgar su habilidad.

También me dio un poco de esperanza. Si gastaba energía en juegos así, no era tan fantástico con la navaja, y si fuera lo bastante *amateur*, tenía una oportunidad.

—No tengo mucho dinero encima, pero lo puedes coger —dije.

—No quiero tu dinero, Scudder. Sólo a ti.

No era una voz que hubiera escuchado antes y por supuesto que no era un acento de Nueva York. Me preguntaba dónde lo había encontrado Stacy Prager. Después de haber conocido a Stacy, estaba bastante seguro de que no era su tipo.

—Estás equivocado —dije.

—La equivocación es tuya, tío. Y ya la cometiste.

—Henry Prager se mató ayer.

—¿De veras? Tendré que mandarle flores. —La navaja de mano a mano, las rodillas tensándose y relajándose—. Te voy a abrir en canal, tío.

—No creo.

Se rio. Podía ver sus ojos ahora con la luz de las farolas, y sabía lo que Billie quería decir. Tenía ojos de asesino, de psicópata.

—Podría ganarte si los dos tuviéramos navajas —le dije.

—Seguro, tío.

—Podría ganarte con un paraguas. —Y lo que realmente deseaba tener era un paraguas o un bastón, cualquier cosa que te dé espacio es mejor defensa contra una navaja que otra navaja. Mejor que cualquier cosa, menos una pistola.

No me habría importado tener una pistola en ese momento tampoco. Cuando dejé el Departamento de Policía, un beneficio inmediato fue que no tenía que llevar pistola en todo momento. Entonces me resultaba muy importante el no llevar una pistola. Aun así, durante meses me encontré desnudo sin una. La había llevado durante quince años, y te acostumbras al peso.

Si hubiera tenido una pistola ahora, habría tenido que usarla. Podía decir

esto de él. El que viera una pistola no le haría tirar la navaja. Estaba empeñado en matarme, y nada le iba a impedir intentarlo. ¿Dónde le había encontrado Prager? No era un talento profesional, desde luego. Por supuesto que mucha gente contrata a asesinos *amateurs*, y a no ser que Prager tuviera algunos contactos con macarras que yo conociera, probablemente no tendría acceso a ninguno de los asesinos profesionales.

A no ser...

Eso casi me sacó otro hilo de pensamiento nuevo por completo, y la única cosa que no podía permitirme era dejar que la mente divagara. Volví a la realidad rápidamente cuando vi sus pies cambiando la forma de arrastrarse, y estuve preparado cuando se me echó encima. Tenía unos movimientos calculados y le tenía controlado; empecé por pegarle una patada justo cuando él empezaba a asestar su golpe, y tuve la suerte de alcanzarle en la muñeca. Perdió el equilibrio, pero no llegó a caerse, y aunque conseguí que soltara la navaja de su mano, no voló lo bastante para que me sirviera de mucho. Recobró su equilibrio y alcanzó la navaja, la cogió antes de que mi pie la apartara. Retrocedió de prisa, casi hasta el borde de la acera, y antes de que pudiera saltarle encima tenía la navaja al costado y tuve que retroceder.

—Ahora estás muerto, tío.

—Hablas mucho. Casi te tuve esta vez.

—Creo que te voy a rajar la barriga, tío. Dejarte morir lentamente.

Cuanto más hablara yo, más iba a tardar él entre ataque y ataque. Y cuando más tardara, más probabilidades habría de que alguien viniera a la fiesta antes de que el invitado de honor acabara en la punta de una navaja. Pasaban taxis de vez en cuando, pero no muchos, y el tiempo había reducido el número de peatones a cero. Habría agradecido la presencia de un coche de policía, pero ya sabes lo que dicen de la poli: nunca están cuando los necesitas.

—¡Venga, Scudder! Intenta cogerme —dijo.

—Tengo toda la noche.

Frotó el pulgar sobre el filo de la navaja.

—Está afilada —dijo.

—Te creo.

—Sí, te lo voy a probar, tío.

Retrocedió un poco, moviéndose con la misma manera de arrastrar los pies, y supe lo que venía. Iba a arriesgarse en un asalto de frente, eso quería decir que ya no iba a ser cuestión de defenderse con evasivas, porque si no me apuñalaba en la primera arremetida, acabaría tumbándome al suelo y estaríamos luchando allí hasta que sólo uno de los dos se levantara. Controlaba sus pies y evitaba que me engañaran sus hombros y, cuando vino, me hallaba preparado.

Me tiré sobre una rodilla y me doblé por completo después de que él ya se hubiera lanzado y me levanté debajo de él, abrazándole por las piernas y de un golpe me di la vuelta e hice un esfuerzo. Usé las piernas, lanzándolo lo más alto y lejos posible, sabiendo que soltaría la navaja cuando cayera, sabiendo que estaría encima de él a tiempo de alejarla con el pie y darle una patada en la cabeza.

Pero no dejó caer la navaja. Subió alto, pataleando las piernas en el aire, y dio perezosamente la vuelta como un saltador olímpico, pero cuando bajó no había agua en la piscina. Tenía una mano extendida para parar la caída, pero no aterrizó bien. El impacto de su cabeza en el cemento fue como el de un melón que cae desde la ventana de un tercer piso. Estaba bastante seguro de que tendría el cráneo fracturado, y eso puede ser bastante para matarte.

Fui a verle y supe que no importaba que estuviera fracturado o no el cráneo, porque había aterrizado con la parte de atrás de la cabeza mientras caía de frente y ahora estaba en una postura que no puedes conseguir a no ser que tengas el cuello roto. Busqué el pulso sin esperar encontrarlo, y no daba señal. Le di la vuelta y puse el oído al pecho y no oí nada. Todavía tenía la navaja en la mano, pero ahora no le iba a servir de nada.

—¡Joder!

Levanté la vista. Era uno de los griegos del barrio que bebía en Spiro y en Antares. Nos saludábamos de vez en cuando. No sabía su nombre.

—Vi lo que pasó —dijo—. El cabrón intentaba matarte.

—Eso es justamente lo que me puedes ayudar a explicar a la policía.

—¡No, joder! Yo no vi nada, ¿sabes lo que quiero decir?

—No me importa lo que quieras decir. ¿Crees que me será difícil encontrarte si quiero? Vuelve al Spiro, coge el teléfono y marca el 911. Ni siquiera te hace falta una moneda de diez centavos para hacerlo. Diles que

quieres denunciar un homicidio en el distrito 18 y dales la dirección.

—No sé.

—No te hace falta saber nada. Todo lo que tienes que hacer es lo que acabo de decirte.

—¡Joder!, hay una navaja en su mano, cualquiera puede ver que fue en defensa propia. Está muerto, ¿no? Dijiste homicidio y de la manera que está torcido el cuello... No se puede caminar por las jodidas calles ya, toda la jodida ciudad es una jodida jungla.

—Haz la llamada.

—Mira...

—¡Ignorante hijo de puta!, te daré más problemas de lo que serías capaz de creer. ¿Quieres a la poli volviéndote loco el resto de tu vida? Vete a hacer la llamada.

Se fue.

Me arrodillé al lado del cadáver y lo cacheé rápido, pero minuciosamente. Lo que quería era un nombre, pero no llevaba encima nada que lo identificara. Ninguna cartera, sólo una pinza para el dinero en forma de dólar. Parecía de plata auténtico. Tenía poco más de trescientos dólares. Devolví los billetes de uno y de cinco a la pinza y la puse en su bolsillo. Metí el resto en el mío. Tenía más utilidad para mí que para él.

Entonces me quedé allí de pie, esperando que apareciera la poli y preguntándome si mi amiguito les había llamado. Mientras esperaba, pasaron algunos taxis de vez en cuando a preguntar lo que había pasado y que si podían ayudar. Nadie se había molestado mientras el hombre Marlboro me agitaba la navaja, pero ahora que estaba muerto, todo el mundo quería vivir peligrosamente. Les mandé ir a otra parte, y esperé un poco más, finalmente un coche blanco y negro entró por la calle 57 e ignoró el hecho de que la Novena Avenida fuese dirección prohibida. Pararon la sirena y corrieron hasta donde yo estaba de pie junto al cadáver. Dos hombres vestidos de paisano: no reconocí a ninguno de los dos.

Explicué brevemente quién era yo y lo que había ocurrido. El hecho de que yo mismo era un expoli no importó nada. Llegó otro coche mientras estuve hablando con un equipo del laboratorio y luego una ambulancia.

Al equipo del laboratorio le dije:

—Espero que le vayan a tomar las huellas. No después de llevarle al depósito de cadáveres. Cojan las huellas ahora.

No preguntaron quién era yo para dar órdenes. Supongo que dieron por sentado que era un poli y que probablemente tuviera una graduación más alta que las tuyas. El tío que llevaba traje de calle y con el que había estado hablando me levantó las cejas.

—¿Huellas?

Asentí con la cabeza.

—Quiero saber quién es, no llevaba ninguna identificación.

—¿Se molestó en mirar?

—Me molesté en mirar.

—No lo debe hacer, ¿sabe?

—Sí, lo sé. Pero quería saber quién se tomaba la molestia de matarme.

—Sólo un macarra, ¿no?

Negué con la cabeza.

—Me estuvo siguiendo el otro día. Me estaba esperando esta noche y me llamó por mi nombre. Un macarra corriente no investiga cuidadosamente.

—Pues, le están sacando las huellas, así que veremos lo que encontramos. ¿Por qué le querían matar a usted?

Dejé pasar la pregunta. Dije:

—No sé si es de la zona o no. Estoy seguro de que alguien tendrá una ficha suya, pero puede ser que nunca le hayan cogido en Nueva York.

—Pues miraremos a ver lo que tenemos. No creo que sea novato. ¿Y usted?

—No es probable.

—Lo tendrán en Washington si no tenemos nada nosotros. ¿Quiere venir a la comisaría? A lo mejor hay chicos que conoce de los viejos tiempos.

—Vale —dije—. ¿Sigue haciendo el café Gagliardi?

Su cara se nubló.

—Se murió —dijo—. Hace unos dos años. Un infarto, estaba sentado en su despacho y la palmó.

—Sí, era bueno. Hacía buen café también.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Mi declaración preliminar fue superficial. El hombre que la tomó, un detective llamado Birnbaum, se dio cuenta de ello. Simplemente dije que había sido asaltado por una persona a la que no conocía, en un lugar y momento específico; que mi agresor iba armado con una navaja y yo iba sin armas; y que había tomado medidas defensivas que incluyeron derribar a mi asaltante de tal manera que, aunque no tenía la intención, la caída resultante concluyó con su muerte.

—Ese tío te conocía por tu nombre —dijo Birnbaum—. Eso fue lo que dijiste antes.

—Correcto.

—Eso no aparece aquí. —Estaba quedándose calvo y se paró a frotarse donde había estado el pelo previamente—. También dijiste a Lacey que te había estado siguiendo los dos últimos días.

—Estoy seguro de que me fijé en él una vez y creo que le vi alguna vez más.

—¡Ajá! Y quieres esperar mientras identificamos las huellas y enterarte de quién era.

—Correcto.

—No esperaste a ver si descubríamos alguna identificación encima de él. Lo que probablemente signifique que miraste y no llevaba nada.

—Quizá fue un presentimiento —sugerí—. Si un hombre sale a matar a alguien, no lleva identificación. Sólo una suposición por mi parte.

Levantó las cejas un rato, entonces se encogió de hombros.

—Podemos dejarlo así, Matt. Muchas veces investigo un apartamento cuando nadie está en casa y sabrás que son tan descuidados que dejan la

puerta abierta, porque por supuesto no se me ocurriría abrir la puerta con una ganzúa.

—Porque eso sería allanamiento de morada.

—Y no queremos eso, ¿verdad? —Sonrió, entonces cogió mi declaración otra vez.

—Hay cosas de este pájaro que sabes y no quieres contar, ¿verdad?

—No. Hay cosas que *no sé*.

—No entiendo.

Cogí uno de los cigarros de su paquete de encima de la mesa. Si no tuviera cuidado cogería el vicio de nuevo. Tardé algo en encenderlo, ordenando las palabras.

—Vais a poder quitar un caso de los archivos, creo. Un homicidio —dije.

—Dame un nombre.

—Todavía no.

—Mira, Matt...

Inhalé del cigarro y dije:

—Déjame hacerlo a mi manera un rato. Te rellenaré un parte, pero nada va al papel de momento. Ya tienes bastante con lo que pasó esta noche como para llamarlo homicidio justificado, ¿no? Tienes un testigo y tienes un cadáver con una navaja en la mano.

—¿Y qué?

—El cadáver estaba contratado para seguirme. Cuando sepa quién es, probablemente sabré quién le contrató. Creo que también le contrataron para matar a alguien hace poco y cuando sepa su nombre y antecedentes podré añadir pruebas que, si no me equivoco, van a llevarnos directamente a la persona que paga.

—Y mientras tanto, ¿no puedes dar más información sobre esto?

—No.

—¿Algún motivo en particular?

—No quiero meter en líos a la persona equivocada.

—Lo estás jugando tú solo, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Están mirando abajo en este momento. Si no aparece ahí, mandaremos las huellas por telegrama a la oficina de Washington D. C. Podría ser una

noche muy larga.

—Esperaré, si no hay problema.

—De hecho, preferiría que te quedaras. Hay un sofá en la oficina del teniente, si quieres cerrar los ojos un rato.

Dije que esperaría hasta que los de abajo dieran su respuesta. Encontré algo que hacer y yo entré en un despacho vacío y cogí un periódico. Supongo que me dormí, porque lo siguiente fue que Birnbaum me estaba sacudiendo por el hombro. Abrí los ojos.

—Nada abajo, Matt. A nuestro chico nunca le pillaron en Nueva York.

—Ya me parecía.

—Pensaba que no sabías nada de él.

—Es verdad. Estoy trabajando con presentimientos, te lo dije.

—Nos podrías ahorrar trabajo si nos dijeras por dónde mirar.

Negué con la cabeza.

—No puedo pensar en nada más rápido que mandar un telegrama a Washington.

—Ya mandamos sus huellas por telegrama. Pueden pasar un par de horas de todos modos, y ya está amaneciendo. ¿Por qué no te vas a casa y te llamo en cuanto llegue algo?

—Lo tenéis todo previsto. ¿En estos días no hace el Departamento este tipo de cosas por ordenador?

—Sí. Pero alguien tiene que decirle qué hacer al ordenador, y ahí abajo tardan. Vete a casa a dormir un poco.

—Esperaré.

—Como quieras. —Se puso en camino hacia la puerta, luego se dio la vuelta para recordarme lo del sofá en la oficina del teniente. Pero el breve sueño en la silla había disipado algo la necesidad de dormir. Naturalmente estaba agotado, pero dormir ya no era posible. Demasiadas ruedas mentales estaban empezando a girar y no podía pararlas.

Tenía que ser un chico de Prager. Simplemente tenía que ser así. O se había perdido la noticia de que Prager estaba muerto y fuera de escena o estaba estrechamente unido con Prager y me quería muerto por despecho. O había sido contratado por un intermediario, de alguna manera, y no sabía que Prager estaba implicado. Algo, cualquier cosa, porque de otra manera...

No quise pensar en esa otra manera.

Le había dicho la verdad a Birnbaum. Tuve un presentimiento, y cuanto más lo pensaba, más creía en él, y a la vez quería estar equivocado. Así que esperé allí en la comisaría, mientras leía periódicos y bebía interminables tazas de café claro e intentaba no pensar en todas las cosas en las que no había manera de no pensar. En algún momento Birnbaum se fue para casa después de dar órdenes a otro detective llamado Guzik, y sobre las 9.30 Guzik se me acercó y me dijo que tenían noticias de Washington.

Las leyó de la hoja del ordenador.

—Lundgren, John Michael. Fecha de nacimiento 14 de marzo de 1943. Lugar de nacimiento: San Bernardino, California. Una estela de detenciones allí, Matt. Vivir de ganancias inmorales, asalto, asalto a mano armada, robo de vehículos, robo de una cantidad importante. Hacía trabajos locales por toda la costa oeste, cumplió larga condena en San Quintín.

—Le echaron de uno a cinco años en Folsom —dije—. No sé si lo llamaron extorsión o latrocinio. Eso habrá sido hace poco.

Me miró.

—Pensaba que no le conocías.

—No le conozco. Tenía un negocio de timos. Detenido en San Diego, su compañera le dio la vuelta a la acusación del fiscal y salió. Sentencia suspendida.

—Esos son más detalles de los que tengo aquí.

Le pedí un cigarro. No fumaba. Se dio la vuelta para preguntar si alguien tenía un cigarro, pero le dije que pasara.

—Trae a alguien que sepa taquigrafía —dije—. Hay mucho que contar.

Les di todo lo que podía. Cómo Beverly Ethridge se había introducido y salido del mundo del crimen. Cómo se había casado bien y reconvertido en el tipo de mujer que había sido previamente respetada en la buena sociedad. Cómo Giros Jablon lo había unido todo con la base de una foto de un periódico y convertido en una operación de chantaje ingeniosa.

—Supongo que estuvo buscando evasivas durante una temporada —dije—. Pero seguía siendo caro y él exigía cantidades cada vez más grandes. Entonces su antiguo novio se vino al este y le enseñó una salida. ¿Por qué pagar dinero por chantaje cuando es mucho más fácil matar al chantajista?

Como criminal, Lundgren era un profesional, pero como asesino era *amateur*. Intentó un par de métodos diferentes con Giros. Intentó cogerle con un coche, luego acabó golpeándole en la cabeza y poniéndole en el río East. Luego intentó matarme a mí con el coche.

—Y luego con la navaja.

—Sí.

—¿Cómo entraste en esto?

Lo expliqué, dejando ocultos los nombres de las otras víctimas del Giros. No les gustó mucho, pero no había nada que pudieran hacer. Les conté cómo me había expuesto como blanco y cómo Lundgren había caído en la trampa.

Guzik me interrumpía constantemente para decirme que debía habérselo contado todo a la policía desde el principio, y yo le decía constantemente que era algo que yo no estaba dispuesto a hacer.

—Lo habríamos manejado bien, Matt. ¡Por Dios!, hablas de que Lundgren es un *amateur*, joder, actuabas tú mismo como un aficionado y casi te cargan. Acabaste enfrentándote a una navaja con nada más que tus manos, y es pura suerte que estés vivo ahora. ¡Diablos!, deberías saber más, fuiste poli durante quince años y actúas como si no supieras de lo que va el Departamento.

—¿Qué me dices de la gente que no mató a Giros? ¿Qué les pasa a ellos si os entrego todo tal como está?

—Eso es problema de ellos, ¿no? Entraron con las manos sucias. Tienen algo que esconder, que no debería estorbar en el caso de una investigación de asesinato.

—Pero no hubo ninguna investigación. A todos les importó un comino Giros.

—Porque estabas reteniendo pruebas.

Negué con la cabeza.

—Eso es mierda —dije—. No tenía pruebas de que hubieran matado a Giros. Tenía pruebas de que estaba chantajeando a varias personas. Eran pruebas contra Giros, pero estaba muerto y no creo que estuvierais tan preocupados como para sacarle del depósito de cadáveres y meterle en una celda. En el momento en que tuve las pruebas de asesinato, las puse en vuestras manos. Mira, podríamos discutir todo el día. ¿Por qué no pides una

orden de busca y captura para Beverly Ethridge?

—¿Y acusarla de qué?

—Dos cargos de conspiración para el asesinato.

—¿Tienes las pruebas del chantaje?

—En un lugar seguro. Una caja de seguridad. Las puedo traer aquí dentro de una hora.

—Creo que te acompañaré a cogerlas.

Le miré.

—Quizá quiero ver realmente lo que tienes en el sobre, Scudder.

Hasta entonces había sido Matt. Me preguntaba cuál era el juego que quería jugar. Quizás estaba pescando, pero tenía idea de algo. Quizá quería tomar mi lugar en el juego de chantaje, sólo que quería dinero real, no el nombre de un asesino. Quizás imaginaba que los otros pichones habían cometido crímenes de verdad y que podía conseguir un reconocimiento al acabar con ellos. No le conocía lo suficientemente bien como para adivinar cuál podía ser su motivación, pero en realidad, era igual.

—No entiendo —dije—. Te doy información sobre un homicidio en bandeja de plata y quieres fundir la bandeja.

—Voy a mandar a dos chicos a que detengan a Ethridge. Mientras tanto, tú y yo vamos a abrir una caja de seguridad.

—Podría olvidarme de dónde dejé la llave.

—Y yo podría hacerte la vida muy difícil.

—No es tan fácil como parece. Queda a unas pocas manzanas de aquí.

—Todavía llueve —dijo—. Tomaremos un coche.

Fuimos en coche a la sucursal Manufacturers Hanover, en la calle 57 con la 58. Dejó el coche de policía en una parada de autobús. Todo eso para ahorrarse una caminata de tres manzanas, y ya no llovía tanto. Entramos, bajamos las escaleras a la cámara acorazada, le di mi llave al guardia y firmé la tarjeta.

—Pasó una cosa muy rara hace unos meses —dijo Guzik. Ahora que le seguía el juego estaba amable—. Una chica alquiló una caja de seguridad allá en el Chemical Bank, pagó sus ocho pavos al año y visitaba la caja tres o

cuatro veces al día. Siempre con un tío, siempre un tío diferente. Así que el banco empezó a sospechar y nos pidieron que lo investigáramos y a que no sabes, la tía es una puta. En vez de alquilar una habitación en un hotel por diez pavos, coge sus clientes en la calle y los lleva al jodido banco, joder. Entonces saca su caja y la acompañan a la habitación pequeña, ella cierra la puerta con llave y le hace una mamada rápida en privado absoluto. Luego mete el dinero en la caja y vuelve a cerrarla con llave. Y sólo le cuesta ocho pavos al año, en vez de diez pavos cada cliente, y es más seguro que un hotel porque si le sale un loco no va a intentar darle una paliza en medio de un jodido banco, ¿verdad? No le pueden pegar y no le pueden robar, es perfecto.

El guardia ya había usado su llave y la mía para sacar la caja de la cámara acorazada. Me la dio y nos llevó a un cubículo. Entramos juntos, Guzik cerró la puerta y le dio vuelta a la llave. La habitación me resultaba un poco pequeña para el sexo, pero tengo entendido que la gente lo hace en los lavabos de aviones, y esta en comparación era amplia. Le pregunté a Guzik lo que le pasó a la chica.

—¡Ah!, dijimos al banco que no denunciara o sólo les daría la misma idea a todas las prostitutas. Les dijimos que le devolvieran su dinero de alquiler por la caja y que le dijeran que no querían seguir manteniendo relaciones económicas con ella, así que supongo que eso fue lo que hicieron. A lo mejor cruzó la calle y empezó a tratar con otro banco.

—Pero nunca recibisteis más quejas.

—No. Quizás ella tiene un amigo en el Chase Manhattan. —Se rio mucho de su propio chiste, entonces paró repentinamente—. Vamos a ver lo que hay en la caja, Scudder.

Se la di.

—Ábrela tú —dije.

La abrió y contemplé su cara mientras miraba todo. Hizo unos comentarios interesantes sobre las fotos que vio, y leyó el material escrito cuidadosamente. Entonces levantó la vista de repente.

—Esto es todo el material sobre la tía Ethridge.

—Eso parece —dije.

—¿Y los otros?

—Supongo que estas cámaras acorazadas para cajas de seguridad no son

tan seguras como se piensa. Alguien debió haber entrado y llevado todo lo demás.

—Hijo de puta.

—Tienes todo lo que necesitas, Guzik. Ni más ni menos.

—Alquilaste una caja diferente para cada uno. ¿Cuántas más hay?

—¿Qué más da?

—Hijo de puta. Pues volvemos y preguntamos al guardia cuántas cajas más tienes aquí y las miraremos todas.

—Si quieres. Te puedo ahorrar tiempo.

—¿De verdad?

—No sólo tres cajas diferentes, Guzik. Tres bancos diferentes. Y ni se te ocurra cachearme por las otras llaves o investigar los otros bancos o cualquier otra cosa que puedas tener en la cabeza. De hecho, puede ser una buena idea dejar de llamarme hijo de puta, porque puede que me ponga triste y que decida no cooperar, y tu caso se esfuma. Puede que relaciones a Ethridge y a Lundgren sin mí, pero lo tendrás difícilísimo si quieres encontrar algo que un fiscal quiera llevar a las Cortes.

Nos miramos mutuamente un rato. Un par de veces empezó a decir algo y un par de veces se dio cuenta de que no era una idea especialmente buena. Finalmente cambió algo en su cara y supe que había decidido pasar de eso. Tenía bastante, y tenía todo lo que iba a recibir, y lo decía su cara.

—¡Diablos! —dijo—. Es el poli que llevo dentro. Quiero llegar al fondo de las cosas. Sin ofender, espero.

—En absoluto —dije. Supongo que no sonó muy convincente.

—A lo mejor ya sacaron a Ethridge de la cama. Voy a ver qué tiene que decir. Debe ser interesante. O quizá no la sacaron de la cama. Estas fotos, te divertirías más llevándola a la cama que sacándola. ¿Conseguiste algo de esto alguna vez, Scudder?

—No.

—No me importaría probar personalmente. ¿Quieres volver a la comisaría conmigo?

No quería ir a ningún sitio con él. No quería ver a Beverly Ethridge.

—Paso —dije—. Tengo una cita.

CAPÍTULO DIECISIETE

Pasé una media hora bajo la ducha con el agua lo más caliente que podía aguantar. Había sido una noche larga, y lo único que había dormido lo había hecho cuando cerré los ojos brevemente en la silla de Birnbaum. Casi me mataron y yo había matado al hombre que había intentado matarme a mí. El hombre Marlboro, John Michael Lundgren. Habría cumplido treinta y un años el mes siguiente. Le había echado menos, veintiséis, más o menos. Por supuesto, nunca le había visto bajo una luz especialmente buena.

No me importaba que estuviera muerto. Había intentado matarme y parecía que le agradaba la idea. Había matado a Giros y no era imposible que hubiera matado a gente anteriormente. Puede que no fuera un profesional del asesinato, pero parecía ser algo que le gustaba. Ciertamente le gustaba trabajar con la navaja, y los chicos que usan su navaja suelen excitarse sexualmente con sus armas. Las armas afiladas son aún más fálicas que las pistolas.

Me preguntaba si había usado una navaja con Giros. No era inconcebible. La oficina del médico forense no siempre lo esclarece todo. Hubo un caso hace tiempo, un cadáver sin identificar que pescaron del Hudson, lo examinaron y enterraron sin que nadie se fijara en que tenía una bala en el cráneo. Se enteraron sólo porque algún idiota le cortó la cabeza antes del entierro. Quería la calavera como ornamento para su mesa y al final encontraron la bala e identificaron la calavera por historiales dentales y se enteraron de que la mujer llevaba un par de meses ausente de su casa en Jersey.

Dejé que mi mente divagara porque habría otros pensamientos que quería evitar, pero al cabo de una media hora cerré la ducha, me sequé con la toalla,

cogí el teléfono y les dije que no pasaran llamadas, que me apuntaran para que me despertaran a la una en punto.

No esperaba necesitar la llamada, porque sabía que no iba a poder dormir. Todo lo que podía hacer era tenderme sobre la cama, cerrar los ojos y pensar en Henry Prager y en cómo yo le había asesinado.

Henry Prager.

John Lundgren estaba muerto y yo le había matado. Le había roto el cuello y no me importó en absoluto, porque él había hecho todo lo posible para merecer esa muerte. Y a Beverly Ethridge la estaba interrogando intensivamente la policía, y era muy posible que sacaran lo suficiente como para meterla en la cárcel un par de años. También era posible que saliera, porque probablemente no había mucho para cerrar un caso, pero de todos modos no importaba, porque Giros tenía su venganza. Ella podía olvidarse de su matrimonio, su posición social y sus cócteles en el Pierre. Podía olvidarse de la mayor parte de su vida, y eso no me importaba tampoco, porque no era nada que no mereciera.

Pero Henry Prager nunca había matado a nadie y yo le había presionado lo bastante como para levantarse la tapa de los sesos y realmente no había manera de que pudiera justificar eso. Me había preocupado mucho cuando le había creído culpable de asesinato. Ahora sabía que era inocente, y me importaba infinitamente más.

Sí, había manera de racionalizarlo. Evidentemente su negocio le iba mal. Evidentemente había tomado muchas decisiones financieras erróneas en los últimos tiempos. Evidentemente se encontraba entre la espada y la pared y evidentemente había sido un maníaco depresivo marginal con tendencias al suicidio, eso estaba todo muy bien, pero yo había puesto la presión extra en un hombre que no estaba en situación alguna de saber dominarla, y había sido el colmo y no había manera de que pudiera racionalizarlo, porque era más que coincidencia que hubiera elegido mi visita a su oficina para poner la pistola en la boca y apretar el gatillo.

Me quedé allí tumbado con los ojos cerrados y deseé una copa. Me apetecía muchísimo una copa.

Pero todavía no. No hasta que cumpliera mi cita y dijera a un joven pederasta de mucho porvenir que no tenía que pagarme cien mil dólares y que si podía conseguir engañar a bastante gente durante bastante tiempo, podía seguir adelante y ser gobernador.

Antes de que terminara de hablarle, tenía la sensación de que a fin de cuentas, podría ser que no fuera un mal gobernador. Debió haberse dado cuenta, en el momento en que me senté al otro lado de su mesa, que iba a ser ventajoso para él escucharme sin interrumpir. Lo que tenía que decir debió haberle supuesto una completa sorpresa, pero simplemente se quedó allí sentado con aire absorto, escuchando atentamente, asintiendo con la cabeza de vez en cuando como forma de puntuar las frases. Le dije que estaba fuera del anzuelo, que realmente nunca estuvo cogido, que todo había sido una estratagema diseñada para atrapar a un asesino sin tener que sacar la ropa sucia de otra gente al público. Tardé en contárselo, porque quería decírselo todo de golpe.

Cuando terminé, se echó para atrás en la silla, recostándose y miró al techo. Entonces bajó los ojos para encontrarse con los míos y dijo su primera palabra.

—Extraordinario.

—Tenía que presionarle a usted tanto como tuve que presionar a los otros —dije—. No me gustaba, pero era lo que tenía que hacer.

—¡Bah!, ni siquiera sentí tanta presión, Sr. Scudder. Reconocí que usted era un hombre razonable y que sólo era cuestión de reunir el dinero, una labor que no parecía imposible en absoluto. —Cruzó las manos encima de la mesa—. Me es difícil digerir todo esto de golpe. Usted era un chantajista perfecto, ¿sabe?, y ahora por lo visto en primer lugar nunca ha sido un chantajista. Nunca me ha gustado tanto el haber sido engañado. Y las, eh..., fotografías...

—Han sido destruidas todas.

—Me imagino que debo creerle. ¡Pero qué objeción más tonta! Todavía le veo, como chantajista, y eso es absurdo. Si fuera un chantajista tendría que creer de todos modos que no habría guardado copias de las fotografías, siempre llegaría a eso al final, pero como no me ha extorsionado desde el

principio, realmente no tiene sentido que me preocupe de que lo haga en el futuro, ¿verdad?

—Pensé en traer las fotos. También pensé que me podía atropellar un autobús en el camino aquí, o dejar el sobre olvidado en un taxi. —Pensé que a Giros le había inquietado que le atropellara un autobús—. Parecía más simple quemarlas.

—Le aseguro, no tenía ningún deseo de verlas. Sólo el saber que ya han dejado de existir, eso es todo lo que necesito para sentirme mucho mejor con respecto a ellas. —Sus ojos me examinaron—. Corrió usted un riesgo terrible, ¿no? Le podían haber matado.

—Casi lo consiguen. Dos veces.

—No puedo comprender por qué se expuso de esa manera.

—No estoy seguro de entenderlo yo mismo. Digamos que le estaba haciendo un favor a un amigo.

—¿Un amigo?

—Giros Jablon.

—Una persona extraña para elegir como amigo, ¿no cree?

Me encogí de hombros.

—Bueno, supongo que sus motivos no importan mucho. Desde luego, tuvo un éxito admirable.

De eso estaba yo seguro.

—Cuando me sugirió usted por primera vez que podría conseguir esas fotografías mías, expresó su reclamación disfrazada en términos de recompensa. Un toque ameno, en efecto. —Sonrió—. Sin embargo, sí que creo que merece usted una recompensa. Quizá no cien mil dólares, pero sí algo sustancioso, digamos. En este momento no tengo encima mucho dinero en metálico...

—Un talón será perfecto.

—¿Sí? —Me miró un momento, luego abrió un cajón y sacó un talonario, del tipo grande, con tres talones cada página. Destapó un bolígrafo, relleno la fecha y me miró—. ¿Puede sugerir una cantidad?

—Diez mil dólares —dije.

—No tardó mucho en pensar una cantidad.

—Es la décima parte de lo que estaba dispuesto a pagar a un chantajista.

Parece una suma razonable.

—No irrazonable, y una ganga desde mi punto de vista. ¿Lo pongo al portador o lo nominalizo?

—De ninguna de las dos maneras.

—¿Perdón?

No era de mi competencia perdonarle. Dije:

—No quiero el dinero para mí. Giros me contrató y me pagó bastante bien por mi tiempo.

—Entonces...

—Nominalícelo a la Ciudad de los Chicos. A la Ciudad de los Chicos del padre Flanagan. Creo que está en Nebraska, ¿no?

Puso el bolígrafo sobre la mesa y me miró fijamente. Se sonrojó un poco, y entonces o vio el humor o el político se asomó, porque echó para atrás la cabeza y se rio. Era una risa bastante buena. No sé si lo sentía o no, pero ciertamente sonaba auténtica.

Rellenó el talón y me lo dio. Me dijo que tenía un sentido de la justicia poética maravilloso. Doblé el talón y me lo metí en el bolsillo.

—Así que la Ciudad de los Chicos. ¿Sabe, Scudder?, todo aquello está muy en el pasado. El tema de esa fotografías. Fue una debilidad, una debilidad muy desgraciada y mutilante, pero todo está en el pasado —dijo.

—Si usted lo dice.

—De hecho hasta el deseo está completamente extinguido, el demonio en cuestión exorcizado. Aunque no lo estuviera, no tendría ninguna dificultad de resistir el impulso. Tengo una carrera que me es demasiado importante para arriesgarla. Durante estos últimos meses he aprendido realmente el significado de arriesgarse.

No dije nada. Se puso de pie, caminó un poco por el despacho y me contó todos los planes que tenía para el gran estado de Nueva York. No presté demasiada atención. Sólo escuché el tono, y determiné que era bastante sincero. Quería ser gobernador de verdad, eso siempre fue obvio, pero parecía querer ser gobernador por motivos bastante buenos.

—Bueno —dijo al final—. Parece que he encontrado la oportunidad para dar un discurso, ¿verdad? ¿Podré contar con su voto, Scudder?

—No.

—¿No? Pensé que había sido un discurso bastante bueno.

—Tampoco votaré en contra de usted. No voto.

—Es su deber como ciudadano, señor Scudder.

—Soy un ciudadano fatal.

Sonrió de modo jovial, por motivos que se me escaparon.

—¿Sabe? —dijo—, me gusta su estilo, Scudder. A pesar de todos los malos momentos que me ha dado, me sigue gustando su estilo. Hasta me gustaba antes de que supiera que el juego de chantaje era una charada. — Bajó confidencialmente la voz—. Podría encontrar un puesto muy bueno para alguien como usted en mi organización.

—No me interesan las organizaciones. Estuve en una durante quince años.

—El Departamento de Policía.

—Sí.

—Quizá lo expresé mal. No sería usted parte de una organización en sí. Estaría trabajando para mí.

—No me gusta trabajar para la gente.

—Está contento con su vida como está.

—No especialmente.

—Pero no quiere cambiarla.

—No.

—Es su vida —dijo—. Aunque me sorprende. Usted tiene mucha profundidad. Pensaría que quiere conseguir más en el mundo. Pensaría que es más ambicioso, si no para progreso personal, entonces en términos de su potencial para hacer cosas buenas en el mundo.

—Ya le dije que era un ciudadano fatal.

—Porque no ejercita su derecho a votar, ya. Pero pensaría... Bueno, si cambiara de idea, señor Scudder, la oferta seguiría en pie.

Me levanté. Él hizo lo mismo y extendió la mano. No tenía muchas ganas de darle la mano, pero no veía manera de evitarlo. Su apretón fue firme y seguro y hablaba bien de él. Iba a tener que dar la mano muchas veces si quería ganar las elecciones.

Me preguntaba si realmente había perdido su pasión por los chicos jóvenes. De cualquier manera, no me importaba mucho. Las fotos que había

visto, me revolvieron el estómago, pero no sé si tenía mucha objeción moral contra ellas. El chico que había posado para ellas, había sido pagado y sin duda sabía lo que hacía. No me gustó darle la mano y nunca le elegiría para ir a tomar copas, pero pensaba que estando en el Albany, él no desentonaría mucho más que cualquier otro hijo de puta que quisiera el puesto.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Eran sobre las tres cuando dejé la oficina de Huysendahl. Pensé en llamar a Guzik y enterarme de cómo iban con Beverly Ethridge, pero decidí ahorrarme la moneda. No quería hablar con él, y tampoco me importaba mucho cómo iba. Caminé un poco y paré en un quiosco de comidas en la calle Warren. No tenía apetito, pero hacía tiempo que no había comido nada, y el estómago me empezó a decir que lo estaba maltratando. Tomé un par de sándwiches y café.

Caminé un poco más. Quería ir al banco donde tenía la información sobre Henry Prager guardada, pero era demasiado tarde ahora, estaba cerrado. Decidí hacerlo por la mañana para poder destruir todo el material. No se podía hacer más daño a Prager, pero todavía quedaba su hija y me encontraría mejor cuando el material que había heredado de Giros dejara de existir.

Al cabo de un rato subí al metro y me bajé en Columbus Circle. Había un mensaje para mí en la recepción del hotel. Había llamado Anita y quería que la volviera a llamar.

Subí las escaleras y puse el nombre de Ciudad de los Chicos en un sobre blanco y sencillo. Adjunté el talón de Huysendahl, puse un sello y, en una expresión monumental de fe, lo dejé caer en el buzón del hotel. De regreso a mi habitación conté el dinero que había cogido del hombre Marlboro. Ascendía a doscientos ochenta dólares. Alguna iglesia esperaba veintiocho dólares, pero de momento, no tenía ganas de ir a una iglesia. No tenía ganas de nada.

Ahora estaba todo terminado. Realmente no quedaba nada por hacer, y todo lo que sentía era vacío. Si llevaban algún día a Beverly Ethridge a juicio, probablemente tendría que prestar declaración, pero eso no sería hasta dentro de meses, si alguna vez ocurriera, y la posibilidad de prestar declaración no

me molestaba. Había prestado declaración en bastantes ocasiones en el pasado. No había nada más que hacer. Huysendahl era libre para ser gobernador o no, según los caprichos de los jefes políticos o el público en general, y Beverly Ethridge estaba entre la espada y la pared, e iban a enterrar a Henry Prager dentro de uno o dos días. El dedo móvil había escrito y él se había quedado sin papel, y mi papel en su vida estaba tan acabado como su propia vida. Era otra persona para la que encender velas sin sentido, eso era todo.

Llamé a Anita.

—Gracias por el giro postal —dijo—. Lo agradecí.

—Diría que hay más de donde vino ese —dije—. Excepto que no hay.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Por qué?

—Pareces distinto. No sé cómo exactamente, pero pareces distinto.

—Ha sido una semana muy larga.

Hubo una pausa. Nuestras conversaciones suelen estar marcadas por pausas. Entonces dijo:

—Los chicos se preguntaban si querrías llevarlos a un partido de baloncesto.

—¿En Boston?

—¿Cómo?

—Los Knicks están fuera. Los Celtics los abatieron hace un par de noches. Fue el momento culminante de mi semana.

—Los Mets —dijo.

—¡Ah!

—Creo que están en las finales. Contra el Utah o algo así.

—¡Ah! —Nunca puedo recordar que Nueva York tiene un segundo equipo de Baloncesto. No sé por qué. He llevado a mis hijos a Nassau Coliseum a ver a los Mets y todavía tiendo a olvidarme de que existen—.

¿Cuándo juegan?

—Juegan un partido en casa, el sábado por la noche.

—¿Qué día es hoy?

—¿Hablas en serio?

—Mira, compraré un reloj con calendario la próxima vez que me acuerde.

¿Qué día es hoy?

—Jueves.

—A lo mejor las entradas serán difíciles de conseguir.

—¡Si están todas vendidas! Pensaron que podrías conocer a alguien.

Pensé en Huysendahl. Probablemente podía conseguir entradas sin problemas. Probablemente, también, le habría gustado conocer a mis hijos. Por supuesto, había bastante gente que podía conseguir entradas en el último momento y a quien no le importaría hacerme un favor.

—No sé —dije—. Es dejarlo para el último momento. —Pero lo que estaba pensando era que no quería ver a mis hijos, no dentro de dos días, y no sabía por qué. Y también me estaba preguntando si realmente querían que les llevara a un partido, o si simplemente querían ir y sabían que yo podría conseguir entradas por alguna fuente.

Pregunté si había más partidos en casa.

—El jueves. Pero es de noche y tienen colegio al día siguiente.

—También es mucho más probable que el sábado.

—No me gusta verlos quedar muy tarde entre semana, durante las clases.

—A lo mejor puedo conseguir entradas para el partido del jueves.

—Bueno...

—No podría conseguir entradas para el sábado, pero probablemente pueda conseguir algo para el jueves. Será de las últimas series. Un partido más importante.

—¡Ah!, así que lo quieres hacer de esa manera. Si yo digo que no porque es entre semana, entonces yo soy la pesada.

—Creo que colgaré.

—No, no hagas eso. ¡Vale!, el jueves está bien. ¿Llamas si puedes conseguir las entradas?

Dije que sí.

Era extraño. Quería estar borracho, pero no tenía ganas de tomar nada. Me quedé en la habitación un rato, entonces fui caminando hasta el parque y me senté en un banco. Un par de chicos se acercaron despacio y resueltamente a un banco cercano. Se sentaron y encendieron cigarrillos, entonces uno de

ellos se fijó en mí y dio un codazo a su compañero, que me miró cuidadosamente. Se levantaron y se marcharon, mirando para atrás periódicamente para asegurarse de que no les seguía. Me quedé donde estaba. Supuse que uno estuvo a punto de vender drogas al otro, me vieron y decidieron no llevar la operación a cabo bajo la mirada de alguien que parecía policía.

No sé cuánto tiempo me quedé allí sentado. Un par de horas, supongo. Periódicamente un mendigo se me acercaba. A veces contribuía a la siguiente botella de vino dulce. A veces mandaba al tío a tomar por el culo.

Cuando dejé el parque y me dirigí a la Novena Avenida, San Pablo estaba cerrada. Sin embargo, la parte de abajo estaba abriendo. Era demasiado tarde para rezar, pero la hora justa para el bingo.

Armstrong's estaba abierto, y había sido una noche y un día muy secos. Les dije que pasaran del café.

Las siguientes cuarenta horas fueron algo borrosas. No sé cuánto tiempo me quedé en Armstrong's o adónde fui después de eso. En algún momento del viernes por la mañana, me desperté solo en una habitación de hotel en la calle 40, una habitación miserable, el tipo de hotel donde las putas de Times Square llevan a sus clientes. No tenía recuerdos de ninguna mujer y mi dinero estaba allí, así que parecía que probablemente me había inscrito solo. Había una botella de medio litro de *bourbon* sobre la cómoda, a la que le faltaban dos tercios. La terminé, dejé el hotel y seguí bebiendo. La realidad se iba y venía y en algún momento de aquella noche debí haber decidido terminar, porque logré encontrar el camino de mi hotel.

El sábado por la mañana me despertó el teléfono. Parecía que había sonado mucho tiempo antes de que me despejara lo bastante como para cogerlo. Logré tirarlo de la mesita de noche al suelo y antes de cogerlo y ponerlo al oído, estaba cerca de la conciencia.

—Eres difícil de localizar —dijo—. Llevo desde ayer intentando hablar contigo. ¿No recibiste mis mensajes?

—No paré en recepción.

—Tengo que hablar contigo.

—¿De qué?

—Cuando te vea. Estaré ahí dentro de diez minutos.

Le dije que me diera una media hora. Dijo que me vería en el vestíbulo. Contesté que de acuerdo.

Me puse debajo de la ducha, primero caliente, después fría. Tomé un par de aspirinas y bebí un montón de agua. Tenía resaca, que por cierto merecía, pero aparte de eso me encontraba bien. Beber me había purgado. Todavía llevaría la muerte de Henry Prager conmigo —no puedes negar el peso de tales cargas—, pero logré ahogar algo de la culpabilidad, y ya no era tan opresiva como había sido.

Cogí la ropa que había tenido puesta, la enrollé y la metí en el armario. Con el tiempo decidiría si la lavandería podría devolverle su forma, pero de momento, ni siquiera lo quería pensar. Me afeité, me puse ropa limpia y bebí dos vasos más de agua del grifo. La aspirina me había quitado el dolor de cabeza, pero estaba deshidratado de tantas horas de haber bebido fuertemente, y cada célula de mi cuerpo tenía una sed insaciable.

Alcancé el vestíbulo antes de que llegara. Miré en recepción y descubrí que había llamado cuatro veces. No había más mensajes y ningún correo de importancia. Estaba leyendo una carta sin importancia —una compañía de seguros me daría un memorándum forrado de cuero completamente gratis si les decía mi fecha de nacimiento—, cuando entró Guzik. Llevaba un traje bien hecho, tenías que mirar bien para ver que llevaba pistola.

Se me acercó y tomó la silla al lado mío. Me volvió a decir que era difícil de localizar.

—Quise hablarte después de ver a Ethridge —dijo—. ¡Dios, cómo es!, ¿verdad? Viene con clase y la abandona y viceversa. Un minuto no puedes creer que alguna vez fuera puta, y al minuto siguiente, no puedes creer que fuera algo más que eso.

—Es bastante extraña, es verdad.

—¡Vaya que sí! Sale hoy.

—¿Bajo fianza? Pensaba que la acusarían de asesinato en primer grado.

—Fianza no. No la acusamos de nada, Matt. No tenemos ninguna prueba. Le miré. Sentía los músculos del antebrazo tensándose.

—¿Cuánto le costó? —le pregunté.

—Ya te dije, no es bajo fianza, Matt. Nosotros...

—¿Cuánto le costó comprar la salida de una acusación de asesinato? Siempre oí que podías lavar un homicidio si tenías bastante pasta. Nunca lo vi hacer, pero oí hablar de ello, y...

Estuvo en un tris de pegarme y, Dios mío, estaba esperando que lo hiciera, porque quería una excusa para empotrarle en la pared. Un tendón destacaba en su cuello y los ojos se le cerraron casi por completo como los de un gato. Entonces de repente, se relajó y la cara recuperó su color original.

—Bueno, tendrías que tomarlo así, ¿verdad? —dijo.

—¿Entonces?

Negó con la cabeza.

—No tenemos pruebas —dijo otra vez—. Eso era lo que intentaba decirte.

—¿Y Giros Jablon?

—Ella no le mató.

—Su valentón lo hizo. Su chulo, lo que fuera. Lundgren.

—Imposible.

—¡Joder!

—Imposible —dijo Guzik—. Estaba en California. En una ciudad llamada Santa Paula, que queda a medio camino de Los Ángeles y Santa Bárbara.

—Voló aquí y volvió volando.

—Imposible. Estuvo allí desde unas semanas antes de pescar a Giros del río hasta un par de días después, y nadie va a cambiar esa coartada. Estuvo treinta días en la cárcel municipal de Santa Paula. Le detuvieron por asalto y dejaron que se confesara culpable de embriaguez y desorden público. Cumplió los treinta días enteros. No hay manera de que estuviera en Nueva York cuando Giros se murió.

Le miré fijamente.

—Bueno, tal vez tuviera otro novio —siguió—. Pensamos que eso era posible. Podríamos intentar encontrarlo, pero ¿tiene sentido hacerlo así? No usaría un tío para matar a Giros y otro para seguirte a ti. No tiene sentido.

—¿Y qué hay de mi asalto?

—¿Qué sobre eso? —Se encogió de hombros—. Quizás ella lo provocó.

Quizá no. Jura que no. Su historia es que lo llamó para pedirle consejo cuando empezaste a apretarle los tornillos, y él vino en avión a ver si podía ayudar. Dice que le dijo a él que no se pusiera bruto, que pensaba que podría pagarte. Esa es su historia, pero ¿qué puedes esperar que diga? Quizá quería que te matara y quizá no, pero ¿cómo puedes reunir lo suficiente como para hacer un caso? Lundgren está muerto, y nadie más tiene información que la comprometa a ella de todas formas. No hay pruebas para asociarla con el ataque tuyo. Puedes probar que conocía a Lundgren y puedes probar que tenía un motivo para quererte muerto. No puedes probar ningún tipo de cargo, de cómplice o conjura. No puedes encontrar nada para conseguir una acusación, ni siquiera puedes encontrar algo que hiciera a los de la oficina del fiscal tomarlo todo en serio.

—¿No hay manera de que el historial de Santa Paula esté equivocado?

—No. Giros habría tenido que pasar un mes en el río, y no fue así.

—No. Estaba vivo diez días antes de cuando se encontró el cadáver. Hablé con él por teléfono. No lo entiendo. Ella tenía que tener otro cómplice.

—Quizás. El polígrafo dice que no.

—¿Consintió en pasar el detector de mentiras?

—Nunca se lo pedimos. Lo exigió ella. Le suelta por completo del anzuelo en cuanto a lo de Giros. No está tan claro en cuanto al ataque tuyo. El experto que le administró la prueba dice que hay un poco de estrés implicado, que imaginaba que ella sabía y a la vez no sabía que Lundgren iba a intentar matarte. Como que lo sospechaba, pero no lo habían hablado, y ella había conseguido evitar pensar en ello.

—Esas pruebas no son siempre el cien por cien acertadas.

—Son bastante ciertas, Matt. A veces le hacen parecer culpable a una persona cuando no lo es, sobre todo si el operador no es muy bueno. Pero si dicen que eres inocente, es una apuesta bastante segura de que lo eres. Creo que deberían ser admisibles en el Juzgado.

Siempre pensé de esa manera. Me quedé sentado allí un rato intentando pasarlo todo por la mente, hasta asimilarlo todo. Tardó. Mientras tanto, Guzik seguía hablando del interrogatorio de Beverly Ethridge, subrayando sus comentarios con observaciones sobre lo que le gustaría hacer con ella. No le presté mucha atención.

—Lo del coche no fue cosa de él. Debí haberme dado cuenta de eso — dije.

—¿Cómo?

—El coche —contesté—. Te dije que un coche intentó atropellarme una noche. La misma noche en que me fijé en Lundgren por primera vez, y el lugar fue el mismo que donde me atacó con la navaja, así que tuve que pensar que fue el mismo hombre en ambas ocasiones.

—¿Nunca viste al conductor?

—No. Me figuré que era Lundgren porque me había estado siguiendo anteriormente esa noche, pensé que me había estado controlando. Pero no pudo ser así. No sería su estilo. Le gustaba demasiado aquella navaja.

—¿Entonces, quién era?

—Giros dijo que alguien saltó el bordillo detrás de él. Lo mismo.

—¿Quién?

—Más la voz por teléfono. Entonces no hubo más llamadas.

—No te sigo, Matt.

Le miré.

—Estoy intentando hacer encajar las piezas. Eso es todo. Alguien mató a Giros.

—La cuestión es quién.

Asentí con la cabeza.

—Esa es la cuestión —dije.

—¿Una de las otras personas de quien te dio información?

—Todos tiene coartada —dije—. Quizá tuviera más personas detrás de él de lo que dijo. Quizás añadió a alguien en la lista después de darme el sobre. ¡Demonios!, quizás alguien le atracó por su dinero, le golpeó demasiado fuerte, se aterroró y tiró su cadáver al río.

—Ocurre.

—Claro que ocurre.

—¿Crees que sabremos algún día quién le mató?

Negué con la cabeza.

—¿Y tú?

—No —dijo Guzik—. No, no creo que lo vayamos a saber nunca.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Nunca antes había estado en el edificio. Había dos porteros de guardia y un hombre en el ascensor. Los porteros se aseguraron de que me esperaban, y el ascensorista me subió rápidamente dieciocho plantas e indicó qué puerta era la que estaba buscando. No se movió hasta que hube llamado al timbre y me hubieron admitido.

El apartamento era tan impresionante como el resto del edificio. Tenía una escalera que daba a una segunda planta. Una criada de piel aceitunada me llevó a un gabinete con las paredes de paneles de roble y una chimenea. La mitad de los libros de las estanterías estaban forrados en cuero. Era una habitación muy cómoda en un apartamento muy amplio. El apartamento había costado casi doscientos mil dólares y el mantenimiento mensual llegaba a unos mil quinientos.

Cuando tienes bastante dinero, puedes comprar casi todo lo que quieres.

—Estará con usted dentro de un momento —dijo la criada—. Dice que se sirva una copa.

Señaló un mueble bar al lado de la chimenea. Había hielo en un cubo de plata y un par de docenas de botellas. Me senté en una silla de cuero rojo y esperé.

No tuve que esperar mucho. Entró en la habitación. Llevaba pantalones blancos de franela y una chaqueta ligera de cuadros. Llevaba unas zapatillas de cuero en los pies.

—¡Bueno, bueno! —dijo. Sonrió para enseñarme que se alegraba de verme—. Tomará una copa, espero.

—Ahora mismo, no.

—En realidad es un poco temprano para mí también. Parecía muy urgente

por teléfono, señor Scudder. Saco la consecuencia de que se ha pensado dos veces lo de trabajar para mí.

—No.

—Me dio la impresión...

—Eso era para entrar aquí.

Frunció el entrecejo.

—No estoy seguro de entender.

—Realmente no estoy seguro de si entiende o no, señor Huysendahl. Creo que debería cerrar la puerta.

—No me gusta su tono.

—No le va a gustar nada de esto —dije—. Le gustará menos con la puerta abierta. Creo que debería cerrarla.

Estuvo a punto de decir algo, quizás otra observación sobre mi tono de voz y de cómo no le gustaba y, en lugar de eso, cerró la puerta.

—Siéntese, señor Huysendahl.

Estaba acostumbrado a dar órdenes, no a recibirlas, y pensé que iba a formar una escena. Pero se sentó y su cara no era lo suficiente máscara para prevenir que supiera que él ya sabía de qué se trataba. Yo lo habría sabido de todos modos, porque no había otra manera de encajar las piezas, pero su cara lo confirmó.

—¿Me va a decir de qué se trata todo esto?

—¡Oh, sí que se lo voy a decir! Pero creo que ya lo sabe. ¿Verdad?

—Por supuesto que no.

Miré por encima de su hombro un óleo del antepasado de alguien. Quizás uno de los suyos. No vi ningún parecido familiar, sin embargo.

—Usted mató a Giros Jablon.

—Está loco.

—No.

—Ya se ha enterado de quién mató a Jablon. Me dijo eso anteayer.

—Estaba equivocado.

—No sé adónde quiere llegar, señor Scudder...

—Un hombre intentó matarme el miércoles por la noche —dije—. Eso lo sabe. Suponía que fue el mismo hombre que mató a Giros, y logré asociarle con uno de los otros mamones de Giros, por lo que pensé que eso le libraba a

usted. Pero resulta que él no podía haber matado a Giros porque estaba al otro lado del país en ese momento. Su coartada para la muerte de Giros era de lo más sólida. Estaba en la cárcel en aquel momento.

Le miré. Ahora estaba paciente, escuchándome con la misma mirada fija con que me había mirado el jueves por la tarde cuando le dije que estaba libre.

—Tenía que saber que él no era el único implicado, que más de una de las víctimas de Giros había decidido luchar. El hombre que intentó matarme era un solitario. Le gustaba usar una navaja. Pero había sido atacado antes por uno o más hombres en un coche, un coche robado. Y unos minutos después del ataque recibí una llamada de ese hombre mayor con acento neoyorquino. Había recibido una llamada de él anteriormente. No tenía sentido que el artista de la navaja tuviera a otra persona implicada. Así que otra persona estaba detrás del numerito con el coche, y otra persona era responsable de pegarle a Giros en la cabeza y tirarle al río.

—Eso no significa que yo tuviera algo que ver con ello.

—Yo creo que sí. En cuanto se saca de escena al hombre de la navaja es obvio que todo le señala a usted desde el principio. Él era un *amateur*, pero en otros aspectos la operación era toda bastante profesional. Un coche robado en otro barrio con un hombre bueno tras el volante. Unos hombres fueron lo bastante buenos para encontrar a Giros cuando no quería que le encontraran. Usted tenía el dinero para contratar ese tipo de talento. Y tenía las conexiones.

—Eso son tonterías.

—No —dije—. He estado pensando en ello. Una cosa que me confundió fue su reacción en la oficina la primera vez. No sabía que Giros estaba muerto hasta que le enseñé el artículo en el periódico. Casi le descarté porque no podía creer que pudiera fingir una reacción tan bien. Pero claro, no era fingida. Realmente no sabía que estuviera muerto, ¿verdad?

—Por supuesto que no. —Estiró el torso—. Y creo que eso es una prueba bastante buena de que no tuve nada que ver con su muerte.

Negué con la cabeza.

—Sólo significa que todavía no sabía de ella. Y el darse cuenta de que Giros estaba muerto y que el juego no acababa con su muerte le aturdió. No

sólo tenía pruebas contra usted, sino que también sabía que estaba relacionado con Giros y constituía un posible sospechoso de su muerte. Naturalmente eso le desconcertó un poco.

—No puede probar nada. Puede decir que contraté a alguien para matar a Giros. No lo hice y le puedo jurar que no lo hice. Pero eso es algo que difícilmente pueda probar.

—Lo importante es que no me incumbe probarlo, ¿verdad?

—No. Y usted me puede acusar de lo que quiera, pero tampoco tiene ni media prueba, ¿verdad?

—No. No tengo.

—Entonces quizá me puede decir por qué decidió venir aquí esta tarde, señor Scudder.

—No tengo pruebas. Eso es verdad. Pero tengo otra cosa, señor Huysendahl.

—¿Sí?

—Tengo esas fotografías.

Me miró boquiabierto.

—Me dijo claramente...

—Que las había quemado.

—Sí.

—Tenía la intención de hacerlo. Era más fácil decir que ya lo había hecho. He estado ocupado desde entonces y no tuve tiempo para llevarlo a cabo. Y entonces esta mañana me enteré de que el hombre de la navaja no era el mismo que había matado a Giros y examiné algunas de las cosas que ya sabía, y vi que tenía que ser usted. Así que menos mal que no quemé esas fotos, ¿verdad?

Se puso de pie lentamente.

—Creo que después de todo tomaré esa copa —dijo.

—Adelante.

—¿Me acompaña?

—No.

Puso unos cubitos de hielo en un vaso alto, vertió *whisky* escocés y añadió soda. Se tomó su tiempo sirviendo la copa, luego se acercó a la chimenea y apoyó el codo en la repisa de roble bruñido. Sorbió unas cuantas

veces antes de girar a mirarme de nuevo.

—Entonces estamos al principio de nuevo —dijo—. Y ha decidido chantajearme.

—No.

—¿Por qué entonces es tan afortunado de no haber quemado las fotos?

—Porque es la única presa que tengo en usted.

—¿Y qué va a hacer con ello?

—Nada.

—Entonces...

—Es lo que va a hacer usted, señor Huysendahl.

—¿Y qué voy a hacer yo?

—No va a presentarse para gobernador.

Me miró fijamente. Realmente no quería mirarle a los ojos, pero me esforcé. Ya no intentaba mantener una máscara sobre la cara y pude observar cómo tanteaba un pensamiento tras otro y encontraba que ninguno le llevaba a ningún sitio.

—¿Lo ha pensado bien, señor Scudder?

—Sí.

—Detenidamente, supongo.

—Sí.

—Y no hay nada que desee, ¿verdad? Dinero, poder, las cosas que la mayoría de la gente quiere. No haría nada por mí que mandara otro talón a la Ciudad de los Chicos.

—No.

Asintió con la cabeza. Se frotó la punta del mentón con un dedo.

—No sé quién mató a Jablon —dijo.

—Me lo suponía.

—No ordené que le mataran.

—La orden tuvo su origen en usted. De una forma u otra, es el hombre de arriba.

—Probablemente.

Le miré.

—Preferiría creer otra cosa —dijo—. Cuando me dijo el otro día que había encontrado al hombre que mató a Jablon me tranquilicé enormemente.

No porque pensara que fuera posible que se me asociara con el asesinato o que alguna pista le condujera a mí, sino porque francamente no sabía si era responsable de su muerte de alguna manera.

—No lo ordenó directamente.

—No, por supuesto que no. No quería que mataran al hombre.

—Pero alguien en su organización...

Suspiró pesadamente.

—Parece que alguien decidió llevar el asunto en sus manos. Yo... confié a varias personas que me estaban chantajeando. Parecía que tal vez fuera posible recuperar las pruebas sin acceder a las intimidaciones de Jablon. Lo más importante era inventar una manera en la que se pudiera comprar el silencio de Jablon de forma definitiva. El problema del chantaje es que uno nunca deja de pagar. El ciclo puede mantenerse para siempre, no hay ningún control.

—De modo que alguien intentó asustar a Giros una vez con un coche.

—Así parece.

—Y cuando eso no funcionó, alguien contrató a alguien para contratar a alguien para matarle.

—Supongo que sí. No puede probarlo. Lo que quizás es más importante, yo no lo puedo probar.

—Pero lo creía todo el tiempo, ¿no? Porque me avisó de que un pago era lo que iba a recibir y que si intentaba sacar más, me matarían.

—¿De veras dije eso?

—Creo que se acuerda de haberlo dicho, señor Huysendahl. Yo debí haber visto el significado de ello entonces. Estaba usted pensando en el asesinato como arma de su arsenal. Porque ya la había usado una vez.

—Nunca tuve la intención, ni por un instante, de que Jablon muriera.

Me puse de pie.

—Estuve leyendo algo el otro día sobre Thomas Becket. Era amigo íntimo de uno de los reyes de Inglaterra. Uno de los Enrique, creo que Enrique II.

—Creo que veo la analogía.

—¿Sabe la historia? Cuando llegó a ser arzobispo de Canterbury dejó de ser el amiguito de Enrique y jugaba según su conciencia. Eso le molestó a

Enrique e informó a algunos de sus esbirros. «¡Ay!, que me libren de ese cura rebelde».

—Pero nunca tuvo la intención de que Thomas fuera asesinado.

—Esa fue su historia —asentí—. Sus subordinados decidieron que Enrique había promulgado el certificado de la muerte de Thomas. Enrique no lo vio así de ninguna manera, sólo había estado pensando en voz alta, y estuvo muy apesadumbrado cuando oyó que Thomas estaba muerto. O por lo menos fingió estar muy apesadumbrado. No está por aquí, así que no se lo podemos preguntar.

—Y usted es de la opinión de que Enrique fue responsable.

—Digo que no le votaría para ser gobernador de Nueva York.

Terminó su copa. Puso la copa encima de la barra y se sentó en su silla de nuevo, cruzando una pierna encima de otra.

—Si me presento para gobernador... —dijo.

—Entonces todos los periódicos de mayor tirada del estado reciben una colección completa de esas fotografías. Hasta que se presente para gobernador, se quedan donde están.

—¿Dónde es eso?

—Un sitio muy seguro.

—Y no tengo opción.

—No.

—Ninguna otra elección.

—Ninguna.

—Quizá pueda identificar al hombre responsable de la muerte de Jablon.

—Quizá sí. También es posible que no pueda. ¿Pero de qué serviría eso? Seguro que es un profesional y no habría pruebas para relacionarle ni con usted ni con Jablon, menos todavía para llevarle a juicio. Y no podría usted hacer nada con él sin exponerse.

—Está poniendo esto muy difícil, Scudder.

—Lo estoy poniendo muy fácil. Todo lo que tiene que hacer es olvidarse de ser gobernador.

—Sería un gobernador excelente. Si le gustan tanto las analogías históricas puede considerar a Enrique II de nuevo. Se le tiene como uno de los mejores monarcas de Inglaterra.

—Yo qué sé.

—Yo sí. —Me contó unas cosas sobre Enrique. Según lo que me dijo, sabía bastante sobre el tema. Tal vez fuera interesante. No le presté mucha atención. Entonces a continuación me dijo un poco más sobre lo buen gobernador que sería, lo que conseguiría para la gente del estado.

Le corté.

—Tiene muchos planes, pero eso no significa nada. No sería un buen gobernador. No será ningún tipo de gobernador, porque no le voy a dejar, pero no sería bueno porque es capaz de elegir gente para trabajar con usted que son capaces del asesinato. Eso es suficiente para descalificarlo.

—Podría despedir a esas personas.

—No tendría manera de saber si lo hace o no. Y ni siquiera son tan importantes los individuos.

—Ya veo. —Suspiró de nuevo—. No era mucho ese hombre, ¿sabe? No estoy justificando el asesinato cuando digo eso. Era un criminal de poca monta y un chantajista de bajísima calidad. Empezó por atraparme, alimentándose de una debilidad personal, y luego intentó sangrarme.

—Era poca persona —asentí.

—Sin embargo, su asesinato le es tan significativo.

—No me gusta el asesinato.

—Entonces cree que la vida humana es sagrada.

—No sé si creo que algo sea sagrado. Es una cuestión muy complicada. He matado. Hace unos pocos días maté a un hombre. Pero antes de eso, contribuí a la muerte de un hombre. Mi contribución fue involuntaria. Eso no me ha hecho sentir mejor al respecto. No sé si la vida humana es sagrada. Simplemente no me gusta el asesinato. Y usted está en vías de salir libre de un asesinato, y eso me preocupa, y hay sólo una cosa que voy a hacer al respecto. No quiero matarle, no quiero exponerle, no quiero hacer ninguna de esas dos cosas. Estoy harto de interpretar una versión incompetente de Dios. Sólo voy a mantenerle fuera de Albany.

—¿No constituye eso jugar a ser Dios?

—No creo.

—Dice que la vida humana es sagrada. No con esas palabras, pero esa parece ser su postura. ¿Qué me dice de *mi* vida, señor Scudder? Durante años

sólo una cosa me ha sido importante, y usted pretende de decirme que no lo puedo tener.

Miré alrededor del gabinete. Los retratos, la decoración, el mueble bar.

—A mí me parece que le va bastante bien —dije.

—Tengo posesiones materiales. Tengo el dinero suficiente para permitírmelas.

—Disfrútelas.

—¿No hay alguna manera de comprarle? ¿Es usted tan piadosamente incorruptible?

—Probablemente sea corrupto en la mayor parte de las acepciones. Pero no me puede comprar, señor Huysendahl.

Esperaba que dijera algo. Pasaron unos cuantos minutos y se quedó simplemente donde estaba, callado, su mirada en la media distancia. Encontré la salida solo.

CAPÍTULO VEINTE

Esta vez llegué a la iglesia de San Pablo antes de que cerrara. Metí una décima parte de lo que había cogido de Lundgren en la caja de limosnas. Encendí unas pocas velitas por varias personas muertas que me vinieron a la mente. Me senté un rato y miré a la gente turnándose en el confesionario. Determiné que les tenía envidia, pero no la suficiente como para hacer algo al respecto.

Crucé la calle hasta Armstrong's y me comí un plato de judías con salchichas, luego una copa y una taza de café. Ahora se había acabado, todo se había acabado y podía beber normalmente otra vez, nunca emborrachándome, nunca quedando totalmente ebrio. Saludé a gente inclinando la cabeza de vez en cuando y algunos devolvieron el saludo. Era sábado, de modo que Trina estaba libre, pero Larry hacía igualmente bien el trabajo trayendo más café y *bourbon* cuando la taza estaba vacía.

La mayor parte del tiempo simplemente dejaba la mente vagar, pero de vez en cuando me encontraba repasando los sucesos desde que Giros había entrado y me dio el sobre. Probablemente hubiera habido maneras de hacer las cosas mejor. Si hubiera presionado y tomado interés al principio, tal vez habría podido incluso haber mantenido vivo a Giros. Pero había terminado y yo había terminado con ello, e incluso me quedaba algo de su dinero después de lo que le había pagado a Anita y a las iglesias y a varios camareros, y ahora podía relajarme.

—¿Está ocupado este asiento?

Ni siquiera me había dado cuenta cuando entró. Levanté la vista y ahí estaba ella. Se sentó al otro lado de la mesa y sacó un paquete de cigarrillos de su bolso. Aflojó uno y lo encendió.

—Lleva el traje de pantalón blanco —dije.

—Eso es para que me reconozcas. Pues desde luego lograste dar la vuelta a mi vida, Matt.

—Supongo que sí. No van a acusarla de nada, ¿verdad?

—Ellos no podrían acusar un resfriado, cuanto menos un delito. Johnny nunca supo que Giros existía. Ese debería ser mi mayor quebradero de cabeza.

—¿Tiene más quebraderos de cabeza?

—Por decirlo así, acabo de librarme de un quebradero de cabeza. Aunque me costó mucho deshacerme de él.

—Su marido.

Asintió con la cabeza.

—Decidió sin muchos problemas que yo era un lujo del cual tenía la intención de privarse. Se va a divorciar. Y no voy a recibir dinero de mantenimiento, porque si le causo problemas, me va a dar diez veces más problemas a mí y creo que sería posible que lo hiciera. No es que no haya bastante mierda en los periódicos ya en cuanto a eso.

—No he estado al tanto de los periódicos.

—Has perdido algo bonito. —Inhaló del cigarrillo y sopló una nube de humo—. Realmente bebes en los sitios de más clase, ¿verdad? Te busqué en el hotel, pero no estabas, entonces fui luego a La Jaula de Polly y dijeron que vienes aquí mucho. No puedo imaginarme por qué.

—Me sienta bien.

Inclinó la cabeza a un lado, estudiándome.

—¿Sabes algo? Pues sí que te sienta bien. ¿Me invitas a una copa?

—Claro.

Atraje la atención de Larry y pidió un vaso de vino.

—Probablemente no sea buenísimo —dijo—, pero por lo menos es difícil que lo joda el camarero.

Cuando lo trajo, levantó su vaso por mí y le devolví el gesto con mi taza.

—Salud —dijo.

—Salud.

—Yo no quería que te matara, Matt.

—Yo tampoco.

—Hablo en serio. Sólo quería tiempo. De un modo u otro, habría manejado todo sola. Nunca llamé a Johnny, ¿sabes? ¿Cómo habría sabido comunicarme con él? Me llamó después de salir de la cárcel. Quería que le mandara dinero. Hacía eso de vez en cuando, cuando tenía problemas. Me sentía culpable de cambiar las pruebas del fiscal aquella vez, aunque había sido idea suya, pero cuando le tenía hablando por teléfono, no pude evitar contarle que estaba metida en un lío, y eso fue un error. Él constituía más problema que el que yo tenía.

—¿De qué manera la dominaba a usted?

—No sé, pero siempre lo hacía.

—Le señaló que era yo. Aquella noche en La Jaula.

—Quería echarle un vistazo.

—Lo echó. Entonces fijé una cita con usted para el miércoles. Lo gracioso de eso era que quería decirle que estaba libre. Había pensado que ya tenía al asesino, y quería informarle de que el número del chantaje había terminado completamente. En vez de eso, pospuso el encuentro un día más y le mandó detrás de mí.

—Él iba a hablar contigo. Asustarte, buscar tiempo, algo así.

—Él no lo veía así. Usted se debió haber figurado que iba a intentar lo que intentó.

Vaciló un momento, entonces dejó caer los hombros.

—Sabía que era posible. Él era... Tenía mucha violencia. —Su cara se iluminó de repente y algo bailaba en sus ojos—. Quizá me hiciste un favor —dijo—. Quizás esté mucho mejor con él fuera de mi vida.

—Más de lo que sabe.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que él tenía un motivo muy bueno para quererme muerto. Sólo estoy adivinando, pero me gustan las conjeturas. Usted habría estado feliz buscando evasivas hasta que llegara un dinero, que ocurriría cuando Kermit cobrara la parte principal de su herencia. Pero Lundgren no podía permitirse el lujo de tenerme alrededor ni ahora ni más adelante. Porque tenía grandes planes para usted.

—¿Qué quiere decir?

—¿No puede adivinarlo? A lo mejor le dijo que se divorciara de Ethridge

una vez él hubiera conseguido el suficiente dinero como para hacerlo merecer la pena.

—¿Cómo lo supiste?

—Ya se lo dije. Sólo una conjetura. Pero no creo que lo hubiera hecho así. Habría querido todo. Habría esperado hasta que su marido heredara su dinero, y entonces habría tomado tiempo para matarlo y de repente usted se convertiría en una viuda muy rica.

—¡Dios mío!

—Entonces se volvería a casar y su nombre sería Beverly Lundgren. ¿Cuánto tiempo supone que habría tardado en añadir otra marca a su navaja?

—¡Dios mío!

—Claro, sólo es una conjetura.

—No. —Se estremeció y de repente su cara perdió mucho de su finura y se pareció a una chica que había dejado de serlo hacía mucho tiempo—. Lo habría hecho exactamente así —dijo—. Es más que una conjetura. Así es justamente como lo habría hecho.

—¿Otro vino?

—No. —Puso su mano sobre la mía—. Estaba toda preparada para estar enfadada contigo porque le diste la vuelta a mi vida. Quizás eso no sea todo lo que hiciste. Quizá me la salvaste.

—Nunca lo sabremos, ¿verdad?

—No. —Apagó su cigarrillo—. Bueno, ¿adónde puedo ir ahora? Estaba empezando a acostumbrarme a una vida de ocio, Matt. Pensaba que lo llevaba con cierto estilo.

—Y eso es verdad.

—Ahora de repente tengo que encontrar una manera de ganarme la vida.

—Pensarás en algo, Beverly.

Su mirada se posó en la mía.

—Esta es la primera vez que utilizas mi nombre de pila, ¿sabes?

—Lo sé.

Nos quedamos allí un rato mirándonos. Cogió un cigarrillo, cambió de idea y lo volvió a meter en el paquete.

—Bien, ¿qué es lo que sabes?

—No dije nada.

—Pensaba que no te excitaba nada. Estaba empezando a preocuparme de que perdía mi talento. ¿Hay algún sitio adónde podamos ir? Me temo que mi casa ya no es mi casa.

—Se puede ir a mi hotel.

—Me llevas a todos los lugares de clase —dijo. Se puso de pie y cogió su bolso—. Vamos. Ahora mismo, ¿eh?



LAWRENCE BLOCK, (Buffalo, Nueva York, Estados Unidos, 24-06-1938) es un veterano escritor de novela negra estadounidense internacionalmente conocido por sus dos sagas de ficción cuya acción se desarrolla en las calles de Nueva York: La del investigador privado y exalcohólico Matthew Scudder y la del ladrón de refinados modales Bernie Rhodenbarr. Nombrado en 1993 Gran Maestro por la prestigiosa Asociación de Escritores de Misterio de América, tiene en su haber más de sesenta obras de ficción y ensayos acerca del oficio de escritor, además de un centenar de relatos breves también de género criminal. En 2005 le fue concedido un reconocimiento a toda su trayectoria profesional en los Premios Gumshoe, organizados por la revista literaria *Mystery Ink*.

Notas

[1] Gente Sedienta en Forma. (*N. del T.*) <<

Última revisión por UMDN: 24 de noviembre de 2021

